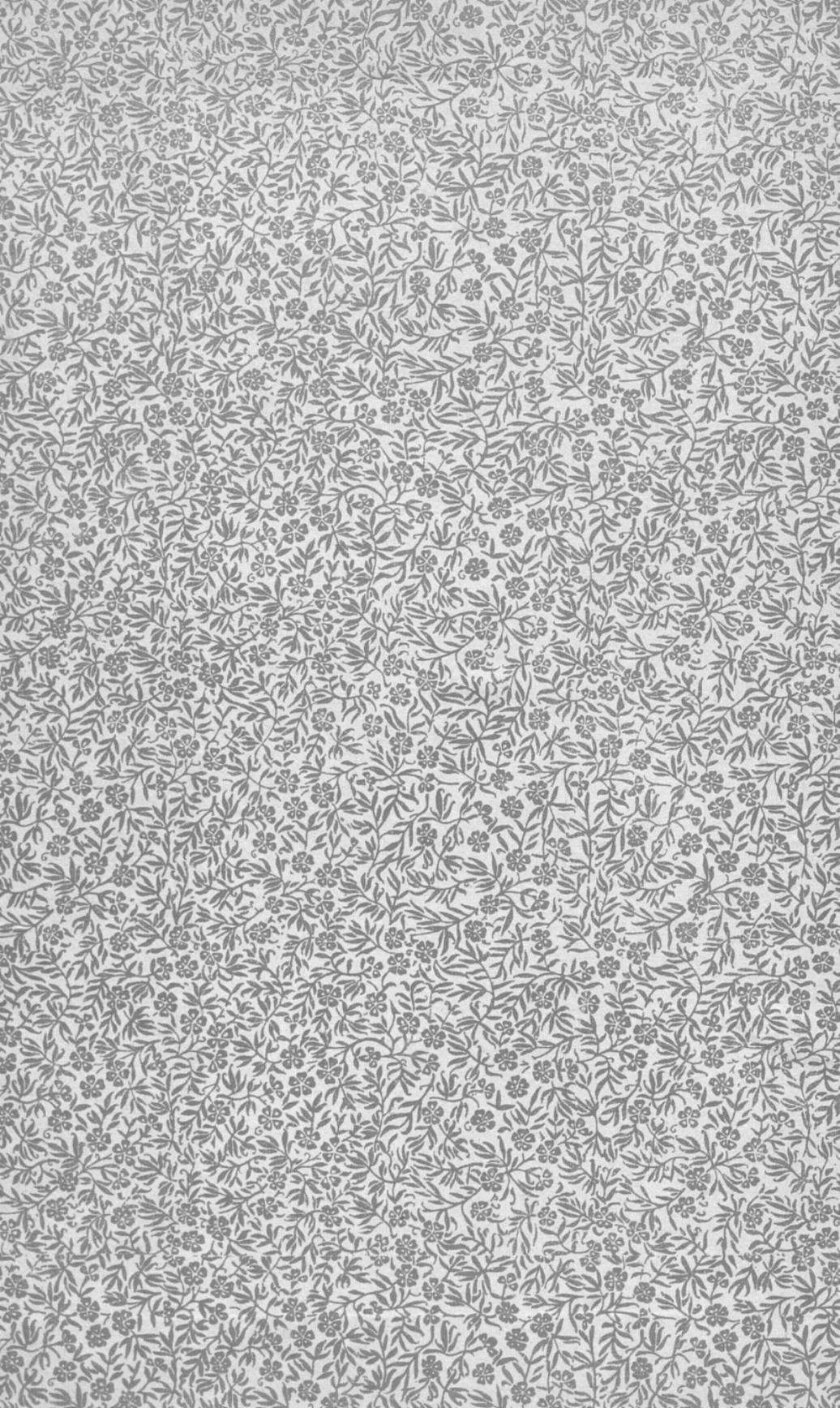
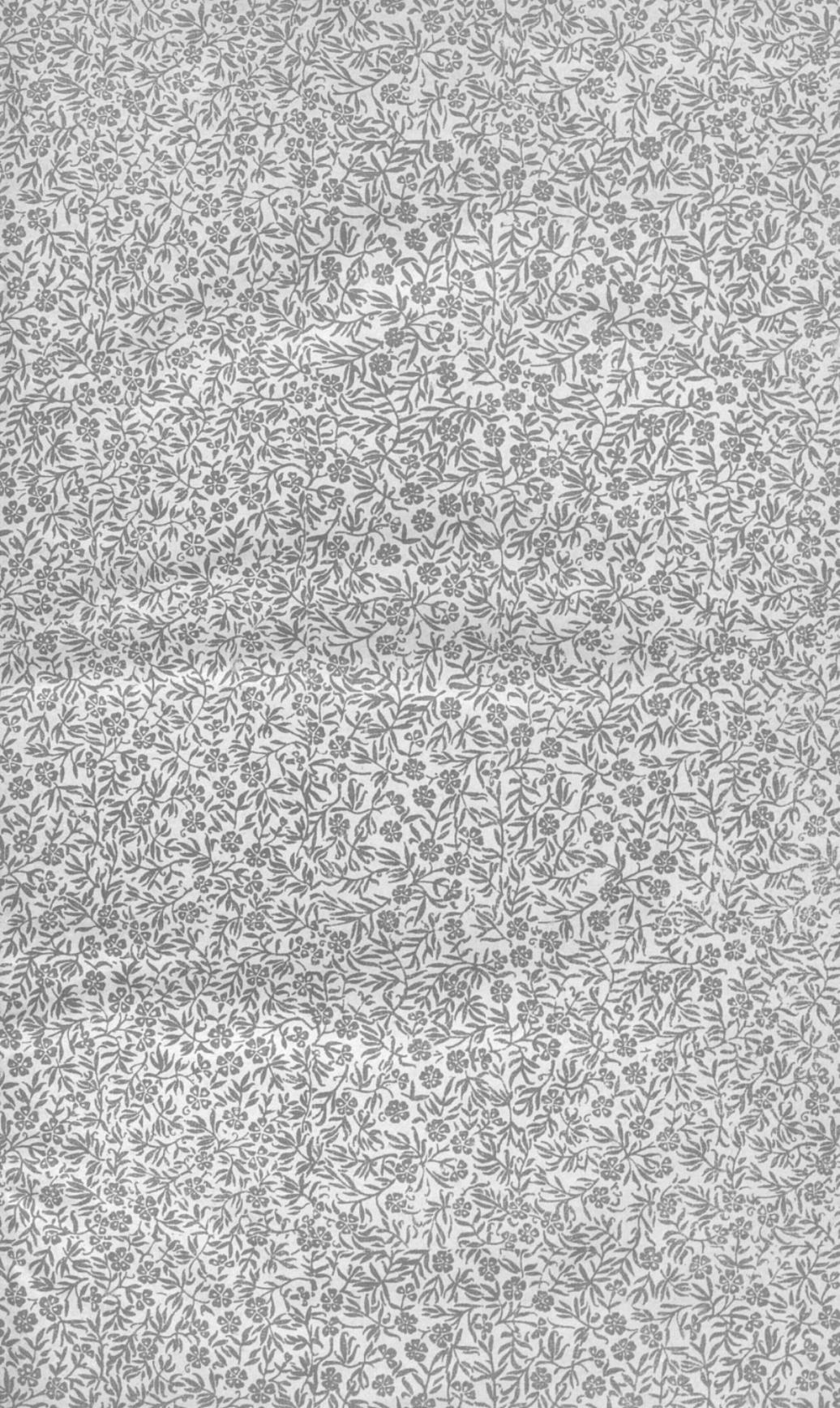


S  
ES







CARLOS PÉREZ

LOS TERCIOS

ESPAÑOLES



A

# LOS TERCIOS ESPAÑOLES

ACADEMIA COMPUESTA Y DECLAMADA

POR

LOS HERMANOS ESTUDIANTES

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DEL

COLEGIO DE LA MERCED EN BURGOS

EL 27 DE JULIO DE 1902

*CON DIBUJOS DE MARIANO PEDRERO*



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO  
IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS  
Muelle de Marzana, núm. 7

1904



R. 76823

C.B. 112 1727

t. 99278

---

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

---

†  
IHS

AL  
GLORIOSO PATRIARCA  
SAN IGNACIO DE LOYOLA,  
DEFENSOR  
DEL CASTILLO DE PAMPLONA  
FUNDADOR Y GENERAL  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS  
DEDICAN  
ESTOS  
RECUERDOS MILITARES  
DE  
LOS TERCIOS ESPAÑOLES  
LOS HH. ESTUDIANTES  
DEL COLEGIO DE LA MERCED  
EN BURGOS

A. M. D. G.



*Fediero*





## DISCURSO

### PRELIMINAR

---

SEÑORES: Quizás al leer el programa de este acto literario, se habrán algunos extrañado, creyendo algo impropio de nosotros su argumento, por el contraste que forman la azarosa vida de campaña, el estruendo de las batallas y el carácter mismo del soldado, con esta nuestra vida oculta y tranquila, entregada por completo á la práctica de los deberes religiosos y al cultivo de la elocuencia y de la poesía.

Tal contraste, sin embargo, es más bien aparente que real. Todo sacerdote es un soldado, como decía Donoso, y todo soldado es un sacerdote. Toda religión es una milicia, y toda milicia es una religión, como indicaba Calderón de la Barca. En fin, la Compañía de Jesús, como cantaba nuestro General el P. Luis Martín en una de las hermosas poesías de su juventud:

«Nació de una explosión allá en Pamplona»

y los jesuítas somos, según el mismo Padre:

«Voluntarios de indómita cruzada  
Que un indómito Cántabro allégó».

Hijos somos de un impávido soldado, del caballeresco defensor del castillo de Pamplona, que, aunque dejó la espada, no dejó la milicia, sino que cambió la terrena por la celestial. Creyéndose militar veló sus nuevas armas en Monserrat, y Dios confirmó su idea eligiéndole para general de uno de los ejércitos de la Iglesia.

Todo, Señores, revela espíritu militar entre nosotros. El nombre es de *Compañía*, *Compañía de Jesús*; nuestra obediencia es casi más estricta que la disciplina militar; nuestras Constituciones en todos sus conceptos reflejan la ordenanza del soldado; las meditaciones principales de nuestra vida son la de la Conquista del Reino de Cristo y la de las Dos Banderas; nuestra historia es la de una guerra sin fin que nos hacen sin cesar por todas partes los enemigos de la Iglesia, desde el protestantismo hasta el liberalismo, desde las incultas costas de Alaska hasta los pueblos más civilizados.

No olvidemos, además, que en muchas empresas bélicas y en particular en las filas de los Tercios de Europa, sirvieron como capellanes muchos de nuestros Padres; y, en fin, que uno de los más diligentes historiadores de aquellas guerras fué el jesuíta Famiano Estrada, que tuvo entre sus hermanos varios imitadores.

¿Cómo, pues, no hemos de tratar con entusiasmo un argumento de soldados, y sobre todo de soldados de Flandes, españoles de nacimiento, religiosos por carácter, católicos casi por herencia de sangre?

Por otra parte, desde que la monarquía española puso su cetro bajo el estandarte de la Iglesia en el tercer Concilio Toledano, las armas de la Iglesia y de la Patria se han asociado de tal modo, que siempre entre nosotros la Cruz ha sido espada, la espada ha sido Cruz, y la Cruz y la espada unidas han llevado á cabo en todo el mundo las em-

presas más gigantescas que Dios se ha dignado encomendar al pueblo español.

En nuestros mismos días, sombra no más de los pasados, sin duda que alguno de los distinguidos militares que me escuchan, habrá visto la Cruz y la espada ayudándose mutuamente para sostener nuestra fe y nuestra bandera, en el hoy tan desgraciado archipiélago filipino, donde ya desaparecen las cruces de los misioneros y avanzan los cañones de los bárbaros.

Entusiasmados, pues, al ver en nuestros soldados ese generoso espíritu cristiano, realzado por el valor más heroico, hemos elegido para asunto de este acto, con que, como sabéis, solemos cerrar nuestro curso literario, á los valientes Tercios de Flandes.

No porque esta sea ni la única, ni tal vez la mayor gloria de nuestra historia militar; que bien brillantes páginas nos ofrecen en la edad pasada los campeones de la Reconquista, los conquistadores de Italia y los héroes del Nuevo Mundo; y en la edad contemporánea, sobre todo los nobilísimos defensores de nuestra independencia contra Napoleón.

Si nos hemos decidido por los Tercios, es porque en ellos hemos visto brillar como reunidas en un organismo perfecto, las dotes todas que ennoblecen al soldado español.

Antipática labor la de esos espíritus mezquinos que, al repasar aquellas gloriosas epopeyas, se fijan con preferencia en sus defectos ó en lo que ellos creen sus defectos.

Veamos nosotros sus hazañas, celebremos sus triunfos, recibamos con respeto la enorme herencia de gloria que nos legaron. Siempre es más digno inflamarnos en deseos de emular las proezas de nuestros mayores, que no entretenernos en arañar sus defectos.

Pongamos en alto la inmaculada bandera de nuestra pa-

tria, enumeremos sus méritos, admirémoslos cuanto se debe; y cuando hayamos acabado con las glorias, que no sé si lo lograremos, podremos pasar á tratar de sus defectos.

La materia, como veis, es tan interesante como digna; nosotros la hemos preparado con el más vivo entusiasmo, quiera Dios que vosotros, sobre todo los dignos militares que estáis presentes, la oigáis siquiera con agrado.

HE DICHO.



ORIGEN DE

LOS TERCIOS





SEÑORES:

1. origen de los Tercios españoles hay que buscarlo en los designios de la Providencia.

Con los instintos sanguinarios que caracterizan á toda herejía, apareció en el siglo XVI en Alemania, la herejía de Lutero. Apo-

yada ya en su nacimiento por turbas violentas y audaces, y acaudillada por príncipes poderosos, comenzó á hacer armas y alzar bandera, á destruir altares, á dismantelar templos y á invadir naciones.

Era, pues, necesario, era imprescindible un poder político muy sólido y una potencia militar muy fuerte, para defender á la cristiandad de la herejía.

Esto, Señores, sólo se encontraba en España. El poder político fué la Monarquía Española dispuesta á sacrificarse por conservar la fe en Europa; y el poder militar fueron los Tercios destinados á ser el brazo y la espada de Dios contra los herejes.

La infantería, cuyo prestigio había ido creciendo en el siglo XV al paso que iba perdiendo su preponderancia la caba-

llería antigua, se sobrepuso finalmente á aquélla cuando los suizos sin más armas que las picas vencieron en la batalla de Morat á los escuadrones de Carlos el Temerario: y desde que Jorge Frundsberg organizó sus famosas compañías de lansquenets comenzaron los infantes á ser considerados como el nervio del ejército.

No eran, sin embargo, los esguízaros ni los lansquenets los que habían de sostener á la Europa católica en las guerras religiosas, siendo, como eran, una infantería mercenaria, que miraba la guerra como un oficio, sin más ideal ni aspiración que el sueldo recibido de cualquiera. Las nuevas cruzadas del siglo XVI, reclamaban un soldado valiente, constante, caballeresco, religioso y bien organizado.

Ahora bien: el soldado español reunía maravillosamente estas condiciones.

Tenía valor personal acreditado por diecisiete siglos de lucha, tan excitado en el último período de Granada, que fué preciso que el Rey Fernando con severísimas órdenes prohibiera toda empresa particular contra los granadinos, para que sus caballeros no gastasen su sangre en lances privados, tan inútiles cuanto heróicos. Siempre el valor personal ha sido y será el patrimonio de los españoles, y siempre la animosidad bélica aparece y aparecerá como una de las notas predominantes en la gloriosa historia de nuestra patria; porque los hijos de leones, nunca han sido ni serán sino leones.

Este valor era un valor constante y resistente. No era el valor de los franceses de quienes ya Livio decía que, si al principio de las batallas eran más que varones, al fin eran menos que mujeres; era una síntesis y feliz unión del animoso ímpetu del francés y la resistencia del inglés. Baste decir que la ordenanza de la milicia española prescribía,

que si hallándose en campo seis contra ciento, tomase uno de los seis la fuga, se le pasara por las picas. Y esto lejos de ser letra muerta, se llevó á cabo algunas veces.

Caballerosidad siempre la hemos tenido los españoles. Hay algo de quijotismo en nuestra sangre. Además en aquella época todos se creían hidalgos. El honor, si es lícito hablar así, es como nuestra segunda religión, y los milita-



res los sacerdotes de este culto. Buscando el honor escaparon el Duque de Alburquerque y el Duque de Alba á las fronteras del Norte para empuñar la pica contra los franceses; Carlos Coloma á los quince años estaba guerreando en Flandes, y Alejandro Farnesio aún no frisaba en los once cuando se empeñó en formar parte de los escuadrones que dieron el asalto en la jornada de San Quintín. No había en nuestros Tercios un soldado que no aspirase á ser capitán. «Desde el día que fueres soldado, escribía á su

hijo el Conde de Santa Gadea, sea con presupuesto que has de ser general, y mira qué dotes has de tener para serlo, y esas has de procurar tener. Holgaría que comen-zases á ser soldado y que allí subieses á cabo de escuadra y sargento; y dende arriba á los demás cargos, y esto ha de ser más merecido de tñ que procurado».

En fin, Señores, el español era religioso: tenía esa cosa secreta que embriaga y pone al soldado en febril efervescencia para luchar en la guerra santa. Acostumbrado desde tiempo inmemorial á luchar en guerras santas y persuadido que la sangre del que caía víctima en la guerra por la verdadera religión, era casi sangre de mártir; tenía aún, como ninguno de otra nación, un amor purísimo á la fe y un odio acerbo á la herejía. Desde Perpiñán á Algeciras nadie toleraba un hereje. La reforma en gran parte la había llevado á cabo Cisneros mucho más suavemente años antes de aparecer la falsa reforma de Alemania, con lo cual jamás pudo connaturalizar en España absolutamente nada de protestantismo.



Recordemos de paso que España por estar bastante poblada, pues según algunos, contaba quince millones en el principio de la casa de Austria, por estar unida ella en sí y el Rey con la nobleza, por tener una cultura

superior á la de otras naciones, estaba en excepcional disposición para emprender esta guerra.

Dios, pues, que se acomoda á la naturaleza de las cosas

eligió al infante español para campeón del catolicismo contra la herejía protestante. Y según estos designios divinos se formaron en una época la más oportuna aquellos tercios, en que con la organización adquirió tanta solidez la infantería. No eran ya masas fluctuantes que acometían sin concierto, sino organismos militares, que podían romper con orden todos juntos, moverse con desembarazo, avanzar sin confusión, retirarse sin derrota, recibir pronto las órdenes, mantener el puesto, con todas las demás evoluciones que establece la táctica militar.

Recordemos, para que mejor entendáis toda nuestra velada, lo que es un tercio. Tercio era la mayor unidad de los cuerpos de la infantería española. Lo que entre los romanos se llamó legión, y entre los griegos falange, y entre los franceses caterva, y entre los italianos y suizos batallón, entre los españoles se llamó *tercio*. Tema es de muchas discusiones el origen de este nombre. Unos opinan que se llamaban así porque usaban tres armas distintas, otros porque los primeros tercios constaban de tres mil soldados. Nosotros, aunque no hemos visto esta opinión en los tratadistas militares, lo explicamos de esta manera: al comenzar la preponderancia de la infantería y cuando todavía la artillería no era considerada como cuerpo separado de batalla, constaba el ejército de tres órdenes de combatientes: el primero lo formaban los *hombres de armas*, el segundo la caballería ligera, el tercero, ó sea tercio, los infantes. Y por eso sencillamente se les dió el nombre de tercio.

Examinemos en ellos su organización, armas y vestidos y su número.

La organización fué completa. Cada tercio constaba de tres coronelías y cada coronelía se subdividía á su vez en

cuatro compañías, compuestas de arcabuceros y piqueros. La plana mayor de cada tercio la componían el maestre de campo ó sea jefe de estado mayor, que era el alma de todo y sobre quien cargaba todo el peso del gobierno político y militar del ejército, un sargento mayor, un furriel mayor, un municionero, un tambor general, un capitán teniente, mé-

dico, cirujano, boticario, capellán y ocho alabarderos, escolta especial del maestre de campo.

Cada una de las cuatro compañías se formaban de un capitán con un paje, un alférez, un sargento, un furriel, un tambor, un pífano, un capellán, diez cabos de escuadra y doscientos cuarenta soldados, arcabuceros unos y piqueros otros. Todos, á ser posible, debían ser aptos para sus cargos, esbeltos en su forma y arrogantes en sus movimientos. Del alférez en particular ordenaban las instrucciones militares

que fuera gallardo y bien dispuesto para que pudiese manejar y abatir la insignia en los saludos con gracia y donaire. El sargento mayor ocupaba el puesto intermedio, entre el maestre de campo y los capitanes.



Las armas que usaban eran defensivas y ofensivas. Las defensivas eran el coselete y la espada. Todos los piqueros debían llevar el coselete, por lo cual se les dió el nombre de *coseletes*. Las ofensivas eran la espada, el arcabuz y la pica. Las espadas más famosas por su temple eran las del *perrillo*, que las fabricaba el espadero Julián del Rey, establecido primero en Zaragoza y después en Toledo, y las marcaba con una figurilla de un perro. El arcabuz era un arma de fuego de tan difícil manejo, que en la instrucción requería cuarenta y tres voces de mando; mas una vez bien colocado producía tales efectos, que sólo doscientos arcabuceros de Quesada saliendo del escuadrón general por disposición de Pescara, bastaron á decidir la victoria de Pavía, destrozando por completo á los acerados caballeros del Rey de Francia. Y en Muhlberg, penetrando en el agua hasta los hombros, alejaron con su fuego al ejército protestante de la orilla opuesta.

Pero el arma principal de los tercios, el arma prodigiosa, la que les dió nombre, la que se abrió paso por las brechas, la que rechazó mil veces á la caballería, la que paseó victoriosa por los Países Bajos y por todo el centro de Europa la bandera española, fué la pica. En los trances rápidos, en los encuentros repentinos, ataques de caballería, asalto de brechas, escaramuzas y rebatos se arrinconaba el arcabuz y se echaba mano de la pica, de la *pólvara de España*, como por alarde la llamaban en Flandes, y se ganaban con ella tantos triunfos, que Montecuculli todavía en el siglo XVII proclamaba á la pica, señora y reina de las batallas.

«La buena pica, decía Londoño, ha de ser de veintiséis palmos. La pica de la dicha proporción alcanza más, da mayor golpe y no se puede rebatir como la pequeña». Sin embargo, la primera fila, por resultar ineficaces las picas

largas á corta distancia, llevaba alabardas y picas más cortas. «En las marchas el traer de la pica, decía Scarión, es sobre la espalda, sustentada con buena gracia, y cierto que el soldado que sabe traer y menear bien una pica es gusto el verlo».

Quando arremetían con ella era tan irresistible su ímpetu, que no había fuerza bastante á detener aquella muralla movable erizada de puntas de ace-

ro. Mas como en algunos trances, por encontrarse demasiado cerca del enemigo,

no había lugar ni tiempo para manejar la pica, para esos y otros casos parecidos llevaban además la espada. Esto les valió en la batalla de Ravena. La infantería española y la gascona cruzaron en ella con tal furia las picas, que no quedando espacio para manejarlas, permanecían inmóviles las dos filas. Estando así todos parados, dos coroneles españoles, apellidados Arriaga y Ar-

tieda, toman cada cual por su extremo una pica, y metiéndose con ella tendida por debajo de las de la primera hilera contraria, levántanlas en alto de suerte, que los nuestros, libres y desenredados, pudiendo ya tirar de la espada y acometer cuerpo á cuerpo, se abalanzaron sobre los enemigos con tan inau-



dito furor, que de ocho mil alemanes que eran, dejaron á siete mil tendidos en el campo.

Para que no todo fuera horrible en aquellos ejércitos, sus vestidos eran graciosísimos. Aún no había uniformes. La única uniformidad consistía en que iban siempre galanos y lujosos. Trajes cortos y ceñidos, muchos colores, muchas plumas, mucho vestido de grana, mucha seda, mucho bordado. Jamás les dolía gastar dinero en lujo. Y tan poco les dolía, que el tercio de Manrique, después de haberse amotinado porque no le pagaban, cuando recobró sus atrasos, todos los gastó en preesas y trajes, haciéndose famoso desde entonces con el título del *Tercio de los señores*, por sus brillantes cintillos de piedra, por sus bordados tahalíes y por sus hermosas espadas.

Este lujo, que aun en tiempo de campaña era vistoso, en tiempo de revista era espléndido.

Admirable como pocos debió ser el gran alarde que en Meaux hizo Farnesio ante los franceses.

Rompían la marcha los clarines y las cajas tocando á guerra: seguían los primeros los tercios viejos y dieciséis mil infantes de varias naciones, vestidos con el traje patrio. Corto y ceñido el de los españoles, más ancho el de los italianos y anchísimo el de los valones y alemanes. Entraban después las tropas, en número de tres mil, con abigarrada mezcla de armas y vestidos. Seguía el acompañamiento del General, y ¡era de verlo pasar! Vestidos de casacas de raso de carmesí, con esterillas de oro, cubiertos de capacetes bien bruñidos y coronados de plumas rojas, y empuñando lanzas rematadas en macetas de cintas que ondeaban al soplo del aire, pasaron doscientos jinetes blandiendo con la diestra lucientes jinetas, ciento veinte tudescos vestidos de grana, doscientos arcabuceros

á caballo con vistosas cruces bordadas de plata, veinte pajes nobles con medias de seda roja y cortos calzones de tela azul y plata guarnecida de franjones de oro, y con sombrerillos al uso que relampagueaban en lo alto de las copas con penachos rojos, en lo bajo con cintillos de perlas, veinticuatro lacayos con espadas de guarnición dorada y albornoces colorados de grana. En medio de éstos iba el alferez de Alejandro enarbolando la bandera y escoltado de gobernadores, capitanes y príncipes.

Por fin apareció Alejandro cerrando todo el ejército. Caballero en un alazán tostado, cubría su pecho con peto listado de oro, y dejaba caer por la espalda una capa española de púrpura; en la siniestra llevaba, con las riendas del caballo, la bengala del general, en la diestra su airoso sombrero con el cual graciosamente correspondía al aplauso de la multitud que corría á verle y á los besamanos de la nobleza de Francia. Claro está que los franceses se quedaron pasmados al ver tanta gracia unida á tanta bizarría de aquella manera que sólo sabían los españoles y que los franceses son incapaces de imitar.

Más tarde se puso coto á este lujo. Pero no sin protestas de los más valientes soldados. «El soldado, decía Eguíluz, ha de andar vestido de colores y aquéllos muy claros, que sean conocidos los honrados y amados hombres del Rey, entre ciudadanos; y que sean muy descubiertos de lejos para que sepa cada uno lo que es, cuál ciudadano y cuál soldado. Y tendrán en memoria que delante de nuestro Capitán General el Duque de Alba, eran bien vistos los colores, y que su persona de ordinario traía el vestido de azul muy claro, hasta el sombrero que se ponía en la cabeza, y con muchas plumas para ser conocido; y que todos los soldados antiguos han andado vestidos de colores y de muy finos paños. Y está muy claro que diez mil soldados vesti-





FIESTAS TRIUNFALES QUE PARIS HIZO A ALEXANDRO FARNESE POR HAVERLA LIBRADO DEL CERCO ISOCORIDO A ALEXANDRO FARNESE BELDEMAINE C PRINCIPE RANUCIO

(Reproducción de un grabado de la época.)



dos de colores abultan y meten más terror que veinte mil vestidos de negro. ¿Qué parecería en esta era un capote rojo con chías colgado por las espaldas abajo, y una gorra roja marrocanada con pluma blanca y una calza roja y la vaina de la espada roja? Pues aquello era lo bueno y bizarro: y ahora que se usase sería lo propio. El que no nos quisiere ver como soldados poco importa, cierre los ojos». Y es de oír el francés Branthome cuando habla de los mosqueteros del Duque de Alba. «Hubiérase dicho, escribe, que eran príncipes: tanta era la gracia y bizarría que se dejaba ver en su arrogante marcha. Y cuando de algún combate ó escaramuza hubieseis oído pronunciar estas palabras con gran respeto: Salgan, salgan los mosqueteros! afuera, afuera, adelante los mosqueteros! de repente se les hacía lugar, y eran respetados; parecían más que capitanes».

Por lo demás, aunque sus hazañas fueron infinitas, nunca fué grande el número de los tercios. Según Clonard, desde 1566 á 1597 creó Felipe II veintitrés, cifra que por distintas causas fué reducida á menores términos, á creer lo que arrojan las relaciones de las guerras. En Flandes cuando D. Francisco Melo se encargó de aquel ejército, no consta que hubiese más que seis: siete eran á la muerte de Felipe III. Era axioma de los mismos enemigos que no se podían ver ocho mil españoles juntos en parte ninguna, y se sabe que nunca pasaron de veinte mil entre todos.

Pero ¡enorgulleceos, Señores! Con estos tercios en Flandes, con uno en Lombardía y otro en Nápoles nos bastaba para mantener por siglo y medio en Europa una soberanía la más asombrosa.

De ordinario no iban á Flandes nuestros tercios sin instrucción é imperitos en las armas. Los más de los reclutas para aquella guerra comenzaban por rehenchir los tercios

de Italia, y de allí, aprendida la disciplina militar, se trasladaban á Flandes. La conducción más notable de esta clase de tercios ya formados fué la primera del Duque de Alba y la del Cardenal Infante que se coronó de paso con la victoria de Norlinga.

Los primeros tercios que aparecieron con este nombre datan del año 1534. Sin embargo, la infantería española tenía ya entonces orladas sus sienes con mil lauros y había llegado á su virilidad incontrastable, bajo el genio de Gonzalo de Córdoba, de aquel caudillo á quien la historia con toda justicia ha dado el nombre de Gran Capitán.

Gonzalo no es un militar vulgar, es un capitán que en teoría se adelanta un siglo á su época, y en práctica llega adonde llega su teoría. Tal vez su mayor idea fué la de la importancia de la infantería. «Se debe tener, decía, gente á caballo, mas por segundo y no primero fundamento del ejército, porque más útiles son los caballos para seguir al enemigo roto que para romperle. Y se ha visto por las antiguas y modernas experiencias un escuadrón de infantes ser segurísimo y aun insuperable de caballos. Por lo cual digo que los reinos ó repúblicas que estimasen más gente á caballo serán más débiles que otros y más aparejados para cualquiera pérdida».

Cuando considera uno el estado de la milicia en tiempo del Gran Capitán, no se sabe qué admirar más, si la intuitiva claridad con que vió el importante papel que estaba reservado á la infantería ó la precisión y energía con que ajustó sus campañas á sus teorías. Gonzalo en nuestra milicia es el tránsito de la edad antigua á la edad moderna. Desde que salió de Málaga para Italia con sólo cuatro mil infantes y seiscientos caballos entre jinetes y hombres de armas, cada paso de los suyos es una gloria para los que

ya podemos llamar Tercios españoles. Atela y Taranto, Cerrignola y Gaeta, Ostia, Barleta, Cefalonia, Garellano... son la juventud admirable del ejército español, que al mando del genio de Gonzalo, aprendió á esperar con paciencia al enemigo, á resistir días y semanas inmóviles en sus puestos, aguantando sin moverse por diez horas consecutivas el fuego enemigo, á atacar entre el silbido de las balas, á obedecer con abnegación, á vigilar en medio de lluvias y de barro, á observar la disciplina tan bien como Gonzalo, que es cuanto se puede decir.

Cuando murió el Gran Capitán, la infantería española estaba formada, y sin más que seguir lo que aprendió en su escuela, sorprendió á Milán al mando de Pescara, y formándose de noche al borde mismo del foso, en menos de una hora tomó la ciudad. Perseveró, aun derrotada, en Cerrisola; resistió en Cremona con sólo mil infantes á veinte mil confederados hasta lograr gloriosa capitulación; tomó á Túnez, poniendo en fuga á Barbarroja con sus cien mil turcos; en Pavía sólo seis mil hicieron frente por siete largas horas al asalto de sesenta mil franceses, á todos los cuales días después con asombro de toda la Europa derrotó en batalla campal nuestra arcabucería, llevándose por trofeo á un Rey prisionero. Por fin, Señores, después de la derrota general de Ravena hizo una de las más victoriosas retiradas.

Estaba la infantería de nuestros aliados á la orilla del río Ronco dispuestas en tres líneas las lanzas y á retaguardia los caballos ligeros. Rotas las dos líneas y en fuga la tercera, permanecían aún en su puesto los infantes españoles que, al mando de Navarro, se habían librado del cañón enemigo tras unas asperezas. El intrépido español no vacila en ir contra todo el ejército: manda arrojar las picas y des-

nudar las espadas, y entablan los nuestros cuerpo á cuerpo el combate, é introduciéndose por las picas contrarias, hieren y destrozan, arremeten y arrollan cuanto alcanzan en el primer ímpetu y casi victoriosos, teniendo delante un torrente de enemigos, pero como si no vieran á ninguno, emprenden la retirada, puestos en orden escalonado, dando al viento sus banderas y precedidos de sus tambores y trompetas que batían marcha. Rugía de ira el caudillo francés Gastón de Foix al ver que á pesar de sus infinitas fuerzas al cabo se le escapaba un puñado de valientes, en una retirada equivalente á una marcha victoriosa. Carga, pues, sobre ellos con su caballería, mas en la primera carga perece Gastón en medio de innumerables franceses; repiten éstos una y otra vez las cargas, pero una y otra vez se ven rechazados, hasta que por fin rendidos, cesan y dejan á los nuestros proseguir invencibles su marcha hasta Ancona.

Ya estaba, Señores, formado el soldado español, ya estaba formado aquel soldado que describe Londoño en tiempo del Duque de Alba: la pica al hombro, la espada al cinto, erguida la cabeza, atento al orden y con gallardo continente, sólo anhela por la guerra, sólo mira al campo enemigo, se agita impaciente por acelerar la batalla; su anhelo es adquirir inmortal renombre, y su aspiración morir por la fe y por la patria. Bien merecía, Señores, si es que esto se puede merecer, que la providencia de Dios lo eligiese por campeón suyo para aquella lucha gigantesca en que prodigando sus vidas y sembrando sus huesos, habían de defender la religión por siglo y medio.

Muhlberg fué su glorioso bautismo, y fuerza es confesar que fué tan glorioso como épico. No me es posible describirlo todo. Oíd el rasgo culminante.

Habíase rebelado contra el Emperador Carlos V el Elec-



PLUS

ULTRA



CARLOS·V

TIZIANO·pinx.



tor de Sajonia Federico, y puesto en armas había acampado á la derecha del Elba confiando en que el Emperador tardaría en llegar bastante tiempo. Mas el César Carlos V, émulo de la rapidez estratégica del César Romano, se presentó con extraordinaria presteza á las márgenes del río. Sorprendido y apresurado el Elector, cortó el puente de Meissen y corrió su ejército por la margen del río hasta las inmediaciones de Witemberg, acampando cerca de la ciudad de Muhlberg.

Mediaba entre los reales de Carlos V y del Elector de Sajonia el río Elba. Medía este río trescientos pasos de ancho. Imposible vadearlo sin puentes. La ribera enemiga mucho más alta que la nuestra, estaba coronada toda ella de una nube de arcabuceros, y tras ellos la artillería y las fuerzas todas del Elector prontas á caer sobre el que intentase el paso. Anuncia, sin embargo, el invencible Carlos V á su gente, que sin perder momento se dispusieran á cruzar el Elba. Y sabido es que, cuando el Emperador Carlos V ordenaba una cosa, no había más remedio que obedecerle, por dificultosa que fuese la empresa. Aquélla lo era en extremo, tanto que parecía imposible. Los más intrépidos se sobrecogieron en el primer momento. Pero para el soldado español nada había imposible.

Á favor de la niebla que se extendió en la orilla inferior, se agolpan al borde del Elba para pasarlo: y entonces fué cuando los arcabuceros españoles hicieron una hazaña, que si la contase Homero, la tendríamos por fábula. Faltando barcas á los nuestros, diez arcabuceros al ver que los sajones se apresuraban por salvar sus naves á favor de la corriente, se desnudan con la mayor precipitación, toman sus espadas en los dientes, se arrojan á nado, abordan las barcas, acometen á los conductores, los vencen y vuelven con las naves entre mil vítores de nuestro ejército. Pasóse en

seguida el Elba, una vez en la misma orilla, ¿quién contrasta su ímpetu sobrehumano? al grito de *¡España!* desbaratóse el campo enemigo y quedó prisionero el mismo Elector de Sajonia.

Este, Señores, podemos decir que fué el primer paso de nuestras luchas religiosas.

Seguidles ahora en el curso de su gloria deslumbradora, en sus sorprendentes proezas, en sus heroicidades sin rival, en sus infinitas victorias, hasta su gloriosísima derrota. Las hazañas serán todas colosales, su sagrada majestad y grandeza están escritas en el libro de las historias que el hombre ha de admirar, pero nunca podrá imitar.

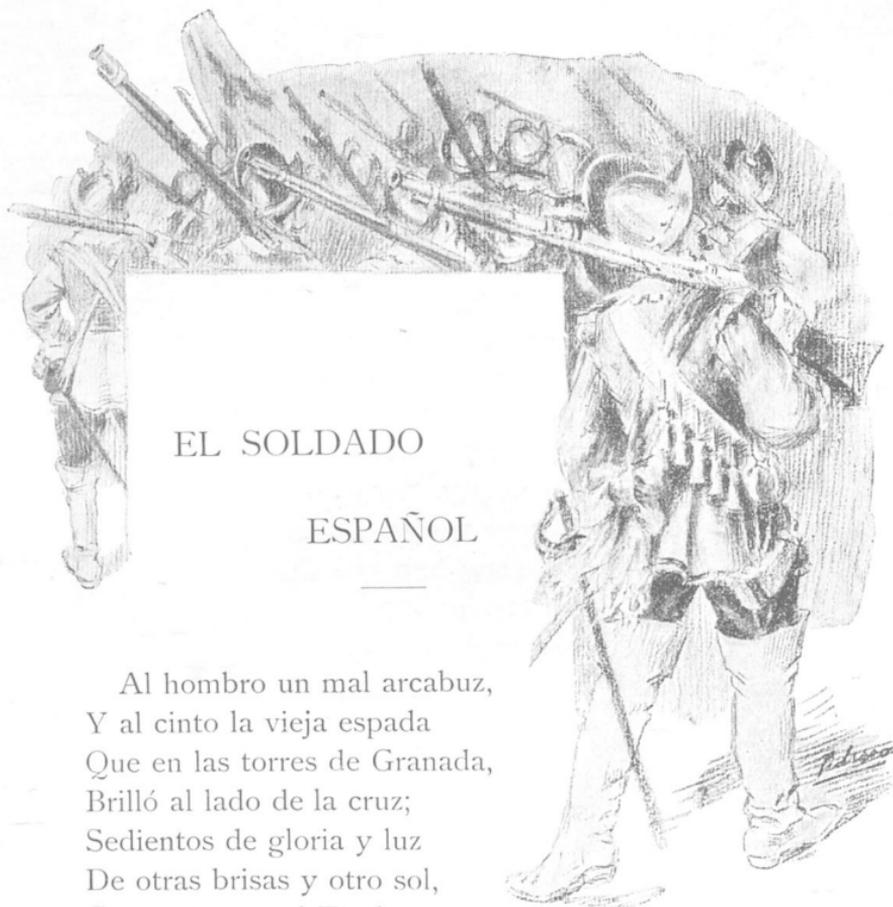




EL SOLDADO

ESPAÑOL





## EL SOLDADO

## ESPAÑOL

---

Al hombro un mal arcabuz,  
Y al cinto la vieja espada  
Que en las torres de Granada,  
Brilló al lado de la cruz;  
Sedientos de gloria y luz  
De otras brisas y otro sol,  
Cruzando van el Tirol  
En animosa cuadrilla:  
Son los hijos de Castilla  
Es... el soldado español.

¿Quién le llama? ¿á dónde va?  
À combatir por su Rey;  
À dar al mundo la ley  
En el nombre de Jehová.  
Y ¿quién rendirle podrá  
Si le guía en su jornada  
La Virgen Inmaculada

Como prenda de victoria,  
Y lleva de Dios la gloria  
En la punta de su espada?

Allá van; á sus deseos  
Se encienden nuevas estrellas;  
De entre el polvo de sus huellas  
Brotan lauros y trofeos;  
Son los nuevos Macabeos  
Vestidos de triples mallas;  
Son del Dios de las batallas  
Los invictos paladines,  
Y al sonar de sus clarines  
Se derrumban las murallas.

¡Ah! ¿no le veis cómo brilla  
Sobre el batido baluarte?  
Es, el bendito estandarte  
De la Virgen sin mancilla!  
¡Bredá por Cristo y Castilla!  
Grita al clavarle el primero;  
Y al relumbrar de su acero,  
Y al resonar de su voz,  
Huye al infierno veloz  
El fantasma de Lutero.

Y siempre á punto de guerra  
Combatieron, siempre grandes,  
En Alemania, y en Flandes,  
En Francia, y en Inglaterra;

Y se prosternó la tierra  
Estremecida á su paso,  
Y un simple soldado raso,  
En portentosa campaña;  
Paseó el pendón de España  
Desde el Oriente al Ocaso.

---

España, patria bendita;  
Alza del polvo la frente:  
Aun hay algo en ti que siente,  
Aun hay algo que palpita.  
—¿Por qué rebulle y se agita  
Esa varia muchedumbre?  
¿Por qué en sus ojos la lumbre  
Del entusiasmo fulgura,  
Y olvida tu desventura,  
Y alienta en tu pesadumbre?

¿No escucháis? son las cornetas  
Y el rodar de los cañones,  
Y el piafar de los bridones,  
Y el sonar de las trompetas;  
En las blancas bayonetas  
Con cambiantes de arrebol,  
Quiebra sus rayos el sol  
Cual destellos de esperanza:  
Es él, que brioso avanza  
¡El ejército español!

¿Quién dijo que no es el mismo?  
Pues qué? ¿dependen acaso  
De la suerte y el fracaso  
El valor y el heroísmo?  
¿Qué importa que en el abismo  
Se hundieran nuestros bajeles?  
¿No lucharon como fieles  
Sus valientes tripulantes?  
Pues, aclamadlos triunfantes,  
Coronadlos de laureles.

¡El mismo! Mientras la espada  
Brille de la cruz al lado;  
Mientras, adore el soldado  
Por madre á la Inmaculada;  
Mientras palpite inflamada  
En su corazón la fe,  
Mientras del altar al pie  
Sus armas rinda ante el sol  
El ejército español  
Será lo que siempre fué.

Mas ¡ay! si en un día aciago  
Olvida sus tradiciones,  
Y al cerrar sus escuadrones  
Ya no invocan á Santiago!  
Entonces, ¡horrible estrago!  
¡Tremenda desolación!  
Que ya la soberbia Albión  
Nuestras costas amenaza,  
Y perderá nuestra raza  
Hasta el nombre de nación.

Hijos de la patria mía,  
Valerosos militares;  
¡En torno de los altares!  
¡Á las plantas de María!  
Y cuando la patria un día  
Por su integridad batalle,  
Que en acorde santo estalle  
Si queréis que triunfe España,  
El cañón en la montaña  
Y la campana en el valle.





BANDERA DE

LOS TERCIOS



DE D. JUAN  
DE AVSTRIA



SEÑORES:

Una imagen de Jesucristo crucificado ó de la Virgen Inmaculada, y un escudo con las armas de España ó de la Casa real, son las insignias que flotan entre los pliegues de la bandera de los Tercios: la religión y la patria, Dios y el Rey.

Cada uno de aquellos valientes podía escribir con la simpática arrogancia del historiador de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo: «Me he hallado en ciento y diez y nueve batallas y reencuentros de guerra, y claros y verdaderos están mis muchos y notables servicios que he hecho á Dios primeramente, y á S. M. y á toda la cristiandad».

Cierto que algunos iban á la guerra cantando lo que aquel gentil mancebo del *Quijote*:

«Á la guerra me lleva  
Mi necesidad;  
Si tuviera dineros  
No fuera en verdad».



Cierto también, que muchos volaban al campo de batalla espoleados por el ansia juvenil de correr aventuras, ó por la esperanza de lavar en los combates un nombre manchado por cualquier lance adverso. Pero sobre estos móviles personales se alzaba en todo caso el sentimiento patrio y el sentimiento religioso, y una vez incorporados á los Tercios, ¿qué habían de pretender aun los más interesados, sino lo que generales y capitanes y sargentos y todos pretendían; el servicio de Dios y el ensalzamiento de su Rey?

Hojead los escritos militares de la época: *La primera obligación después de Dios*, es el título de una obra de don Francisco Ventura de la Sala y Abarca; esa obligación es la de servir al Rey. «En las empresas donde se hallare la artillería debe primeramente (el artillero) procurar de ser muy devoto y buen cristiano», dice D. Luis Collado en sus diálogos sobre el arte militar. Y el Adelantado Mayor don Martín Enrique de Padilla en carta á su hijo le escribe: «El primer presupuesto que has de hacer, es que los trabajos y peligros que pasares han de ser á cuenta de Dios, á quien has de traer presente en todas tus obras, el cual te las encaminará á mucha honra y provecho tuyo». Y ¿qué militar que lo sea de veras no lleva grabadas en su corazón aquellas palabras del gloriosísimo manco de Lepanto?: «Las cosas que se intentan por Dios y por el mundo justamente, son aquellas de los valerosos soldados que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio, cuanto es el que puede hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, llevados en vuelo del deseo de volver por su fe, por su nación y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que les esperan».

Bien conocido tenían los generales este espíritu de los Tercios. Por eso D. Juan de Austria, cuando traicionado por



los Estados de Flandes, tiene que llamar en su auxilio á los españoles, expulsados poco había por exigencias de los rebeldes, no les habla de recompensas terrenas ni de intereses personales; les habla del servicio del Rey y del servicio de Dios. «Venid, les escribe, amigos míos; mirad cuán solos os aguardamos yo y las iglesias y monasterios y religiosos y católicos cristianos, que tienen á su enemigo presente y con el cuchillo en la mano. Y no os detenga lo mucho ó poco que se os dejase de pagar, pues será cosa muy ajena de vuestro valor, preferir esto, que es niñería, á una ocasión donde con servir tanto á Dios y á S. M. podéis acrecentar la suma de vuestras hazañas ganando perpetuo nombre de defensores de la fe».

Por eso Alejandro Farnesio, cuando avisado por el lejano estampido de los cañones se presenta en el dique de Cowenstein, y mira en peligro junto con su reputación y la vida de sus soldados, la causa de España y de la religión, vuelto á los doscientos piqueros españoles que le acompañaban, les dice con voz de trueno por toda arenga: «No cuida de su honor, ni estima la causa de Dios y del Rey el que no me sigue»: y capitanes y soldados agrupados en torno de su general, se lanzan entre las picas y las balas á vencer ó morir, por su religión y por su patria, por su Dios y por su Rey.

¡Por su Rey!

¿Quién contará todos los rasgos de lealtad y de amor á los reyes, que esmaltan la historia de los Tercios? Allí el Comendador Mayor D. Luis de Requesens vendiendo su vajilla y sus joyas para pagar á los soldados de Flandes, lo que el erario real no podía pagarles: allí D. Juan de Austria despidiendo, á una mínima insinuación de su hermano Felipe II, las tropas españolas con manifiesto riesgo

de que los rebeldes le apresaran como intentaron apresarle: allí Alejandro Farnesio abalanzándose puñal en mano sobre un tal Flisci y pisando de coraje una carta, donde se le hacía la grosera injuria de pretender apartarle con dinero de la obediencia de Felipe II: allí el austero Duque de Alba, que, desterrado en Uceda, por no sé qué ligereza de su hijo D. Fadrique de Toledo, y preguntado de parte del Rey si quería encargarse de las tropas que pasaban á la conquista de Portugal, respondió á los mensajeros con épica entereza: «Decid al Rey mi señor, que es el único monarca en la tierra que tiene vasallos que salgan del destierro á darle otra corona».

¿Y aquel aviso que envió por D. Bernardino de Mendoza al mismo D. Fadrique cuando estaba sobre Harlem? Habían corrido rumores de que iba á levantar el asedio: y en efecto, así lo querían algunos: pero el Duque le mandó á decir «que, cuando no fuera su opinión el no levantarle sin rendir la villa, no le tuviera por su hijo; y cuando él muriera en el asedio, vendría el propio Duque á mantenerle; y faltando los dos, la Duquesa su mujer, desde España, á lo mismo».

No: vasallos como el Duque de Alba no los han tenido, ni entonces ni después, sino los monarcas españoles.

Y no se crea que estos eran rasgos aislados. La vida entera de aquellos valientes es prueba elocuentísima de que, más que su interés y su gloria, los lanzaba al combate el amor á su patria y el entusiasmo por sus reyes.

Fijaos en el coronel Verdugo. Á los diecinueve años sentó plaza entre las tropas levantadas por su compatriota D. Bernardino de Ayala. Hasta los sesenta y uno puede decirse que no dejó las armas de la mano: «sin haber hecho, escribe el capitán Alonso Vázquez en los *Sucesos de Flandes y Francia*, sin haber hecho más diligencia para

alcanzar premio de sus servicios, que obligar á S. M., perseverando treinta y un años continuos sin haber hecho ausencia, á hacerle las mercedes que nunca llegaron por causa de quien corta todas las humanas pretensiones y grandezas». Como soldado raso en un principio, como capitán de una compañía de walones durante el gobierno de doña Margarita de Parma, como sargento mayor de todo el ejército en tiempo del Duque de Alba, como maestre de campo, como almirante, como gobernador; por mar y por tierra, en San Quintín, en Harlem, en Mastrich, en el castillo de Namur, en la provincia del Rhin, en Bona, en Güeldres, en Frisia, en Luxemburgo: luchando siempre con lo pantanoso y malsano de las tierras, con la desconfianza, ambición y mala fe de los naturales, con el interés de los soldados de otras naciones, y no pocas veces con la indisciplina de los soldados de España que reclamaban sus pagas atrasadas; desatendido, á más no poder, por Farnesio, á quien llamaban por todas partes necesidades más apremiantes, apretado á todas horas por enemigos muy superiores... ¿qué no hizo y, sobre todo, qué no sufrió aquel glorioso veterano por ensanchar y afianzar los dominios de España, por realzar y engrandecer el nombre de su Rey? Vez hubo en que para proveer de municiones al ejército, se vió forzado á fundir las pesas de los vivanderos y hasta los platos en que comía el ejército: y otra, en que para recabar de los naturales pólvora fiada, tuvo que dejar como rehenes en poder del *Orosarte* ó administrador de Singhen, á su mujer y á su hija.

Todo para verse después calumniado y mordido, como él dice, de los mismos por cuya salvación había mil veces aventurado su vida; para verse delatado ante el de Parma como desleal al Rey, como causante de la pérdida de Groninga. No; protesta él mismo con tanta dignidad como va-

lentía; Dios sabe «la intención con que siempre he vivido en servicio de mi Rey»: Dios sabe que «siempre he mirado al servicio de S. M.»: Dios sabe que si he tenido algún encuentro «ha sido, porque, si yo quisiera conformarme en todo con ellos, había de ser faltando á la fidelidad que debo á Dios y á mi Rey»: Dios sabe, en fin, que «desde que fué servido de dar en estas partes á S. M. algunos buenos sucesos... por ver que la envidia y malicia los hacían inútiles, he procurado de todo corazón con grande constancia salir de aquí é irme á servir á S. M. á otro punto, viéndome... en los que he servido tan mal correspondido, y sin la recompensa que suele darse á los gobernadores de provincias, cuando los sacan de sus gobiernos...»

Con ese desinterés, con esa lealtad á toda prueba peleaban los capitanes de los Tercios.

Todo el que se encargaba de la defensa de una plaza debía prestar en manos del representante del Rey lo que se llamaba el pleito homenaje: es decir, juramento de mantenerla por S. M. hasta el último trance. No haya miedo que ningún español quebrante por ningún caso este juramento.

El coronel Mondragón defendía las plazas de Mildelburgo y Ramua, sitiadas por los rebeldes: pues antes de rendirlas luchará meses y meses con el hambre más desesperada que darse puede: de libra y media de pan que era la ración ordinaria de cada soldado, bajaron á dieciséis onzas, de dieciséis á doce, de doce á ocho, de ocho á cuatro, de cuatro á dos. ¡Dos onzas de pan y no de trigo, sino de linaza, para aquellas naturalezas hercúleas! Y aun con esa miserable ración no había para tirar sino seis días. Por supuesto, no se hallaba ya en la ciudad ni una vaca, ni un caballo, ni siquiera un perro, ni un gato. El hambre fué tan horrible que, según dice Mendoza, se comieron hasta los cueros de

estos animales. Dentro de tres días vendría el de Orange en persona á continuar el asedio. ¿Creéis, después de todo, que se rindió Mondragón? De seguir su parecer, hubieran destruído cuantas mercaderías y objetos de valor había en las villas; pero ya que por decisión del consejo hubo de capitular, fué á condición de que todos los soldados de su coronelía salieran



con sus armas, con su ropa y bagajes, sonando cajas, encendidas las mechas de sus arcabuces y tendidas al aire sus victoriosas banderas. ¿Por qué tan heroica resistencia? Por no faltar al pleito homenaje. Porque D. Luis de Requesens, que para él tenía las veces de Felipe II, le había escrito que cuando por los pecados del ejército hubiera que

abandonar aquellas plazas, sabía él muy bien que sería en el último extremo y cuando los enemigos pudieran sacar muy poco fruto.

Y en Gante ¿por qué ciento cuarenta españoles, y esos estropeados, como dice Mendoza, resistieron dos veces á veinte mil vecinos, más veintisiete compañías de rebeldes que con once piezas de artillería habían venido á sitiarnos? Sobre un caballero ó castillete interior se levantaba izado en la antena de un navío el estandarte del Rey de España. Contra aquel estandarte disparaban especialmente los rebeldes. Porque aquel estandarte no se abatiese, sin más armas que las piedras y picas en una batería, y en otra algunas alcancías de fuego y un falconete que cargaban con pedazos de cadenas y pasaba de un lado á otro donde más arreciaba la acometida; rechazaron aquellos héroes el día 1.º de Noviembre un asalto de cinco horas: y otro nuevo y no menos porfiado al día siguiente, cuando ya sólo quedaban veinticuatro españoles en cada batería, y en los caballeros sólo un cabo de escuadra con ocho soldados, uno en cada cortina, y los otros cuatro para correr donde fuese más necesario. Y lo peregrino y original es, que más todavía que el teniente D. Antonio de Ávalos Maldonado, alentaba aquel puñado de valientes ¿quién diréis, Señores? ¡Una mujer, la mujer de Mondragón; digna mujer de tal marido!

En este punto la lealtad de aquellos castellanos era verdaderamente escrupulosa. Cuando Martín del Hoyo, teniente de Sancho de Ávila, hubo de entregar á los Estados el castillo de Amberes por expreso mandato de D. Juan de Austria, al saber que se acercaba la guarnición walona, mandó tomar las armas á todos los soldados, levantó los puentes, cerró las puertas, y no permitió que nadie pusiera el pie en el castillo hasta que sonó la hora señalada para la ceremonia.

Más gloriosa fué todavía la entrega que del de Utrech hizo Francisco Hernández. Sitiábale el Conde de Bossu, y casi le tenía ya derruido, cuando llegó la orden del de Austria para que le entregara á los walones. Obedeció al punto Hernández: mas como le dijese el Conde que había de ser rindiéndole, replicóle el leal castellano, que cuando él fuese tan ruín que lo acordase, los soldados eran tan leales que no lo permitirían; los cuales hasta aquel punto habían peleado defendiendo la plaza por su Rey, y de allí adelante combatirían y morirían por sus honras. Y no hubo remedio: amainó velas el Conde, y Hernández y los suyos salieron del castillo con todos los honores de guerra.

Toda la noche pudiéramos estar contando rasgos de lealtad parecidos. En cambio en todas las historias de Flandes



no se habla más que de un traidor, el capitán Manzano, á quien los mismos españoles ajusticiaron después de la toma de Amberes:

y de un cobarde anónimo, que desamparó á cinco compañeros acometidos por cien villanos, y á quien Valdés mandó pasar al instante por las picas.

Ningún alférez español, por ejemplo, se dejó arrebatarse la bandera mientras le quedaban fuerzas para sostenerla entre las manos. ¡No! se dejaría matar primero, como se dejó matar en el sangriento choque de Grave, donde cada

español peleaba contra nueve ingleses, el alférez del capitán Hinojosa arrollado por una oleada de enemigos; y en ese caso no faltaría un sargento mayor llamado Jerónimo de Vega, que cayera sobre el enemigo y le arrebatara el precioso despojo; y si éste moría también, allí estaba Alonso Vázquez, simple soldado raso para abalanzarse sobre el inglés, abrazarse con él como un león, derribarle en tierra, arrancarle la bendita enseña y ponerla en manos de su capitán, hecha jirones, sí, pero esmaltada y ennoblecida con su sangre.

Después de esto decir que nuestros soldados sirvieron más de una vez á sus reyes sin pagas, más aún, que vendieron sus alhajas y se desprendieron de todo su dinero para pagar á los tudescos y esguízaros, sería fijarse en pequeñeces.

Pero ¿y los motines? me diréis. ¿Cómo se compadecen con ese tan ponderado amor á los reyes aquellos desastrosos motines que esterilizaron nuestras más gloriosas victorias y fueron una de las causas que hicieron interminables las guerras de los Países Bajos? Ante todo, Señores, advirtamos que aquellos libérrimos castellanos se amotinaban casi, casi, por necesidad; cuando podían responder al que les diese en rostro con su conducta aquellas palabras que respondieron á Sancho de Ávila los amotinados de Mook: ¿Pensáis que ha de ser lícito pedir cada día la vida á los soldados, y que los soldados no han de poder pedir una vez al mes sus pagas para el sustento de sus vidas? Y aun entonces no faltaban muchos que rompían por entre las picas de los alterados, comprando con su sangre la honra de no hallarse en tales revueltas. Luégo, al revés de los demás soldados que pedían sus pagas antes de la pelea, los españoles sólo se acordaban de pedir las después

de la victoria. Y ya se sabía, para que cesara el motín, bastaba que se rehiciese el enemigo ó peligrara por cualquier caso la honra de sus reyes. Entonces sí, á una invitación de la Infanta Clara-Eugenia, tomaban la vuelta de las



Dunas, pedían como puesto de honor la primera fila, y allí, jadeantes todavía por lo precipitado de la marcha, metidos hasta la rodilla en la caldeada arena, cegados por los remolinos de polvo con que azotaba sus rostros un viento abrasador, sucumbían animosos, peleando como los mejo-

res por la hija de Felipe II, por el honor de su patria y también por su propio honor.

Más afortunados y también más tercicos fueron los amotinados de Alost.



Ni las razones de los capitanes, ni la visita que en persona les hizo el Conde de Mansfeld, ni la sublevación de los Estados contra los demás españoles, ni el peligro de sus compañeros sitiados en el castillo de Gante, ni el ver pasar delante de sí las banderas de Holanda que volaban á soco-

rrerles; nada había sido parte para amansarlos. Junta Sancho de Ávila todo el dinero que puede y se lo envía con Alonso de Vargas: ni por esas. No iban las pagas enteras y se negaron á recibir ni siquiera un maravedí. Y entre tanto la rebelión de los Estados tomaba cuerpo, y mientras el Conde de Reulx apretaba á los de Gante, entraban en Amberes de acuerdo con el gobernador Champagney y el Conde de Eberstain, mil doscientos caballos y cerca de cinco mil infantes, y tomaban las armas en la ciudad más de catorce mil vecinos y comenzaban á bombardear á los ciento treinta españoles que mantenían el castillo. Este fué el golpe de gracia. Al estampido de los cañones, los amotinados sacuden la obsesión que los dominaba, redoblan sus cajas y salen á toda prisa para Amberes. Eran las tres de la noche: al romper el día estaban sobre la ribera del Escalda. Apodéranse á nado de algunas barcas, penetran en el castillo á una con la caballería é infantería de D. Alonso de Vargas y Julián Romero y se ponen á las órdenes de sus capitanes. Rogábales Sancho de Ávila que reposasen un poco y comiesen: mas ellos que venían con ramos verdes, en frase de Mendoza, y con esperanza de buen éxito por sus buenos alientos, respondieron que «estaban resueltos de comer en el Paraíso ó cenar en la villa de Amberes». Bajan los puentes, póstranse de rodillas en la contraescarpa del castillo, tremola el alférez Juan de Navarrete el estandarte donde se veían pintados el crucifijo de una parte y de otra la Virgen Inmaculáda, y... ¡Santiago y cierra España! arremeten á las trincheras que rodeaban al castillo, rompen, acuchillan, degüellan, son dueños de la ciudad. Juan de Navarrete y otros catorce comieron, como esperaban, en el Paraíso, los demás cenaron en Amberes.

Señores: Después de todo, los amotinados son modelo de amor á su patria y á su Rey. Son, si queréis, el ejemplar

algo exagerado de aquel pueblo que pinta el Conde-Duque de Olivares á Felipe IV, de aquel pueblo «donde se veía con la fidelidad á sus reyes mayor que la de ningunos otros vasallos, el brío y libertad del más triste villano de Castilla con cualquier señor ó noble».

Como habréis notado, todas estas revueltas más que verdaderos actos de rebelión, eran actos de resistencia, especie de huelgas pacíficas originadas del retraso de las pagas.

Un solo Tercio, á juicio de los militares de aquel tiempo, llegó á declararse en formal desobediencia á sus jefes, precisamente el Tercio Viejo, el Tercio formado en un principio por soldados de Carlos V, cuyo primer maestre había sido Mondragón, y de quien todos los demás Tercios habían aprendido á obedecer hasta morir por su bandera. Cierto que expió su pecado con muerte verdaderamente sublime.

Mientras Farnesio buscaba algún alivio á sus achaques hidrópicos en las aguas de Spa, quedó al frente de las tropas reales el Conde de Mansfeld, mirado con malos ojos por los españoles, que le creían desafecto á nuestra milicia.

Una estratagema desatinada con que trató de remediar cierto acto de indisciplina, dando ocasión á que nuestros soldados, los del Tercio Viejo de Sancho de Leiva sobre todo, degollaran como á reses á cerca de quinientos rebeldes; la presencia de la isla de Bomel, donde cuatro años antes se habían visto medio muertos de hambre y de frío, hechos el ludibrio de la escuadra holandesa; el recuerdo de las diversiones y placeres con que habían entretenido el invierno anterior en Lira y Malinas; las deudas de muchos y el retraso de las pagas en todos, pusieron el colmo á la medida.

«Para el Rey la vida, y la horca para los que obran mal», decían unas papeletas tiradas al descuido por el suelo.

«Todo y en oro», decían otras. En vano el de Leiva y su sargento mayor Escobar trataron de apaciguarlos.

El 30 de Agosto, entrada ya la noche, dieciocho compañías saltan de rebato fuera de las barracas, se juntan en la plaza de armas, mezclan las banderas, y con grande estruendo de cajas y de voces comienzan á llamar al arma.

Acudieron al punto los demás Tercios. Lo que allí pasó entonces es indescriptible. Escuadrónáronse por su parte los Tercios de Manrique y de Bobadilla. Mansfeld se adelantó bien escoltado á preguntar qué significaba aquel alboroto. Leiva trató de apaciguarlos y le hicieron retirarse á fuerza de gritos. La misma respuesta dieron á los Padres de la Compañía que servían de capellanes en el ejército. Entretanto algunos más atrevidos soliviantaban á otras cinco compañías del mismo Tercio que permanecían leales; y en efecto muchos se hubieran dejado arrastrar, si los capitanes y los soldados más fieles con las espadas desenvainadas no los hubieran detenido. Con los pocos que pasaron encrespóse el motín, renovóse la gritería, sonaron cajas y retumbaron algunas descargas al aire. Los amotinados avanzaron con aire amenazador contra los de Manrique: pero éstos calaron las picas y los aguardaron á pie firme. Al mismo tiempo los de Bobadilla avanzaron con las banderas desplegadas.

De repente los alborotados hicieron alto y quedaron inmóviles como estatuas. Todo había sido un sueño; pero un sueño infernal. Al amanecer no se advertía la más mínima alteración en los campamentos.

Mandó al punto Leiva dar garrote en secreto á cinco de los cabecillas y ahorcar á tres á vista de todo el ejército: pero á Farnesio no le pareció éste suficiente castigo. Ordénale que se dirija con todo el Tercio á la aldea de Tilt; llama á Juan Bautista de Tassis, Veedor general del ejér-

cito, y le entrega una carta para Leiva y otra para cada uno de los capitanes, en que les comunicaba la resolución de suprimir el Tercio Viejo.

Llegado á Tilte el Veedor, pasó revista al Tercio en nombre de Alejandro, repartió las pagas y entregó á Leiva y á los capitanes las cartas del general. Mil rayos no hubieran causado en el ejército el efecto de esta impensada noticia. Atónitos, indecisos, abatidos á veces y á veces amenazadores, fluctuaron un rato entre la sumisión y la rebeldía. Hasta que adelantándose Sancho de Leiva y llamando al alférez de su compañía: «Ea, le dijo, batid la bandera y plegadla, pues ya desde ahora nunca irá delante del Tercio Viejo». «Obedeció el alférez, escribe el P. Estrada, quitó de la asta el velo, é hizo piezas la asta. Siguieron los otros alféreces el ejemplo, mas no todos con prontitud igual. Algunos no pudieron detener las lágrimas á fuerza del deshonor, y los que tantas veces habían tolerado sus heridas con los ojos secos, como ajenas, ahora traspasados con más penetrante dardo, entre suspiros se rendían oprimidos del dolor. Aún hizo en otros más sensibles efectos. Porque mandándoles dejar las banderas, las depedazaron con las manos, deshicieron en menudos trozos las astas, como desobligados ya á venerar al Príncipe en ellas, y no sufriendo por eso que de tan gloriosos instrumentos de victorias quedase ni la menor parte para la ignominia. Eran de ver algunas compañías! á un mismo tiempo los alféreces, batidos y arrastrados por el suelo los velos de las banderas, los capitanes arrojadas á la tierra ó quebradas las jinetas, los sargentos vueltas al suelo las puntas de las alabardas, los atambores y los pífanos con lúgubre sonido, todos con pompa fúnebre lloraban al Tercio como á difunto que se llevaba al sepulcro».

Cuando llegó la hora de desparramarse por la campiña,

un escuadrón rodeó á Tassis y á grandes voces comenzó á pedirle algún descanso de la milicia. Eran los ancianos del Tercio Viejo. «Unos habían desnudado los pechos acribillados de cicatrices: mostraban otros cubiertas de canas las cabezas y las espaldas cargadas del peso de los años: algunos abrían las bocas para que se las vieses vacías de dientes: todos rogaban por algún rincón en el castillo de Amberes para su edad quebrantada y falta de fuerzas para poner en él sus miembros carcomidos é inútiles para los trabajos de la campaña, en estancia apartada de las batallas».

¡Ah! sí: aquellos españoles podrían tener sus momentos de arrebató, podrían ser un tanto independientes y levantisco; pero las canas de sus cabezas, las cicatrices de su cuerpo estaban diciendo á gritos que eran leales, que habían luchado como valientes por su patria y por su Rey.

---

Más ardiente todavía que el amor á los reyes palpita en los soldados de los Tercios el amor á la fe y á la religión. Mejor diremos: si aquellos aguerridos campeones se sacrificaron por sus reyes, fué porque los reyes de España eran ante todo y sobre todo los portaestandartes de la Iglesia.

Se ha calumniado miserablemente á nuestros monarcas de la casa de Austria atribuyendo á sus guerras no sé qué miras ambiciosas de dominación universal.

Mentira. El mismo Carlos V, á quien esa historia superficial y rutinaria nos pinta como el espíritu conquistador por esencia, no pensó ni soñó en toda su vida sino en defender y ensalzar la fe de Jesucristo. Rechazar al turco, ahogar en su cuna al protestantismo: esa fué toda su política; y bien sabida es de todos aquella sublime respuesta

que dió á los Príncipes protestantes, cuando á cambio de la libertad religiosa le ofrecían auxiliarle contra Solimán: «Yo no quiero reinos tan caros como esos; y á ese precio, yo no quiero Alemania, Francia, España é Italia, sino á Jesús crucificado».

Y Felipe II, el prudente, el indomable, el santo Felipe II, ¿por qué luchó toda su vida sin tregua ni cuartel contra media Europa conjurada para su ruina? *Pro fide et patria, pro Christo et patria*, ese es el lema que se lee en una de las hojas de su espada.

Sí; por la fe de Jesucristo envió sus galeras á luchar con toda la pujanza otomana en las aguas de Lepanto: por la fe de Jesucristo, por socorrer á los diecisiete mil católicos ingleses que la bastarda Isabel oprimía entre sus garras de hiena, mandó á Inglaterra y vió resignado y tranquilo deshacerse entre los escollos del paso de Calais aquella armada que se llamó la *Invencible* y cuyo equipo había costado 3.401.288 ducados: por la fe de Jesucristo ante todo y sobre todo, intervino dos veces en la guerra de Francia á favor de la Liga católica, nada menos que con catorce mil infantes y tres mil caballos: ¿por la fe de Jesucristo! Así lo declaró Farnesio en la iglesia Catedral de Meaux, jurando delante de todo el ejército, que «su entrada en aquel reino no era (como se esforzaban en darlo á entender los herejes) para apoderarse de todo ni de parte en nombre del Rey su señor, sino por socorrer á la causa católica y librar á los amigos y federados de S. M. de la violencia y opresión herética, y que en prosecución de este intento no rehusaría el aventurar aquel ejército ni su propia vida, siendo tal la voluntad de quien se lo podía mandar como verdadero adalid de la honra de Dios y amparo de la cristiandad».

Y en los Países Bajos, ¿por qué guerrearon por espacio de siglo y medio Felipe II y después Felipe III y luego



PLVS

VLTRA



SANTAMARIA FTO.

FELIPE · II

TIZIANO · pinx.



Felipe IV, y hasta el mismo infeliz Carlos II á quien llamaron el Hechizado? Por la fe de Jesucristo; nada más que por la fe de Jesucristo.

Los políticos y los hacendistas modernos no encuentran palabras bastante duras para escarnecer el empeño de aquellos gloriosos reyes en seguir unas guerras que acabaron por abatirnos, empobrecernos y desangrarnos. Es verdad. Empobrecimos hasta quedar casi desnudos. Las rentas públicas que al principio del siglo XVI ascendían á 280 millones, al morir Carlos II no pasaban de 30. Sólo en Flandes ascendía el gasto mensual del ejército á 350.900 escudos, ó sea aproximadamente nueve millones de reales actuales; y sólo en tiempo de Felipe II, la guerra de los Países Bajos costó al tesoro real 110 millones de ducados. Empobrecimos, sí; y Felipe II, aquel Felipe II que ceñía á sus sienes la corona de dos mundos, se halló muchas veces «en la angustia de no ver un día con qué había de vivir otro», y en 1594 tuvo que mandar un jesuíta por las ciudades del reino á pedir limosna para el Rey.

¡Sublime mendicidad, Señores, abrazada á ciencia y conciencia por la conservación de la fe y por el amor de Jesucristo!

Que las guerras de Flandes desangraron materialmente á España. ¡Oh! sí: apenas se hallará en todos aquellos Estados palmo de tierra que no quedara empapado en sangre española. Y como consecuencia de tanta sangre derramada, ¡cuántos brazos robados á la agricultura y á la industria! ¡cuántas bajas en la población! Repitémoslo con santo orgullo: las guerras de Flandes despoblaron nuestro suelo; arruinaron nuestra industria; arrinconaron nuestro comercio; nos empobrecieron, nos desangraron. Según la política del tanto más cuanto, á Felipe II le hubiera estado cien veces mejor abandonar desde luego aquellas desastrosas

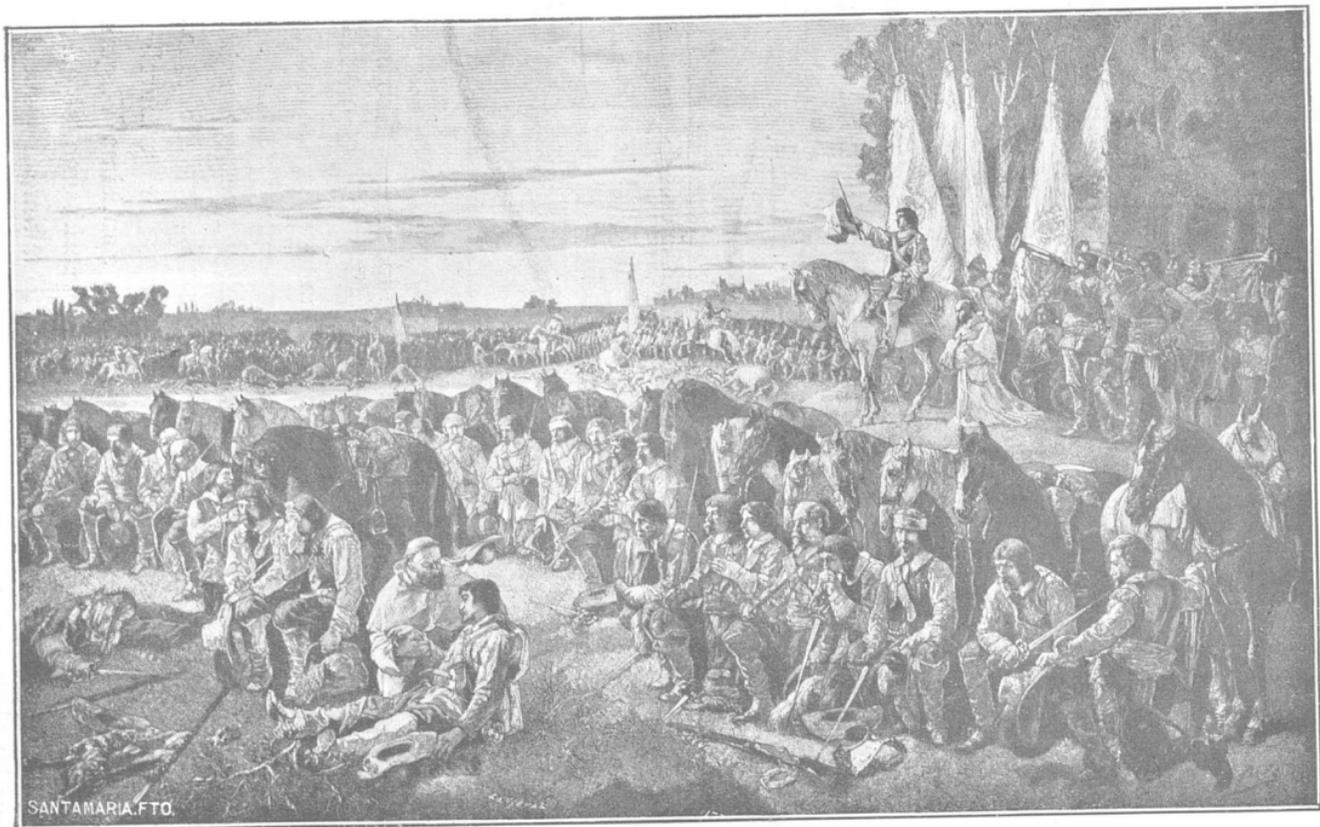
guerras. ¿No lo conocía él por ventura? Pero Felipe II era ante todo católico, y no quería, no podía consentir que la herejía se entronizase sin resistencia en los reinos de Flandes. No: mil veces no: primero perder la corona; primero quedar por puertas. «Podréis certificar á Su Santidad, escribía á su Embajador en Roma D. Luis de Requesens, al tener noticia de los primeros levantamientos de Flandes, podréis certificar á Su Santidad, que antes que sufra la menor quiebra del mundo en lo de la religión y del servicio de Dios, perderé todos mis Estados y cien vidas que tuviere; porque yo no pienso ni quiero ser señor de herejes: y si no se puede remediar todo, como yo deseo, sin venir á las armas, estoy determinado á tomarlas é ir yo mismo en persona á hallarme en la ejecución de todo, sin que me pueda impedir mi peligro, ni la ruina de aquellos países, ni la de todos los demás que me quedan, á que no haga lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo».

Esto, Señores, será, si se quiere, impolítico, será quijotesco, será fanático; pero es también lo más glorioso, lo más heróico, lo más sublime que se ha visto en la historia de todos los siglos y de todos los pueblos.

Conforme en todo con el espíritu de los reyes, era el espíritu del pueblo y del ejército; la fe, esa es la gran fuerza que meneaba las espadas de nuestros soldados.

Ya lo sabéis; la bandera que los guía al combate es la del Crucificado ó la Inmaculada. Cada Tercio tenía por patrono especial algún santo ó alguna advocación de la Santísima Virgen.

Además, en días de jornada, todo el ejército llevaba por santo, hoy á San Fernando, mañana á Santiago, muy á menudo, por devoción al Rey, á San Felipe. Vedlos en las



SANTAMARIA.FTO.

ANTES DE LA BATALLA. (Cuadro de Bida.)

cercanías de Mock á punto de entrar en batalla. Después de algunas escaramuzas, va á comenzar la verdadera pelea. De repente suena un clarín estridente como el silbido de una bala. Los caballos abaten sus lanzas, los infantes hincan la rodilla, la bandera que cobija dos mundos besa humilde la tierra, todo el ejército ora por espacio de un Pater noster y Ave María. Otra señal, y la infantería enemiga huye en vergonzosa derrota; y la caballería, que desde una montañuela calaba como un torrente cuesta abajo, corre á estrellarse contra nuestros arcabuceros y piqueros. No en vano habían invocado, antes de venir á las manos, la protección del Todopoderoso.

La misma piadosísima costumbre guardaban al arremeter á batería.

Fuera de eso, para los grandes asaltos, solían elegir, si buenamente se podía, la fiesta de algún santo ó de la Santísima Virgen. Así, el sangriento asalto de Mastricht le dieron el día de San Pedro, el de Neuss el día de Santiago, y uno de los más decisivos para la toma de Amberes, la víspera de la Asunción.

Y cómo se encendía la sangre de aquellos españoles cuando veían colgadas en los muros imágenes de la Santísima Virgen, de Jesús crucificado ó de los santos. Eso bastaba para que todos se lanzasen flechados á las murallas. En Harlem batían nuestros cañones una muralla. De pronto se desprende de entre la artillería un soldado raso, cruza los aires con la velocidad de una bala, y arremete la batería arriba sin intimidarse por la rociada de arcabuzazos que llovía sobre él. Allí, en lo más saliente de la muralla, había una gran imagen, creo que de la Santísima Virgen; abrázase con ella como con su madre queridísima, se echa á rodar la batería abajo, la arrastra triunfante á vista de los herejes estupefactos, y soldado é imagen son recibidos.

á poco con una salva de vítores y aplausos por los soldados de nuestras trincheras.

Por supuesto, lo primero que nuestros ejércitos hacían en tomando una plaza, era encaminarse á la iglesia y rendir gracias al Todopoderoso. Tomada Maastricht después de cuatro meses de porfiado asedio, reunióse el



ejército sitiador, que contaría veinte mil hombres, en la tienda de Alejandro. Cada cual lucía sus galas más vistosas. Cuatro capitanes españoles, que se relevaban de trecho en trecho, to-

maron en hombros al general y se encaminaron en triunfo á la iglesia. Á las puertas de la plaza les aguardaba todo el clero católico, y mezclados sacerdotes y guerreros, entre el batir de los atambores y el resonar de las cornetas, fueron á postrarse ante el Señor de los ejércitos. Con igual

ENTRADA DE FARNESIO EN MASTRICHT.

(Reproducción de un grabado antiguo.)

ó mayor solemnidad entró el ejército católico en Amberes. Pero lo verdaderamente pintoresco y militar y piadoso, fué la fiesta que italianos y españoles celebraron en esta ocasión, sobre el célebre puente con que Alejandro había apisionado el Escalda, como por entonces se dijo. Ni á unos ni á otros se les había permitido entrar en la ciudad, porque los de Amberes no se alterasen. ¿Qué hacen pues? Cortan cuantos árboles quedaban en los alrededores; levantan de trecho en trecho arcos triunfales; revisten de follaje los lados y parapetos del puente; alfombran el suelo de hojas y flores; y de los arcos, y de los salientes del puente, y de los ramos de los árboles, cuelgan himnos y canciones en honor de Farnesio y de la Santísima Virgen. Luego se coronan ellos mismos de rosas y flores; y gritando ¡viva el general Alejandro! ¡viva la Santísima Virgen! se encaminan al fuerte de Santa María; y entre las salvas de los arcabuces y mosquetes, y los acordes de las trompetas, y el redoblar de los atambores, y el rasguear de las guitarras, celebran á porfía la misericordia y beneficios de la Madre de Dios.

¡Qué dulces debieron resonar aquellos cantares en los oídos de la Reina del cielo! ¡Y qué apacibles debieron de subir á la estrellada bóveda entre el bramido de los vientos y el fragor de los truenos, los himnos que D. Fadrique de Toledo con todo su ejército entonó al Señor en los claustros de la desmantelada abadía de San Guislain por el triunfo alcanzado contra los hugonotes en las fronteras de Francia; ó los que después de la jornada de Northon le cantaba con los suyos el coronel Verdugo, cuando, como él dice, «comenzando á venir la noche, dió orden que cada uno se volviese al puesto que tenía, y estando en la plaza de armas, todos arrodillados dieron gracias á Dios por la victoria!»

¿Cómo no había de premiar el cielo esta fe con verdaderos milagros? Recordad el episodio de la isla de Bomel. Acampaba en ella Francisco de Bobadilla con cerca de cinco mil infantes. Sábelo Holak, jefe de la escuadra enemiga; rompe los diques del Mossa, y en un instante la campiña se convierte en un verdadero mar. Sólo quedaron á flote algunas dunas donde Bobadilla se acogió con los suyos. No hay remedio; sin barcas, sin alimento, sin esperanza de que nadie les socorra, allí tienen que perecer. Intímales Holak una y muchas veces la rendición, si no querían morir como bestias, de hambre y frío. ¡Rendirse? ¡nunca! lo que les duele es no poder vender caras sus vidas.

Era el 7 de Diciembre. Empezó á cavar un soldado delante de su tienda, y á las pocas azadonadas desenterró una tabla donde se veía pintada con colores todavía frescos la imagen de la Inmaculada. Un grito inmenso de júbilo y de esperanza resonó en todo el campamento. Conducen la milagrosa imagen en triunfo á la iglesia de Empleu; téjenle un dosel con las banderas, y postrados todos de rodillas imploran el auxilio de la Madre de Dios.

Aquella misma noche un viento impetuoso y frigidísimo barrió buena parte de las aguas ó las convirtió en hielo; huyen á todo remo los de Holak; pero los españoles, confiados en la Virgen Inmaculada, se deslizan por el improvisado pavimento, caen sobre las naves rezagadas y sepultan en el abismo buena parte de los herejes. Á los cuatro días se deshizo el hielo; pasaron á Bolduc Bobadilla y los suyos, y allí, delante de la prodigiosa imagen se consagraron todos por esclavos de María y fundaron una cofradía bajo el título de «Soldados de la Virgen concebida sin mancha». Divulgóse la noticia por los Tercios de Flandes y todos se alistaron en la cofradía; pasó á España, y desde entonces la Inmaculada es Reina del ejército español.

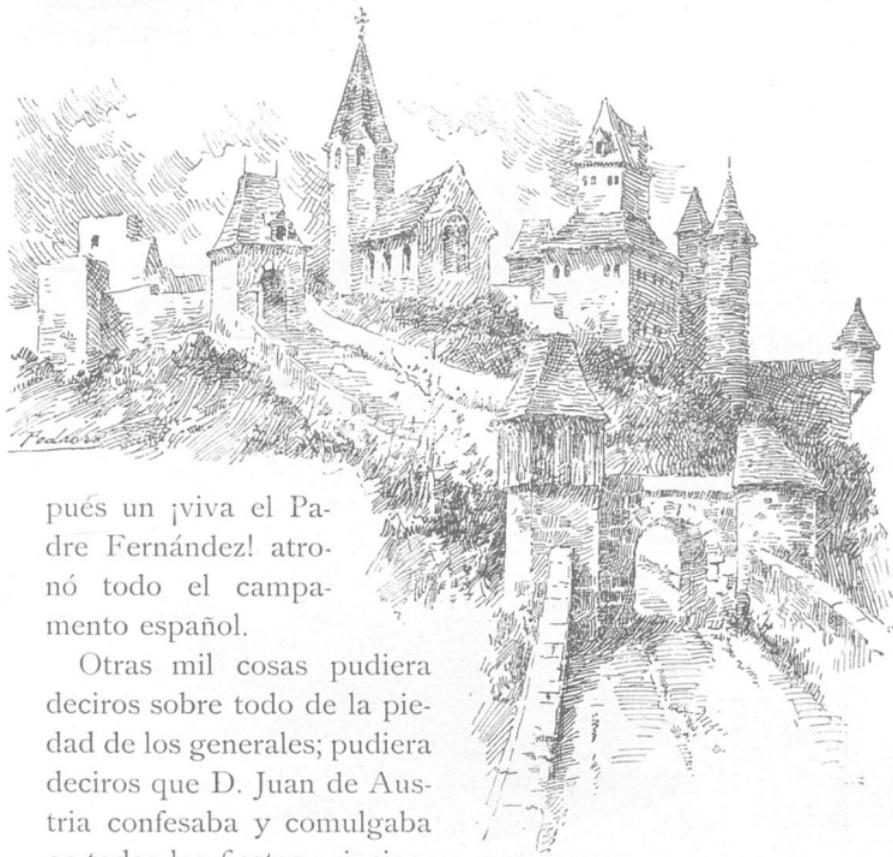
Para mantener vivo este espíritu de piedad y de celo por nuestra santa Religión, seguían á los Tercios como capellanes voluntarios los hijos de todas las Órdenes religiosas, y con ellos, como hermanos menores, los hijos de la Compañía de Jesús.

Sólo en la expedición á Inglaterra iban veinte jesuítas. En Flandes acompañaron al ejército español en distintos tiempos el P. Antonio Crespo, el P. Salazar, el P. Trigo, el P. Miguel y el P. Juan Fernández, todos ellos españoles, sin otros muchos de Bélgica y Holanda, y muchos más que trabajaban en las residencias de Amberes, Brujas, Lovaina y Maastricht. Y hay que confesar, Señores, que estos humildes hijos de las Órdenes religiosas no les iban en zaga en heroicidad á los más denodados soldados de los Tercios.

Mil españoles, y con ellos Fabio Farnesio, primo del Duque de Parma, y otros veintitrés capitanes habían caído en los fosos, volados por una mina que los de Maastricht hicieron estallar en la batería del Burgo.

Al atardecer el P. Juan Fernández traspasó las trincheras del campo católico y se dirigió solo y sin más armas que un crucifijo pendiente del cuello al lugar de la catástrofe; los del muro le dispararon un falconete; mas el jesuíta avanzó impávido sin apretar el paso ni retardarle tampoco. Al llegar al foso resonó otra descarga, y el jesuíta cayó exánime al borde y rodó después al fondo, quedando inmóvil sobre un montón de cadáveres. Cerró la noche, el P. Fernández levantó la cabeza y escuchó. Nada, ni el más leve rumor. Entonces comenzó á remover á tientas aquellos fríos cadáveres, diciendo en voz queda á cada uno: «Hermano, ¿vivís? soy el P. Fernández que viene á confesaros para que salvéis vuestra alma». Á veces nadie respondía; á veces un quejido débil le anunciaba la presencia de un alma que salvar. Hasta cuarenta y dos de aquellos desgra-

ciados volaron al cielo aquella noche, gracias á la heroicidad del humilde jesuíta. Antes de que apuntara el alba trepó con grande trabajo al borde del foso, y poco des-

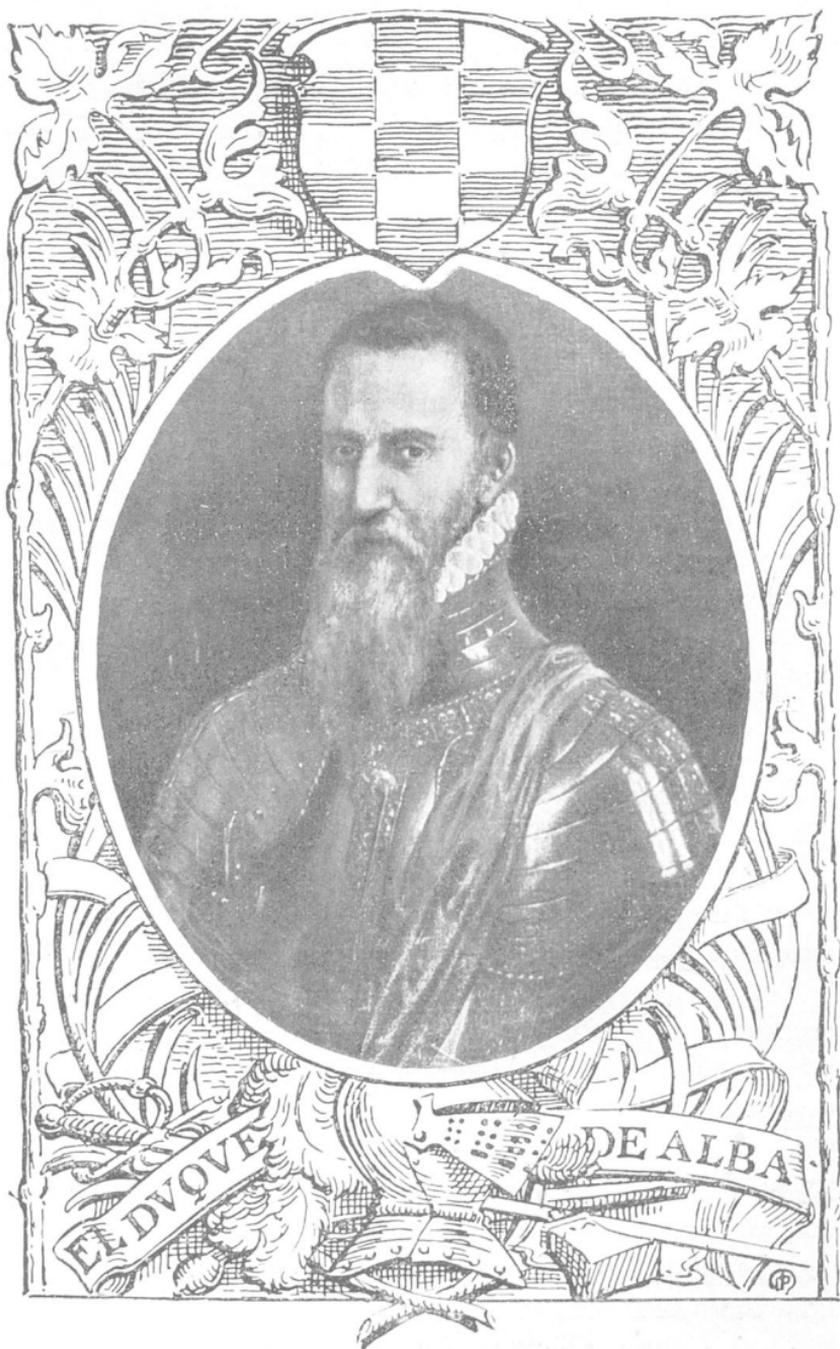


pués un ¡viva el Padre Fernández! atronó todo el campamento español.

Otras mil cosas pudiera decir sobre todo de la piedad de los generales; pudiera decir que D. Juan de Austria confesaba y comulgaba en todas las fiestas principales, y que ningún día, por apretado de enemigos que se viese, dejó de tener una hora de oración retirada; que acometido de la peste mientras asistía á sus soldados moribundos y no pudiendo cumplir con sus devociones por el dolor de cabeza, llamó al P. Juan Fernández y le pidió que las rezara por él mientras estu-

CASTILLO DE NAMUR, EN DONDE MURIÓ  
D. JUAN DE AUSTRIA.

viere enfermo, poniéndole al mismo tiempo en las manos el devocionario que llevaba siempre consigo; que Alejandro Farnesio nunca dejó de oír misa, en el verano á la luz de la aurora y en el invierno con la de las antorchas de campaña; que en los cinco meses últimos de su vida recibió cinco veces el Santísimo Sacramento y se confesó muchas más; que mandó le amortajaran con el hábito de capuchino y le enterrasen en Parma en la pequeña iglesia de San Francisco y junto á la pila del agua bendita, para que todos le pisaran: y, dejando á otros muchos, pudiera decirnos, con Santa Teresa, del Duque de Alba que era «hombre muy espiritual»: y luego pudiera citaros aquellas hermosísimas palabras que el P. Granada escribía á la Duquesa consolándola en la muerte de su esposo: «Confesaba y comulgaba cada mes y las fiestas principales, y todos los días que el Señor le había dado alguna señalada victoria; tenía su oración por la noche por largo espacio ante un crucifijo: y porque en las enfermedades no podía tomar este tiempo para oración y meditación, usaba de frecuentes jaculatorias aun cuando estaba hablando con los que le visitaban». Pero sobre todas estas devociones muy buenas sin duda, os haría notar «aquella tan gran determinación que tenía de no hacer cosa que fuese pecado mortal, lo cual encarecía él diciendo, que ni á trueque de ir al cielo, si esto fuera posible, haría un pecado». En fin, pudiera decirnos que á D. Juan de Austria y al Duque de Alba y á Farnesio los proclamaron los Sumos Pontífices defensores de la fe: á D. Juan de Austria regalándole después de la batalla de Lepanto un estandarte azul con la imagen de Cristo crucificado; y al de Alba y á Farnesio entregándoles el estoque y el capelo consagrados la noche de Navidad, como Jeremías entregó á Judas Macabeo la espada con que había de derrocar á los enemigos de Israel.



(Cuadro de Tiziano.)

Esos son los soldados de entonces, nuevos Macabeos que pelean las batallas de Dios; católicos fervorosos, firmes en materia de fe, más que las murallas que á diario batían; grandes celadores de la gloria de Dios, respetuosos con los sacerdotes, mortales enemigos de los herejes, piadosos sin respeto humano, hijos amantes de María Inmaculada.

Esos son los soldados de entonces. Pero ¿qué son los de ahora? Se echa en cara á nuestro ejército la incredulidad de que sus oficiales hacen gala en muchas ocasiones.

Y en verdad, habrá entre ellos quienes, ó por ligereza ó por esa arrogancia, que naturalmente inspira siempre el brillo de una espada y el estruendo de las armas, más que por verdadera incredulidad, parezcan indiferentes y descreídos, que han abandonado la tradición de los ejércitos españoles y renunciado á la gloria más preclara de los Tercios. Habrá también, no lo niego, un número de verdaderos incrédulos, igual, mayor ó menor que en las demás clases, en los médicos, por ejemplo, ó en los matemáticos, los cuales hasta verán con mejores ojos los triunfos de los hugonotes y las alabanzas de Orange que las victorias de los católicos y los trabajos de Alba y de Farnesio.

Pero no por eso ha desaparecido la fe de nuestro ejército. Aun hay soldados como los de nuestros Tercios.

Todavía no se ha extinguido la raza; todavía campean en las filas de nuestro ejército jefes valerosos que se precian ante todo de ser soldados de Jesucristo; todavía alienta vigorosa en muchos de nuestros soldados la fe de los españoles á la antigua, la fe sencilla y virgen de los caseríos y las aldeas; todavía en las últimas guerras hubo valientes generales que, antes de lanzarse á las olas, fueron á rendir su espada ante el bendito Pilar de Zaragoza, como fué San Ignacio un día á colgarla ante la Virgen de Monserrat; todavía en Cuba y Filipinas esmaltaba el pecho de nuestros

guerreros la medalla milagrosa ó el escapulario del Carmen ó el escudo del Sagrado Corazón de Jesús; todavía los alumnos de nuestras academias, los que poco ha perecieron en las aguas de Gijón, por ejemplo, llevan consigo, como prenda de salvación eterna, el escapulario, el rosario, el crucifijo; todavía al alborar y atardecer saludan las cornetas en sus armoniosos acordes á la Reina de cielos y tierra; todavía veneran como á sus augustos patronos, la artillería á Santa Bárbara, la caballería á Santiago, la infantería á la Virgen Inmaculada; todavía cuan-



do el Rey de reyes

y Señor de los señores se dirige á visitar en su lecho de muerte á algún

herido de la tremenda lucha de la vida, nuestros cuerpos de guardia le rinden armas y le acompañan las infinitas variaciones de la Marcha real; todavía, en fin, cuando el Señor sale el día del Corpus á recorrer en triunfo las calles de la población, la infantería repartida por la carrera y la caballería y la artillería escuadronadas en las plazas, le reconocen y adoran por Rey y Dueño del ejército español.

Desgraciados de vosotros y desgraciada de España el día en que os dejéis arrebatat esta gloriosa herencia de vuestros antepasados. Desgraciados de vosotros y desgraciada de España el día en que se fije la idea, que hace

tiempo flota por los aires, de que el ejército español se rebaja y envilece asistiendo á las procesiones.

No: yo sé que nadie será capaz de arrebatarnos esa herencia; yo sé que esa idea no prevalecerá.

«Nunca es más grande el hombre que de rodillas»,

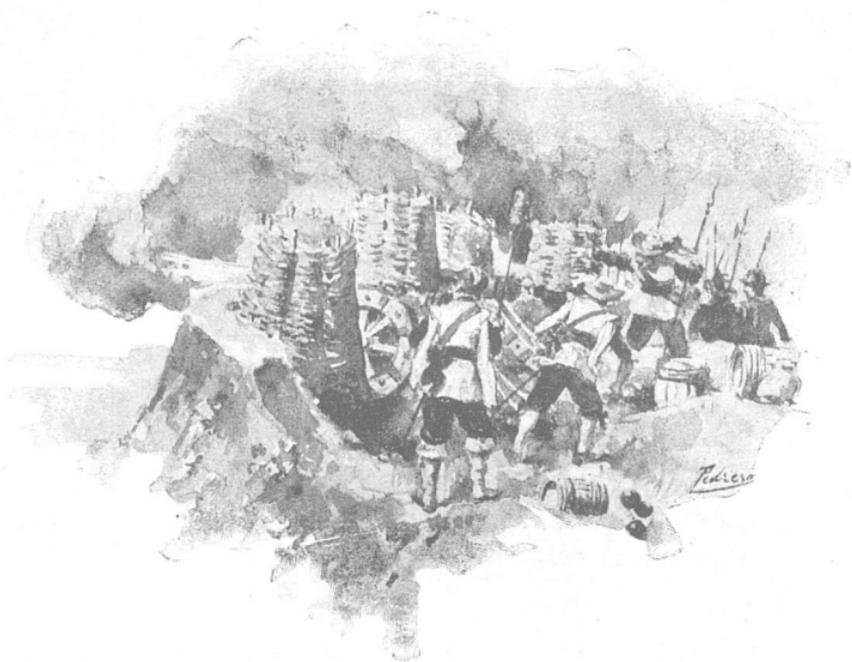
ha dicho un gran poeta. Nunca es más grande un militar que cuando rinde su espada á los pies de Jesucristo; nunca más grande el ejército español que, cuando la rodilla en tierra, adora al Rey de las conquistas y de las victorias.



IDEALISMO

ESPAÑOL





## IDEALISMO ESPAÑOL

---

¿Es esto realidad ó puro sueño?  
En pleno siglo veinte, sin rebozo,  
Con entusiasmo y triunfo y alborozo,  
En prosa y verso y con tan grande empeño  
Se ensalza hasta las nubes á la España  
Del siglo dieciséis?

Mas... no me extraña:  
Los que la han alabado, todavía  
Son niños sin criterio ni experiencia,  
Que, como ignoran lo que dice hoy día  
La última palabra de la ciencia,  
Se alucinan con sola la apariencia  
De gloria que en lo antiguo se vislumbra,

Hada infiel que á los jóvenes deslumbra.  
No han visto aún lo mucho que contrasta  
Su anticuada opinión con lo que piensa  
El mundo sabio y su órgano la prensa.  
Además son jesuítas, y eso basta.

Hoy piensa de otro modo todo el mundo;  
Lo que estos niños llaman idealismo,  
Nosotros con criterio más profundo  
Sabemos que no es más que... fanatismo:  
¡Bah! me atrevo á decirlo, quijotismo.

¿No es ridículo ver á unos soldados  
Salir al campo armados  
De fuertes y brillantes coseletes,  
De picas, de rodelas,  
De celadas y almetes,  
De petos, espaldares y esquinelas,  
Y pasar siglo y medio de pependencias  
Sólo por defender... las indulgencias,  
Ó por saber si allá en el paraíso  
Pecó Adán á la fuerza ó porque quiso,  
Si á la Virgen bendita  
Se le da adoración ó se le quita,  
Si en la hostia consagrada  
Está el cuerpo de Cristo ó no está nada?

¿Qué es verlos ir sin tino á la pelea?  
Ni el hierro, ni las balas, ni la muerte  
Ningún gemido de su pecho arranca  
Mueren alegres por tener la suerte

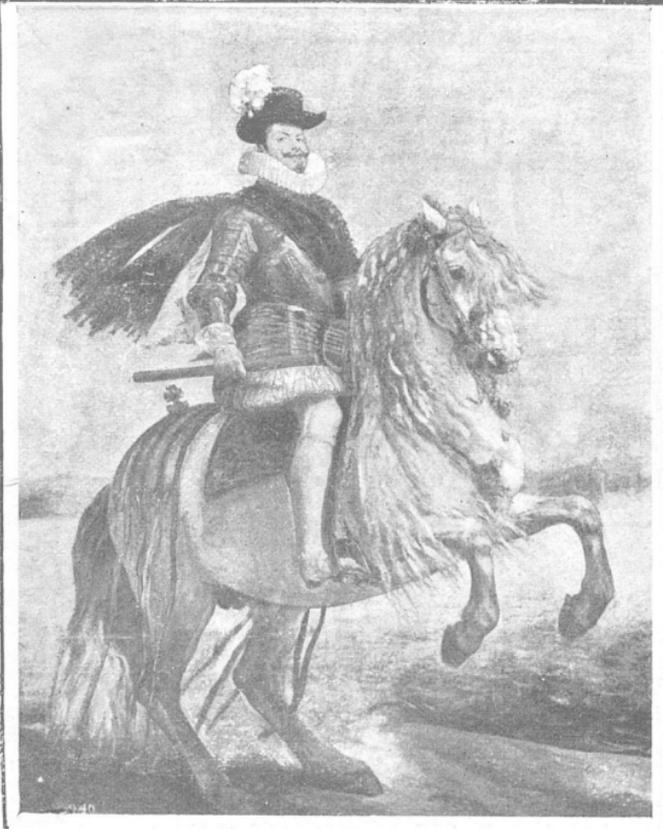
De dar la sangre por alguna idea  
Que oyeron á algún fraile en Salamanca.  
Porque á un monarca terco y mojigato  
Se le ocurrió decir que no quería  
Ver en su monarquía  
Un solo hereje, tocan á rebato  
Le persiguen, destruyen, desbaratan,  
Hienden, golpean, desconciertan, matan,  
Aniquilan y diezman las ciudades,  
Brilla la espada, flotan las banderas,  
Cúbrese el mar de ejércitos inquietos,  
Tórnanse las campiñas soledades,  
Inúndanse de sangre las praderas  
Siémbranse las marismas de esqueletos...  
¿Y á esto llamáis vosotros heroísmo?  
Llamadlo... insensatez y qui jotismo.

Gracias á Dios que á España no fascina  
Ese descabellado fanatismo  
Que todo lo llevó á punta de lanza.  
La libertad á nuestra patria inclina  
Hacia el progreso, y con el mundo avanza.  
Rotas del despotismo las cadenas,  
Todas las opiniones ya son buenas:  
Retírese á la iglesia el sacerdote,  
Vuelva á la Mancha el noble D. Quijote.  
¡Plaza! ¡plaza! Señores,  
El siglo... pertenece... á Sancho Panza.

¡Cuánto más útil nos hubiera sido,  
Echando á los herejes al olvido,

Poner nuestra nación á gran-altura,  
Y en lugar de emplear miles de brazos  
En pro de tan fanática bandera,  
Habernos dedicado á cardar lana,  
Á tejer lienzo de algodón ó pana,  
Y á fomentar la patria agrícola!  
Sería hoy nuestra España la primera  
En hacer jerga, abarcas ó cedazos.  
Tendríamos guisantes  
Tamaños como bombas de mortero:  
Calabazas gigantes  
Que darían que hablar al mundo entero,  
Encarnados pimientos, achicoria,  
Buena patata, nabo y zanahoria:  
Hoy no sería tan fatal ni aciago  
Nuestro estado, y podríamos en serio  
Luchar sobre el imperio  
De la cerdosa raza con Chicago.

¡Sublime aspiración! ¡blanco sublime!  
¿No merece más palmas  
Una nación que valerosa esgrime  
La espada por la cruz, y que al palenque  
Desciende ansiosa á redimir las almas  
Derramando su sangre gota á gota,  
Que no esa turba enclenque  
De espíritus raquíticos  
Que esgrimiendo el ultraje y la chacota  
Se ríe de aquel pueblo giganteo  
Cual pudiera un feísimo pigmeo?  
¡Oh! si fué quijotesca aquella España  
De héroes madre, y cuna de valientes,



FELIPE · III ·



*Velazquez pinx.*

Que de Calvino reprimió la saña,  
Que armó el brazo de miles de creyentes  
En contra del fatal protestantismo,  
Que acorraló la luterana fiera  
Presentando sus picas por barrera;  
¡Sublime quijotismo!  
Sublime insulto y adorable mote!  
Yo quiero que me tengan por Quijote.

O ¿será acción más noble y más gloriosa  
Que ganar para Dios los corazones  
Poner, como Inglaterra, unos cañones,  
Dominar con alguna factoría,  
Y cual potente y colosal ventosa  
Desangrar á los pueblos noche y día?

¡Salvar las almas! Ved la recompensa  
Que logró recoger la noble España.  
Pero aun sin eso, la estupenda gloria,  
La irrealizable, inmensa,  
Incomprensible hazaña  
De la guerra de Flandes  
Realza de tal modo nuestra historia,  
Que entre los pueblos grandes  
España es una raza sin segundo,  
Y su milicia la mejor del mundo.

Mas ¡ay! la gloria en este siglo es viento  
Y no produce ni aun el dos por ciento.  
Hoy España ya piensa á la moderna,

Ya no le preocupan las cuestiones  
De mística, ni en lucha sempiterna  
Recorre las regiones  
Del vasto continente americano  
Por defender la fe: ni espada en mano  
Traba crudas batallas  
Por sostener quimeras y antiguallas.  
Y sin duda por eso  
Vemos en nuestra patria tal progreso.  
Hoy gracias á lo bien que nos hallamos  
Tenemos relaciones amistosas  
Y tratos con naciones poderosas.  
Sin duda por mostrar que las amamos  
Traemos de Alemania los fusiles,  
De Suiza los relojes más preciados,  
De Bélgica papel, tela, carriles,  
De Rusia los manguitos y los guantes,  
De Inglaterra brocados,  
Maquinaria y perritos elegantes.  
Suelen traer de Francia las modistas  
Sus alfileres, lazos, figurines,  
Los zapateros suelas y satines,  
Frutas, fritos y asados los fondistas...  
¿Veis? Con la libertad de pensamiento  
Vamos llegando á nuestra edad de oro;  
Se nota un incesante movimiento  
De nuestro ya pobrísimo tesoro  
Hacia Alemania, Bélgica é Irlanda  
Y Francia y Norte-América y Holanda,  
Donde están (españoles! parabienes!)  
Vuestra industria y comercio y almacenes.  
¿La marina? Señores, ¡qué adelanto  
Tan grande el que se nota

Desde que en nuestros barcos ya no flota  
Al aire el crucifijo de Lepanto!  
Como ya no tenemos la simpleza  
De ir á luchar por Dios con heresiarcas,  
Logramos con industria y con destreza  
Construir espaciosos astilleros,  
Hacer vapores y blindar cruceros.  
¿Qué han costado? Millones de pesetas.  
Y ¿qué han sido? Unos barcos ó unas barcas  
Que colmaban de gloria las gacetas  
Al hacer su paseo veraniego  
Desde Guipúzcoa al litoral gallego;  
Mas que puestos á prueba en el combate  
Frente á los enemigos, resultaron  
Infames maquinarias  
Con que al mundo probaron  
Bravos marinos que en su pecho aun late  
El valor de Bazán y de Gravina;  
Pero que son sin duda imaginarias  
Las mejoras navales,  
Á no ser que se tengan por iguales  
Nuestra armada invencible,  
Obra de unos Quijotes despreciados,  
Y esa escuadra raquítica y risible  
En que nuestros intrépidos soldados  
Hicieron el glorioso sacrificio  
De ir por su patria al último suplicio.

No insultemos jamás aquella historia  
Bordada en mil hazañas. ¿Será acaso  
Más grande nuestra gloria?  
¿En qué podemos compararnos á ellos?

El sol de nuestro nombre ¿resplandece  
Con tan claros y fúlgidos destellos  
Como en aquellos tiempos? ¿No parece  
Que aquél era el cenit y éste el ocaso?  
Antes de censurar con ligereza  
Es preciso vencerlos en grandeza.  
Ellos lucharon con valor en Flandes,  
Infundieron espanto en Inglaterra,  
Implantaron la cruz sobre los Andes,  
Pasearon su nombre por la tierra,  
Lucharon por su Dios en cien batallas,  
Roturaron al mar ignotos surcos,  
Escalaron altísimas murallas,  
Y en Lepanto humillaron á los turcos.

Mientras tanto mostraron su talento  
Pasmando á los teólogos en Trento,  
Hicieron admirar en todas partes  
Sus adelantos en las ciencias y artes.  
Pusieron en prodigios de pintura  
Prodigios de purísima hermosura.  
Alzaron templos, entallaron robles,  
Promovieron doquier las artes nobles...

Se ve que el quijotesco pueblo hispano  
Manejaba lo mismo que la espada  
Los libros, el pincel y la plomada;  
Y si algo descuidaron los cultivos...  
Los descuidamos mucho más los vivos.

Admiremos aquel cuadro brillante  
De aquella España: quien medirlo intente  
Con las ideas de la edad presente,  
Encerrar quiere con esfuerzo vano  
Los titánicos miembros de un gigante  
En la estrecha armadura de un enano.

¿Á éstos llamáis quijotes y pazguatos?  
¡Ojalá el quijotismo de aquella era  
Con sus nobles impulsos y arrebatos  
En España de nuevo apareciera!  
¿Quijotes? Sea así: ¿qué importa el nombre?  
¿Qué importa el nombre donde están los hechos  
De tan alto y purísimo renombre  
Que resultan estrechos  
Los anales, las crónicas é historias  
Para contar sus triunfos y victorias?



VICTORIAS DE

LOS TERCIOS





## SEÑORES:

Providencia fué del cielo que la guerra religiosa del siglo XVI se concentrase con preferencia en Flandes, dominio entonces de la católica España.

Gobernaba á la sazón Felipe II, rey católico de nombre y de verdad. Prudente como era, tentó muchos medios de conciliación pacífica. Pero enérgico no menos que prudente, declaró que «perdería mil veces la vida antes que permitir el menor cambio en materia de religión». Por fin, después de varias consultas, recogió el guante lanzado por la herejía y mandó á sus Tercios de Italia pasar á Flandes á medir sus armas con los herejes rebeldes.

Los veteranos de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, en número de diez mil hombres, infantes y españoles en su mayor parte, y tales que, según frase de un testigo presencial, los soldados podían ser capitanes, los capitanes

maestros de campo, y los maestros de campo generales, pasaron á las órdenes del primer Duque de Alba del Piemonte á los Países Bajos, con una marcha la más admirable en disciplina que registran los fastos militares, puesto que en todo el camino no se cometió más exceso que el hurto de un carnero en Lorena, cuyo autor fué castigado con la muerte.

Señores, á juzgar por los casos ordinarios aquellos diez mil hombres iban destinados al exterminio. Estando los protestantes de aquel tiempo confederados en una gran sociedad secreta extendida por toda Europa, no bien el de Alba se dejó ver en territorio flamenco, los *gueux* del país, los hugonotes de Francia, los luteranos de Alemania y cuantos protestantes fronterizos había, todos á la voz de Guillermo de Orange, generalísimo de la rebelión, y divididos en tres cuerpos formidables invadieron á Flandes por el norte, centro y mediodía.

Sólo la pericia del Duque de Alba y el valor de los Tercios pudieron desbaratar un plan tan acertado. Dos campañas, y casi sin efusión de sangre propia, bastaron para sofocar la rebelión. Después de una derrota sufrida en Heyligerlee por el inconsiderado arrojó de los españoles, desplegó el de Alba su maravilloso talento estratégico de tal manera que en veinte días tomó á Groninga, cayó sobre Jemmingen, y dejando allí siete mil cadáveres, volvió á los diez días victorioso á Bruselas. Recluta Guillermo inmediatamente veintiocho mil hombres, pero sale á nueva campaña el Duque, y acorralándolos en el ángulo de dos ríos caudalosos, donde sucumben hasta cuatro mil, acosa sin cesar á los que salvan la orilla opuesta hasta que desaparecen en la frontera de Francia.

Este es el preludio de la epopeya; ¿qué será la epopeya misma? Ante todo contemplemos el teatro de la guerra.

Señores, si algún genio enemigo de España se hubiera propuesto reunir en un país las mayores dificultades para nuestros soldados, no hubiera encontrado peor región que Flandes en ninguna parte.

Un suelo de aluvión, llano, movedizo y pantanoso, surcado en todas direcciones por ríos y canales de un nivel superior á la tierra y contenidos por sólidos diques cuya rotura ó levantamiento, inundando instantáneamente dilatadísimas vegas convertía en batalla naval un combate á pie firme: un cielo lluvioso y nublado de continuo: un país extraño y desconocido, infiel y venal: una campiña esquilmada de alimentos y falta aun de material para defenderse de los fríos y para fortificar los cuarteles: unas ciudades cerradas y bien amuralladas: una provincia, en fin, aislada de España y situada entre Francia é Inglaterra, que fomentaban á porfía el fuego de la rebelión. He ahí el teatro de la guerra.

Añadid que los españoles siempre fueron pocos, que los aliados eran flojos, exigentes, desleales, que las hambres eran terribles, que con frecuencia no tenían pagas, ni municiones, ni pertrechos; hasta el punto de que alguna vez, como en el sitio de Lochum, tuvieran que hacerse las balas con el estaño de los platos y las pesas de los vivanderos, y tendréis una idea del teatro de la guerra.

Ésta, ó por la configuración del país, ó por la actual condición de las armas y estado de los conocimientos estratégicos, versaba principalmente alrededor de las plazas fuertes, tomándolas, defendiéndolas y rindiéndolas.

Ved cómo las tomaban los españoles.

Quizás fué el hecho militar más memorable del siglo XVI la toma de Amberes por Farnesio. Esta opulentísima ciudad, centro de la única zona que faltaba conquistar para

MASTRIC

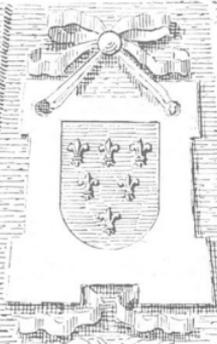
BRUSELAS

AMBERÈS

GRAVE

GANTE

L'ESCLUSA



ALEXANDRO FARNESIO

Palavo

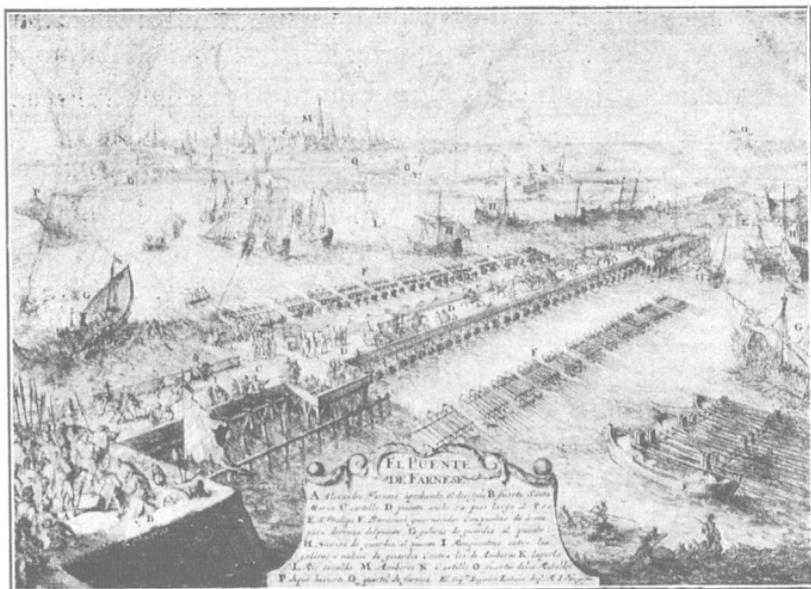
devolver á Felipe II las provincias hoy belgas, emporio del comercio y del arte, rival de París é inexpugnable baluarte del protestantismo, defendida por un lado con altísimos muros y ancho y profundo foso, por el otro con el Escalda, en muchos sitios de cerca de tres kilómetros de anchura y cuarenta y nueve metros de profundidad, custodiada por cien mil habitantes y numerosísima guarnición, abastecida de abundantísimos víveres para un año y en comunicación franca por el río con cuatro plazas fuertes, Gante, Termunda, Malinas y Bruselas, y por el mar con Zelanda y Frisia y aun con Inglaterra y Francia, enemigas juradas de la casa de Austria, podía desafiar impávida las iras de los doce mil soldados de Farnesio, hambrientos, mal armados y desprovistos por completo de marina.

El sitio de Amberes era una locura militar. Así se lo decían á Farnesio, Montigny, Rubas, Mansfeld y Robles, sus generales.

Y ¿qué hizo Farnesio? «Ó Amberes, dijo, acaba conmigo, ó yo acabo con Amberes». Contando con el valor y la destreza de los Tercios, propónese ante todo quitar á la ciudad toda comunicación por el Escalda. Como no pudo á pesar de mil prodigios de valor apoderarse de uno de los fuertes que lo defendían; ayudado de sus infatigables soldados que con igual maestría manejaban el hacha que la espada, en el breve plazo de siete meses, á vista de la escuadra holandesa y en vísperas de los hielos de invierno lanzó con pasmo y asombro de toda Europa aquel estupendo puente de trescientos noventa metros con que cerró el paso del Escalda. La madera la buscaron en Termunda rindiéndola en once días; el dinero y los buques en Gante que tomaron por asalto; para transportar las naves, sin pasar por Amberes, abrieron una zanja de cinco leguas desde Gante hasta el río, obra tan estupenda quizá como el mismo puente. En

fin, éste se hizo, y Farnesio soltando uno de sus presos le dijo: «Ea, vuelve á Amberes, di lo que tus ojos han visto y anuncia á los tuyos que este puente me ha de dar ó sepulcro ó paso para la ciudad».

Poco faltó, por desgracia, para que fuese su sepulcro; porque los sitiados, cogidos por todas partes, procuraron con



(Reproducción de un grabado de la época.)

innumerables ingenios abrirse brecha, y una noche arrasado por la corriente un barco brulote, destructor preñado de proyectiles y de siete mil libras de pólvora, vino á estrellarse con infernal estampido desbaratando un trozo inmenso del puente y sembrando el río de ochocientos cadáveres.

Pero ved lo que eran aquellos hombres. En aquella misma noche en medio del dolor de tantas desgracias, estando Farnesio herido, que sólo por milagro había salvado la vida,





### DERROTA DEL PUENTE FARNESE

A. *Alexandro Farnese, apartado del Rinco por un alfoveo español.* B. *el del Vaete.* C. *el alfoveo.* D. *S. Maria.* E. *Cristiano.* F. *navio de fuego, que derribo, el puente.* G. *capitan Juan.* H. *navio de fuego que se fue a pique.* I. *dos navios que abortaron ala Orilla.* K. *navios con luminarias.* L. *el Vizconde de Bruselas.* M. *un soldado de la guardia de Alexandro.* N. *S. Felipe.* O. *destruccion del puente.* P. *junto que entro de secorra al puente para con ponerlo a tierra que admitire a toda Europa.* R. *el hijo de.*

El Cap. Inf. Ludov. Dip.



de tal manera trabajaron, que al amanecer apareció á los ojos de los sitiados rehecho todo el puente; y aunque entonces sólo lo estaba en apariencia, en breve quedó reconstruído en realidad.

Ya, Señores, lo que sigue es un drama, una novela, una fábula increíble, á no contarlo todos los historiadores. Mientras sitiaban á Amberes tomaron, al mismo tiempo que á Gante y Termunda, cuatro ciudades más, Nimega, Malinas, Bruselas y Ostende; se apoderaron de otro brulote ciclópeo y destructor, y sobre todo desbarataron en un día la lucidísima escuadra holandesa en el combate del famoso dique de Kowestein que decidió del sitio.

Eran las dos de la madrugada del 26 de Mayo cuando á la oscilante luz de las hogueras se vió avanzar á la flota holandesa á tomar posesión del dique. Viéronse nuestros soldados en el primer pánico sorprendidos por algunos centenares de zelandeses que desembarcaron por un lado y por los que en número de tres mil habían salido de Amberes, por la espalda. Fué aquel un instante de suprema angustia, en el cual un puñado de españoles sobre un suelo que se hundía bajo sus pies, encharcados en sangriento fango se disputaban encarnizados los últimos palmos que les quedaban del dique, en la persuasión de que allí se decidía la suerte del ejército. Tan dueños se consideraban de él los enemigos, que enviaron la nueva de la victoria á Amberes que se entregó á transportes de júbilo. Ya Capifucio con su Tercio y Juan del Águila con el suyo iban restableciendo el combate, cuando se oyó en el dique el espantoso grito de Farnesio que seguido de doscientos españoles apareció diciendo: «No cuida de su honor, ni estima la causa de Dios ni la del Rey quien no me sigue»; aquello electrizó á todo el ejército, que como un huracán avanzó entre un diluvio de balas por el destrozado contradique, y hundién-

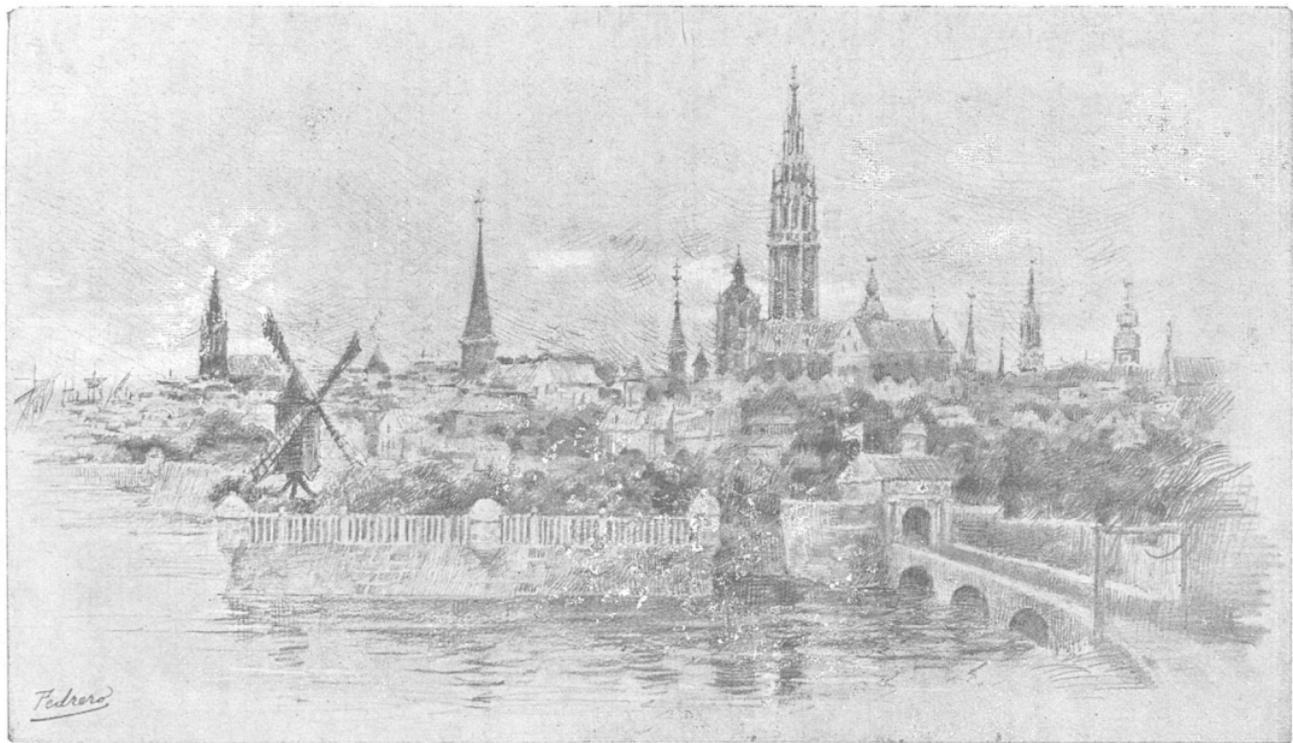


dose aquí en el lodo, saltando allá por las estacas, hiriendo, destrozando, matando, lanzaron á los enemigos del dique, y en pos de ellos, á nado, con el acero en la boca, se arrojaron nuestros soldados, agarraron los navíos, treparon por las jarcias, y luchando en las mismas vergas destrozaron á las tripulaciones, y sin marina vencieron á la marina con la más original é increíble manera de batallar que ha visto el mundo: picas, espadas, pistoletes, puñales, todo se manejó allí; allí se vió al capitán Torralva lanzarse á los hombres de sus soldados que atacaban una trinchera para así encaramarse el primero al enemigo: allí se luchó bajo las olas, en charcos de lodo y sangre, en flotantes tablas... y en ocho horas que duró el matar pasaron de tres mil los cadáveres de los rebeldes. Con ellos, ¡Señores! y con miembros mutilados de herejes tuvieron que rellenar las profundas grietas del destrozado dique amenazadas á la mañana siguiente por el flujo del mar.

Y no penséis que el sitio de Amberes aunque fué el más famoso, fué el único que demostró el valor de los Tercios.

En el asalto de Jemmingen dieron muerte á diez mil herejes, con poquísimas bajas de nuestra parte. En Maastricht además de que en solos dos días lanzaron seis mil cañonazos, con muerte de ocho mil flamencos, se coronó de gloria la infantería española por el hábil manejo del arma blanca. En la Esclusa, ciudad la más inaccesible de todas, defendida por un verdadero laberinto de arroyos y ríos, luchando con el agua hasta los pechos dejaron fuera de combate á nueve mil enemigos. En Oudenarda fueron tantas las dificultades, que cuando el Príncipe de Parma la tomó, se repetía como proverbio: «¡Farnesio! plaza sitiada, plaza tomada», y por no citar á Rimberg, á Hults, á Grave, á Corbeil y mil otros asedios, oídme un rasgo del sitio de Honnecourt.

«Iba el Duque de Alburquerque al frente de su Tercio,



AMBERES EN EL SIGLO XVI.

empeñado en escalar el primero uno de los muros. Lo intentó una vez y le rechazaron los enemigos: lo intentó otra, le volvieron á rechazar. Entonces en un arranque sublime de temerario valor, despojóse, á vista de todos, del coselete que lo defendía, para trepar con más desembarazo, y sin temor á que se clavasen en su desnudo pecho las balas ó picas enemigas, arañando frenético la pared, coronó al fin la muralla seguido de su ya victorioso Tercio.

Así se tomaban entonces las ciudades.

Ved ahora cómo las defendían. Atacaba Leicester la plaza de Zutphen. Asaltábanla con fiero ímpetu ingleses y flamencos. Defendíanla con no menor tesón españoles y walones y más que nadie el Tercio español del coronel Verdugo. En primera fila, de pie, encima del muro un albardero natural de Toledo, cuyo nombre se ignora, para que así recaiga, como dice el italiano Estrada, toda la gloria sobre la nación española, repartía heridas á diestro y siniestro derribando sin cejar á los más osados, cuando un tajo de espada le cortó á cercén la mano derecha. Retiróse rugiendo del combate. Mas... he aquí que á los pocos momentos reaparece otra vez en su puesto esgrimiendo... ¿quién de vosotros será capaz de decir cómo? con su brazo roto la alabarda, y acorralando con ella á sus enemigos!... Señores, sin restañar la sangre que le corría del brazo se había atado fuertemente la alabarda á la destrozada muñeca y con ella y la mano izquierda la manejaba. Con semejantes hazañas defendían sus plazas nuestros Tercios.

¡Oh si pudiésemos contar las proezas de cada uno! la historia de los trescientos que al mando de Ladrón de Guevara sorprendidos en la aldea de Avein por veinticinco mil hombres y empujados hacia un seto dieron desde allí hasta cinco cargas al enemigo: y de los que en Roie, Corbie,

Grave y Mildeburgo resistieron hasta quemar el último cartucho: y de los quinientos que por no rendir el castillo de Oppenheim se dejaron pasar á cuchillo: y de aquellos gloriosos hambrientos de Feré...

Habían consumido todos los víveres, no había un caballo, no había un perro, no había nada que comer, y con todo juraron que no capitularían sino mandados de sus jefes y que no saldrían jamás de la plaza sino con honrosísimas condiciones. Y en efecto, acribillados de heridas y extenuados por el hambre salieron, sí, pero al son de pífanos y atambores, desplegando al aire la bandera de las aspas rojas y conduciendo un cañón de batir con todo su atalaje.

Pero veamos un modelo de defensa.

¡Amiens! ¡Glorioso nombre! Él sólo basta á inmortalizar al ilustre Hernán Tello de Portocarrero, y en él al soldado español. ¿Quién no sabe aquel estupendo golpe de audacia con que este gran caudillo, gobernador de la plaza de Doullens, se apoderó de Amiens? Concibió de súbito el pensamiento de asaltarla y pasó revista á sus tropas al caer de una tarde. Al frente de ellas (no subirían de dos mil quinientos infantes y quinientos caballos) y sin indicarles su designio se pone en marcha con dirección á Amiens. Cerrada ya la noche, hace alto en campo raso y declara punto por punto á sus soldados su arriesgado y famoso plan de los carros. Brindáronse todos entre aclamaciones de júbilo á ponerlo por obra, y á las veinticuatro horas eran ya dueños de Amiens.

Aquello fué audacia estupenda. Pero ¿fué prudencia? Porque ¿cómo sostenerse tres mil hombres escasos, por dentro; contra diez mil ciudadanos armados, por fuera; contra toda Francia, que al punto se alzó en armas y con numerosísimo ejército, mandado por Enrique IV en persona, acordonó la

ciudad con infranqueables trincheras y cinco fortísimos baluartes?

Entonces, Señores, se vieron prodigios de valor y gallardía militar como en ninguna parte. Multiplicábanse aquellos valientes para cubrir el circuito de la ciudad, que era inmenso, y para trabar terribles duelos lo mismo en los fosos que en los subterráneos de las contraminas, por cuyas silenciosas concavidades repercutían día y noche las detonaciones de los arcabuces y el chocar de las espadas. Tres mil, como eran, expulsaron á quince mil ciudadanos de quienes desconfiaban, y sitiados del enemigo, apretados del hambre, diezmados de la peste... aún tenían tiempo y humor para correr sortijas, celebrar banquetes y armar músicas y danzas en lo alto de los muros, mofándose de los franceses.

Entre tanto las brechas eran tan anchas que podían subir por ellas carros cargados, y sin embargo un puñado de cien hombres las defendió alguna vez resistiendo siete veces á un enemigo mucho más numeroso. Ya que no entraban por ellas los franceses, salían los españoles en frecuentes correrías; en ellas mataron hasta siete mil gastadores franceses, y en sólo una salida degollaron á ochocientos. Hasta los pajecillos de nuestros capitanes, juntándose una vez unos ciento menores de quince años, se atrevieron á atacar los reales franceses.

Nadie soñaba en capitular. «Lo que más se hacía, al encontrarse mutuamente, dice Villalobos, capitán distinguidísimo en este cerco, era tomarse la mano apretándosela, como prometiendo morir los unos por los otros».

Fué preciso que el generalísimo de Flandes, el Archiduque Alberto, les obligara á capitular, y aun entonces le rogaron mandase quien reconociese las baterías por si podían seguir defendiéndose, y respondiendo Alberto que de

sobra habían probado su valor defendiendo la plaza un año entero, se rindieron contra su voluntad con una capitulación honrosísima, cuyo primer artículo fué que se respetaría el mausoleo que en la Catedral habían erigido á Portocarrero, muerto gloriosamente de un arcabuzazo, y que los seiscientos soldados sanos y los ochocientos heridos, que de los tres mil que habían tomado la plaza quedaban, saldrían de ella con todos los honores. Salieron, en efecto,



los escuadrones, y á banderas desplegadas, á tambor batiente, la pica al aire, el arcabuz al hombro, las mechas encendidas y las balas en la boca, fueron desfilando ante el mismo Enrique IV, que vestido de gala para este acto, los estuvo contemplando mientras el sargento mayor Ortiz, puesto á su lado, iba señalándole á los que más se habían distinguido en la defensa.

Pero vayamos al campo de batalla y veamos cómo atacan. La manera ordinaria de formar entonces, era dividir la fuerza en tres trozos, derecha, izquierda y centro de batalla;

presentar la infantería en cuadros cerrados, casi siempre de igual frente por todas sus partes (masas pesadas que más tarde Mauricio de Nassau disminuyó en número de filas dando á las unidades tácticas mayor flexibilidad); interpolar mangas de arcabuceros con los caballos, ó distribuirlas al frente de los piqueros, según la manera del Duque de Alba, y, en fin, colocar la caballería en las alas y la artillería en el centro.

Dada la señal de pelear, al soldado español no le detenía nada, poníase de rodillas todo el ejército, rezaba el Avemaría y ya sólo le arredraba lo imposible; mas, ¿por qué digo lo imposible si el valor español hizo posible lo que hasta que existieran los Tercios no lo era?

¿Es posible triunfar unos soldados después de haber vadeado dos largos brazos de mar? Pues para no citar hazañas semejantes de Mondragón y Dávila, mil setecientos hombres al mando de Peralta y Ulloa, á media noche, vadeando, entre los disparos de los buques y de los fuertes, con el agua hasta la cintura y los mosquetes sobre la cabeza, cruzaron dos veces el mar, y después de luchar con los rebeldes á flor de agua, los derrotaron en las islas de Duiveland y Schouwen.

¿Es posible que retirado con veintidós heridas en el cuerpo vuelva nadie al combate? Pues así lo hizo después de recibir veintidós cuchilladas en Rimberg el español Corella.

¿Es posible cruzar los infantes puentes ardiendo, y los jinetes los ríos asidos de las colas de sus caballos con las celadas sobre las cabezas y las lanzas colgadas de los ristre? Pues así pasó en Groninga la gente del Duque de Alba saliendo á la pelea los arcabuceros de D. Alonso de Vargas y D. Diego Enríquez con los vestidos y las barbas chamuscadas.

¿Es posible, finalmente, que un hombre dado por muerto aprese una barca atestada de gente? Pues, oídmeme, en el Haya lo fué. Pedro Chacón, sargento del capitán Borja, defendía un canal con un puñado de valientes: los rebeldes desde unas barcas le traspasaron con cuatro ganchos, y creyéndole ya muerto, le tendieron en una de ellas; «el Pedro Chacón, dice con donaire Mendoza, no soltó su alabarda de las manos, y cuando más embebidos los vió en pescar á otros, se puso en pie, y jugando de la alabarda, mató á tres, lanzó al agua á los demás, y se quedó dueño y señor de la barca».

Sólo después de contemplar los innumerables rasgos de valor de nuestros soldados se hace creíble que en el ataque de Mok, sin más bajas que cuarenta de los nuestros, sucumbiesen hasta seis mil de los contrarios, que en Estemberg la primera carga de nuestros Tercios desbaratase todo un ejército, que los encamisados de Pescara y los arcabuceros de Carlos V en el Elba verificasen aquellas proezas. Amberes, Ligni, Corbeil, Oudewater, Lerodan, Asper, Hukel, Schouwen y Bura, demostraron patentemente que los Tercios españoles lo mismo en las guájaras y fraguras que en las praderas y marismas, en las olas como en los diques, en los barroes, en frágiles balsas y en vacilantes puentes, aunque fuesen uno contra seiscientos, aunque fuesen descubiertos contra los que aguardaban tras la trinchera, en sonando el grito de «Santiago, cierra España», no veían ya ante sí más que una cosa, la honra que podían adquirir vengando á la Religión ultrajada y á la Patria ofendida; y convertidos en sublimes mercaderes de gloria, «no tenían, como dice un historiador, por cara ninguna feria en que se comprase la honra con la vida».

Á los españoles jamás hubo que aguijarles al combate. Hubo, sí, que reprimirlos en no pocas ocasiones.

Aguardábanles los rebeldes una vez en Praga en lo alto de la Montaña Blanca bien artillados y llenos de fortines. Á las órdenes de Tilli, por hallarse Boucquoi herido, subían los católicos. Con serenidad indecible y con valor sobrehumano escalaron los peñascos y asaltaron las baterías. Sin embargo, un violento fuego á quemarropa les obligó á retroceder cubriendo en su retirada las rocas de cadáveres. Saltó Boucquoi frenético de la cama, montó á caballo, puesto al frente y secundado por el coronel Gui-



llermo Verdugo, lanzóse con tanto arrojo á los rebeldes, que bien pronto el grito de ¡victoria! llenó los aires en diferentes lenguas; españoles é imperiales se cansaron de matar, cañones y bagajes vinieron á sus manos, y la historia de nuestro ejército se adornó enorgullecida con este nuevo timbre de gloria.

Con este valor inaudito ¿qué es de extrañar que nunca

fuesen vencidos? Nunca, en efecto, lo fueron hasta Rocroy si exceptuamos la desventajosísima jornada de las Dunas. Algunas veces se vieron obligados á retirarse, pero sus retiradas eran casi más triunfantes que las mismas victorias.

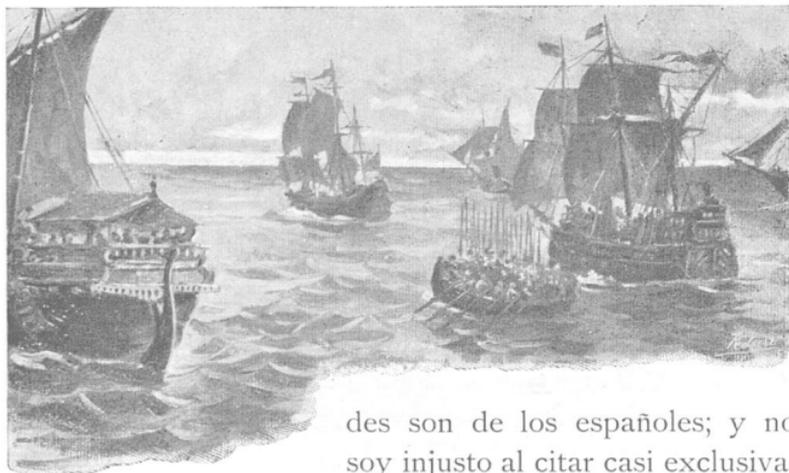
En efecto, ¿qué victoria se puede comparar á aquella admirable retirada escalonada de Ravena en la que nuestros infantes triunfaron de la caballería francesa, replegándose en pelotones que se defendieron unos á otros de tal manera, que causaron al general francés, primero admiración, luego coraje, y, por fin, la muerte que obtuvo por querer destrozár los Tercios de Navarro? ¿Qué desmerece de una victoria aquella otra retirada de D. Agustín Mejía, movimiento de los más brillantes de nuestra infantería que mereció á su estratego el nombre de «Jenofonte de Laón?» Y si los nombres de Amberes, Ipres, Gante, Bruselas y Venloó no oscurecieran las demás glorias de Farnesio, bastaría á darle fama inmortal la retirada de Chateau-Tierry y más aún la maravillosa del Sena...

Estrechados entre este anchuroso río y el numerosísimo ejército de Enrique IV, diezmados los soldados por el hambre, enfermos muchos jefes, herido Farnesio, desmontada gran parte de la caballería por la extrema flaqueza de los caballos, acechados de continuo por la escuadra holandesa y faltos de marina estaban tan perdidos los españoles, que Enrique IV escribía á Inglaterra: «No se me escaparán, no, porque no tienen alas para volar».

Pero se engañó miserablemente, midiendo el valor de los Tercios por el valor de los suyos. Con la seguridad y tino que le caracterizaban, formó Farnesio su plan, derrotó á Birón, compró bajeles y balsas á los armadores de Rouan con sus joyas, lanzó al Sena en aquellos débiles barquichuelos sus intrépidos arcabuceros, acometió con ellos á la escuadra holandesa y, cuando la sorpresa, el despecho y

la cólera comenzaban á apoderarse del ánimo de Enrique IV, ya las columnas españolas arribaban libres á la margen opuesta vitoreando á Farnesio que reputó por glorioso triunfo tan difícil retirada.

Y no vayáis á decirme que aquellas glorias las compartimos con los Tercios italianos y las coronelías walonas de esguízaros y lansquenetes. No, Señores; las glorias de Flan-



des son de los españoles; y no soy injusto al citar casi exclusivamente su nombre.

Porque si bien es cierto que peleaban á su lado las llamadas «naciones», es también incontrovertible que el alma y el nervio del ejército eran los españoles.

¿Quiénes iban siempre á la vanguardia sin que nadie les disputase este puesto? Los españoles. ¿Quiénes eran los primeros en cruzar las picas y los últimos en retirarse de la lucha? Los españoles. ¿Quiénes fueron los primeros en atacar en Pavía? Los españoles. Y aunque allí compitieron con ellos los francopines, los italianos, los suizos, los tudescos de la banda negra, mas la gloria de haber decidido del triunfo ¿quiénes se la llevaron? Los arcabuceros españoles. ¿Quiénes forzaron antes que nadie la brecha de San Quin-

tín? Los españoles. En Zutphen, en el dique de Cowestein ¿de quién fué la victoria? de los españoles. ¿Por qué en Herentals huyeron vergonzosamente los alemanes, walo- nes é italianos? Porque no estaban los españoles. ¿Por qué en Bredá se apoderó tal terror de los italianos que huye- ron haciendo astillas las puertas de la ciudad y lanzándose á campo traviesa? Porque no había españoles. ¿Por qué en Tournay á la primera acometida se rindieron los walones? Porque no eran españoles.

Por eso escribía el italiano Octavio á su hijo Farnesio: «Á los peligros arroja españoles, que saldrán como siem- pre con reputación». Y por eso escribía el Archiduque Al- berto á Felipe IV: «Faltan españoles, que son el nervio principal de quien se saca todo el servicio, sin ellos no se puede acometer empresa ninguna de consideración».

¿No se vió esto claramente en Honnecourt? ¿No se vió todavía más patentemente en la batalla de Nördlingen, inmortalizada por la pluma de Schiller?

Oídme; porque allí todo fué gloria nuestra.

Atrincherado al sur de Nördlingen en cuatro colinas, ata- caba el Cardenal Infante la ciudad, cuando al inesperado ataque de innumerables suecos, tuvo que replegarse á una de las colinas llamada de Albuch. Allí esperaba de un mo- mento á otro una nueva carga del Duque Weimar, jefe de los enemigos. Era necesario extremar todos los medios de defensa. Desconfiando del Tercio alemán, que mandado por Würmser ocupaba el punto crítico, ordenó que el Tercio español de Idiáquez le sustituyese. Llevólo á mal Würmser: respondió que iba para treinta años que servía al Rey de España y que no era para perderse en un momento honra en tantos años ganada; que, por tanto, él renunciaba á mandar á sus alemanes y quedaba de simple piquero en el Tercio español de Idiáquez. Por respeto á las canas de



LA RENDICIÓN DE BREDÁ (Cuadro de Velázquez.)

este veterano, no se retiró al Tercio alemán, pero se puso detrás en reserva el español, por si flaqueaba. En efecto, como se había previsto, los alemanes no pudieron resistir el tremendo choque y se desmandaron. Avanzó entonces la reserva de Idiáquez, y trabando una de las más desesperadas luchas que registra la historia, fué palmo á palmo recobrando la cumbre perdida por los alemanes. Una, dos, tres, quince veces se echaron sobre los españoles las columnas suecas: pero los españoles no eran los alemanes, Albuch no se volvió á perder, la victoria fué un hecho. Seis mil cadáveres cubrieron el bosque y seis mil suecos quedaron prisioneros. Aunque él lo hacía por otros motivos ¿no es verdad que tenía razón Würmser al preferir el puesto de piquero de Idiáquez al de general de sus alemanes?

Por esta razón los generalísimos enviados á Flandes indagaban cuanto antes el número de españoles, importándoles poco el que figurasen más ó menos flamencos y alemanes.

Que la infantería de España era la primera del mundo lo dijeron el célebre jurista Puffendorf al narrar la batalla de Mülberg y el gran Bossuet la de Rocroy. «Esos españoles son invencibles», confesó el inglés Leicester en la victoria de Zutphen. «Ánimo, exclamaba el Duque de York animando en las dunas á nuestros Tercios; los españoles no retroceden nunca». El italiano Marqués del Vasto hubiera tenido á suma honra en Pavía el que su tío el general Pescara accediese á sus ruegos poniéndole de soldado raso entre la infantería española. El francés Branthome, al contemplar el continente marcial de los Tercios y aquel tirar de la pica, llamada por alarde en Flandes «la pólvora de España», quedó tan prendado de ellos que quiso sentar plaza en sus filas como lo hacían los hijos de las casas nobles de España é Italia. Y el Duque de Humene, también francés, viendo al Tercio de D. Agustín Mejía, en número de mil ochocientos,

dar caza durante una marcha á cuatro mil caballos franceses mandados por Enrique IV en persona, tomó una pica y exclamó, según cuentan: «Prefiero ser infante de don Agustín á mandar ejércitos en Francia».

Y decía bien, porque no había noble ni jefe que se dignase jamás de tomar la pica y formar al lado de aquellos valientes. Igualmente heroicos los soldados que los capitanes, á éstos se los nombra porque fueron menos, se omite á aquéllos porque fueron más. La mejor alabanza que se puede dar á unos y otros es que las hazañas de Flandes no las hubieran llevado á cabo ni aquellos generales con otros soldados, ni aquellos soldados con otros generales.

Glorioso es cuanto llevo dicho y glorioso cuanto he dejado de decir.

Pero nos sale al paso una objeción formidable que á algunos cortaría de repente todos los vuelos del entusiasmo.

Enhorabuena, dicen los positivistas, luchamos, vencimos muchísimas veces, nos coronamos de gloria militar, adquirimos un renombre cual nunca jamás lo ha obtenido infantería ninguna del mundo... pero ¿qué conseguimos, con ese siglo y medio de estupendas victorias?

Y en efecto, para los que piensan que el fin supremo del hombre sobre la tierra es el progreso material y que el objeto principal de las sociedades humanas es fomentar la industria, dilatar el comercio y aumentar el tesoro... confieso que conseguimos bien poco, y si me apretáis, confesaré que no conseguimos nada, y aun diré que salimos perdiendo muchísimo.

Pero ¿es tan mezquino el ser del hombre que no haya para él otra cosa superior á la industria, al comercio y al tesoro? ¿No vale en la sociedad mucho más que una fábrica

de hilados ó una siembra de buen trigo el reinado de la justicia y de la verdad, el honor y la religión?

Y si esto es así, ¿qué valor tiene esa objeción? ¿Os parece poco haber librado de la herejía y de las guerras civiles á



EL CARDENAL INFANTE. (Cuadro de Van Dyck.)

España, único pueblo que se vió libre de esta desgracia en aquel siglo desventurado, si exceptuamos á Italia?

Y esa misma Italia ¿por quién se salvó? ¿Por qué es hoy católica Bélgica? ¿Quién impidió que en el trono de Francia se coronase la herejía? ¿Quién libró del error á varios can-

tones suizos y gran parte de Alemania? ¿Por qué no se extinguió el catolicismo en Inglaterra?

Señores, digámoslo muy alto: en grandísima parte por España, por sus políticos católicos y por sus Tercios indomables.

Gracias á ella no prevaleció políticamente en Europa el protestantismo hasta Westfalia, es decir, hasta que cayeron derrotados los Tercios españoles.

¿Os parece esto poco? ¿Os parece poco tener á raya la herejía y esto mientras por otra parte libraba á Europa del yugo del Turco en Lepanto y barría el mar de africanos y piratas y civilizaba á inmensas regiones de América, como no lo ha hecho nación alguna sobre la tierra?

Y aun sin esto, Señores, aunque no hubiésemos contenido nada los pasos de la herejía protestante, que á no ser por España hubiera avanzado sin obstáculo, aunque no hubiésemos contenido al Turco, aunque no hubiésemos civilizado la América, ¿quién, y mucho menos si es español, hijo de esta nación caballeresca, que á todos los demás bienes de la vida prefiere la honra, se atreverá á tildar de inútiles aquellas gigantescas hazañas de nuestros abuelos?

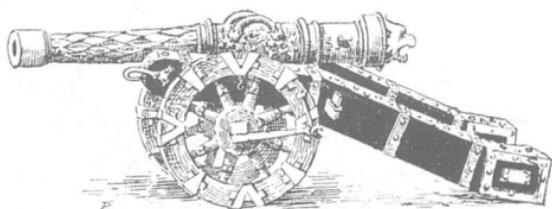
La gloria inmensa que los Tercios adquirieron á la nación española ¿no sería fruto bastante de aquellas justísimas guerras? ¿No es la gloria la vida de las naciones, y de la española más que de ninguna otra?

Y sin embargo, parece mentira; no faltan españoles que mientras los extranjeros, los belgas, por ejemplo, y los holandeses católicos confiesan agradecidos que á nosotros nos deben lo que les resta de cristianismo, ellos se burlan de nuestras glorias, y, lo que es más, maldicen y abominan de aquella España, de Felipe II, de aquel ejército y de nuestra brillantísima edad de oro.

¡Qué lástima que semejantes hombres hayan nacido en

España y no en Inglaterra ó en Suecia bajo el reinado de la Vestal impurísima del Norte ó de Gustavo Adolfo el sueco!

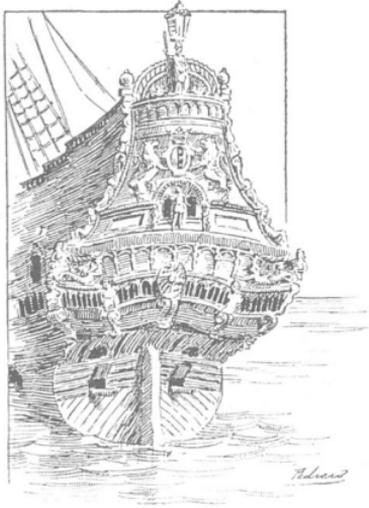
¡Españoles! no vituperemos lo nuestro. Búrlense enhorabuena de nosotros los extranjeros, los herejes, los necios. Pero los hombres sensatos, los españoles, los católicos, ¡jamás! y «ya que desgraciadamente no nos quedan sino grandes recuerdos, no los condenemos al desprecio, ya que ellos, como decía Balmes, son lo que en una familia caída los títulos de su antigua nobleza: elevan el espíritu, fortifican en la adversidad y alimentando en el corazón la esperanza, sirven á preparar un nuevo porvenir».

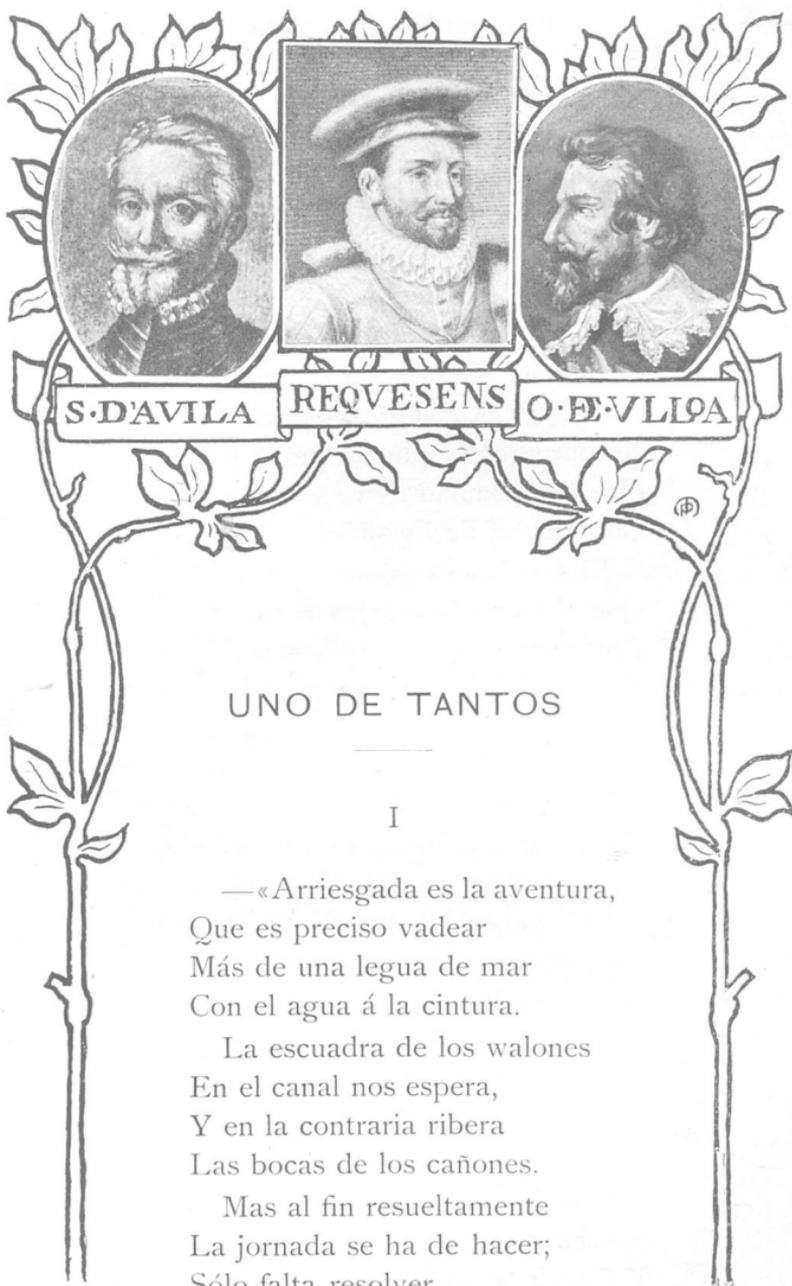




UNO DE

TANTOS





## UNO DE TANTOS

### I

—«Arriesgada es la aventura,  
Que es preciso vadear  
Más de una legua de mar  
Con el agua á la cintura.

La escuadra de los walones  
En el canal nos espera,  
Y en la contraria ribera  
Las bocas de los cañones.

Mas al fin resueltamente  
La jornada se ha de hacer;  
Sólo falta resolver  
Quién ha de guiar la gente».

Así con marcial acento  
Don Luis Requesens decía  
Al son de la mar bravía  
Y al rumor del manso viento.

Y con noble entonación,  
Acariciando el acero,  
Respondióle así el primero  
El coronel Mondragón:

—«Mía es, Señor, la demanda,  
No hay mucho que vacilar;  
Que me aclaman tierra y mar  
Gobernador de Zelanda.

Ni será la vez primera  
Que al mar mi valor provoca;  
Pues con la espada en la boca,  
Y el arcabuz por cimera,

No ha mucho con firme planta  
Me aventuré á vadear  
Más de tres leguas de mar  
Con el agua á la garganta».

—«Valiente eres, coronel,  
Y feliz como valiente:  
Ninguna como tu frente,  
Merece el nuevo laurel.

Mas, pues yo soy almirante  
Y la jornada es de mar,  
No hay un punto que dudar,  
Mandad, Señor, al instante».

Dijo desde excelsa proa  
Sancho de Ávila y calló,  
Y á decir se adelantó  
Don Juan Osorio de Ulloa:

—«Yo no tengo, airoso exclama,  
Títulos de eterna gloria;  
Ni grabados en la historia  
Están mi nombre y mi fama.

Mas yo propuse la acción,  
Yo los vados exploré,  
Yo la jornada alenté,  
Quitármela es sinrazón.

Vuestra vida es muy preciosa,  
Para que en la mar sucumba;  
Para mí no habrá otra tumba  
Más noble ni más gloriosa».

Apaciguó el General  
La generosa contienda,  
Y dijo, entrando en su tienda,  
Por resolución final:

—«Vos, Ávila, en conclusión  
Guiad cual soléis la armada:  
La gente en ella embarcada  
El coronel Mondragón:

Y vos, valiente don Juan,  
Con mil quinientos soldados  
Atravesaréis los vados  
Y entraréis en Duveland».

Mil vivas en explosión  
Por el campo resonaron,  
Y—¡á la mar!—todos gritaron,  
Arbolando su pendón.

## II

Es ya de noche: y al fulgor escaso  
Que en las inquietas ondas culebrea,  
La hueste hispana con callado paso  
Junto á la playa de la mar serpea.

De Requesens el paternal acento  
Suenan de pronto en la apiñada fila;  
La hueste en ondulante movimiento  
De su bandera en derredor se apila.

—«Fuera temores, hijos; la victoria  
Vuestra será, que os guía en esta hazaña  
De Dios el brazo, que al buscar su gloria,  
No quiere otro pendón más que el de España».

Dice y Ulloa de su dicha ufano,  
—«Ó moriré, responde, entre las olas  
Ó en Duveland mi vengadora mano  
Izará las banderas españolas».

Fija después en tierra las rodillas,  
Adora ante don Luis una cruz de oro,  
Suelta de su armadura las hebillas,  
Y se desnuda entre aplaudir sonoro.

Y en calza hasta la corva remangada,  
Jubón de raso y holandés sombrero,  
Y en la derecha la fulminea espada,  
El bravo capitán sale el primero.

Á su ejemplo los suyos animosos  
La ropa tiran en el campo raso,  
Y en unas alforjuelas presurosos  
Pólvora meten y bizcocho escaso.

Y aquél en alto el arcabuz sustenta,  
El otro al cuello de su enorme lanza  
Cuelga alegre su escasa impedimenta,  
Y en formación la hueste al mar avanza.



Llegan: hacen la cruz sobre su pecho,  
Ulloa blande su afilada hoja,  
Y «á vencer ó morir en el estrecho,  
Valientes», dice, y en la mar se arroja.  
¡Sublime escena! todos animados  
Saltan al agua en vivo traqueteo,

Y rompen á compás los turbios vados,  
Y resuena hervidor chapaleteo.

De ánades blancos apiñada fila  
Al rumor de las aguas que borbotan,  
Uno en pos de otro en actitud tranquila  
Del mar las olas con sus pies azotan.

De pronto por el éter anchuroso  
Tendiendo su flotante cabellera  
Cometas cien en giro vagoroso  
Cruzan fugaces la sutil esfera.

Son las flores que arrojan al camino,  
Como prenda de próximos trofeos,  
Los ángeles que tienen el destino  
De asistir á los nuevos Macabeos.

Allá van; por la líquida llanura  
Ondean sus erguidas banderolas,  
Y entre el lodo y el agua á la cintura,  
En sonoro compás rompen las olas.

Serpiente colosal que culebrea  
Entre las ovas y esponjada lama,  
El fulgor que en las lanzas centellea  
Semeja el brillo de su tersa escama.

Temeroso rumor de causa ignota  
Suenan de pronto en la garganta estrecha:  
El enemigo con su gruesa flota  
De nuestra hueste el movimiento acecha.

Del vadear al desusado ruido  
Y al son de los alegres chapuzones  
Al cielo lanzan hórrido alarido  
Pasmados los rebeldes escuadrones.

Divídese la armada en doble hilera,  
Dejando en medio reducido trecho,  
Y á nuestros Tercios orgullosa espera  
Dar negra tumba en el mezquino estrecho.

Con más resolución Ulloa brega;  
De lodo salpicado, jadeante,  
El agua al pecho, hasta la flota llega  
Y grita á sus valientes, ¡adelante!

Y penetran por medio de la armada,  
Y estallan pavorosos los cañones,  
Y de balas horrible granizada  
Llueve sobre los bravos escuadrones.

¡Ah malaventurados! les decían,  
Os hacen perros de agua; ¡infausta suerte!  
Ellos en tanto impávidos seguían  
Gritando sin cesar, ¡al fuerte, al fuerte!

Mas crece el riesgo; sube la marea,  
La hueste con el agua hasta la boca  
Rendida de cansancio el mar vadea,  
La escuadra avanza, y truena, y los provoca.

¡Horrible situación! Unos con trabes,  
Con biellos otros sin piedad los hieren,  
Los punzan, los arrastran á las naves...  
Y cien valientes entre horrores mueren.

Ulloa en tanto infatigable avanza,  
Divisa el dique al brillo de la aurora,  
Salta en la arena, y lleno de esperanza  
Al Dios de los ejércitos adora.

Luego mira en redor: veinte consigo  
Halla no más que ansiosos le rodean:

Los demás con el bárbaro enemigo  
Ó con la mar creciente forcejean.

—«Hijos, ¡valor! les dice, diez banderas  
De Holanda, nos esperan en el fuerte;  
Imposible salir de estas riberas,  
¡Valor! ¡á la victoria ó á la muerte!

No oscurezcamos los radiantes soles  
Que alumbran con sus rayos nuestra historia;  
Somos cristianos, somos españoles,  
Si hemos de sucumbir, sea con gloria».

Doblan todos en tierra la rodilla,  
Trocados en corderos los leones,  
Y elevan á la Virgen sin mancilla  
Llenos de fe sus nobles corazones.

Álzase Ulloa de coraje ciego,  
«¡Santiago y cierra España!» todos gritan:  
Y respirando por sus ojos fuego,  
Sobre el fuerte en tropel se precipitan.

Del cóncavo cañón el son horrendo  
Retumba al punto en las etéreas salas,  
Y entre alaridos y medroso estruendo  
Pasan cruzando silbadoras balas.

Inútil disparar; que con pujanza  
Ulloa blande su afilada hoja,  
—«¡Bravos, un salto más, blandid la lanza!»  
Y á la trinchera impávido se arroja.

Despavoridos al empuje horrendo  
Los enemigos dejan las trincheras,  
Y en temeroso pelotón huyendo  
Abandonan cañones y banderas.

Los veinte corren, los alcanzan, chocan,  
Siembran doquiera pavorosa muerte,

Muros y casas sin piedad derrocan,  
Y sus pendones izan sobre el fuerte.

¡Gloria al Señor! Desnudos los aceros  
Retroceden de nuevo á la ribera:  
Allí sus fatigados compañeros,  
Allí la flota en salvo los espera.

Suenan al verlos vivas á millares,  
Se abrazan; y en el suelo la rodilla,  
«Gracias, claman, Estrella de los mares,  
Mil veces gracias, Virgen sin mancilla!»

### III

No todos se salvaron. La corriente  
Á más de ciento arrebató en sus olas,  
Y flotando en el mar vió el sol naciente  
Acá y allá cabezas españolas.

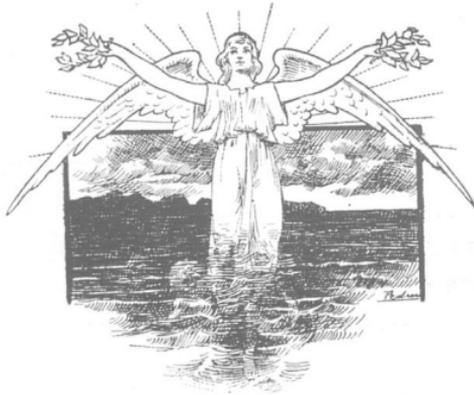
Gloriosa muerte, sus callados nombres  
Resonarán por siglos infinitos;  
¡Ah! ¿qué importa el olvido de los hombres,  
Si en la mente de Dios brillan escritos?

¿Qué importa que mezquinos corazones  
Llamen á sus empresas, quijotadas,  
Si en cambio con eternas ovaciones  
Los acoge el Señor en sus moradas?

¿Qué importa que raquílica ralea  
Su celo por la fe llame delirio?

¿Qué importa sucumbir en la pelea,  
Cuando es la muerte redentor martirio?

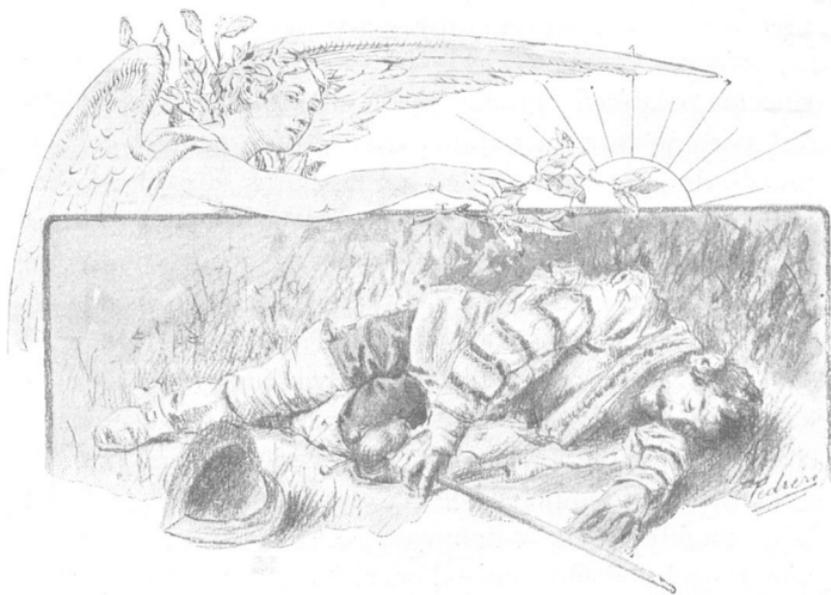
Hermanos nuestros eran. Españoles,  
De nuevo enarbolad el pendón santo,  
Y brillarán los esplendentes soles  
De Duveland, las Navas y Lepanto.



DERROTA DE

LOS TERCIOS





## SEÑORES:

Para terminar este ligero bosquejo de los Tercios, réstanos trazar en breves rasgos la más gloriosa de sus victorias, su derrota.

Era el año 1643, y mandaba nuestras tropas el portugués D. Francisco de Melo, Conde de Assumar, habilísimo diplomático que había sido en Italia, virrey después de Sicilia, é improvisado general en jefe de los ejércitos de Flandes por muerte del Cardenal-Infante.

Sonrióle la fortuna en la primera campaña, poniendo en sus manos las plazas de Lens y de Bassée y coronándole de gloria en la batalla de Honnecourt.

No desvaneció á Melo esta gloriosísima victoria: antes al contrario, al dar cuenta de ella al Rey le escribía estas

sinceras palabras. «Pruebe V. M. cuanto quiera mi voluntad, pero no más mi fortuna. He quedado con tal conocimiento de lo poco que valgo, en las horas que duró la batalla, que deseo por todo extremo... dejar estas victoriosas armas á otro general, que pueda coger el fruto de lo que hemos sembrado». ¿Qué era lo que echaba de menos en sí, y realmente faltaba á Melo para ser un gran general? «Faltábale, responde un historiador contemporáneo, la educación lenta y el hábito de la guerra: la serenidad de espíritu indispensable en los contrastes varios de una batalla, mientras del todo no se inclina al lado propio la victoria: la costumbre de ver y dominar el espectáculo sangriento, que no es lo mismo que exponer sin temor la persona: el conocimiento técnico y práctico de las armas diversas, y su acertado empleo sobre el campo: lo que no se aprende, en fin, sino rarísima vez, en los gabinetes y en los salones, donde Melo había consumido lo mejor de su vida; lo que á la edad del vencedor de Honnecourt quizá no ha aprendido de veras ningún caudillo».

Más experimentado que Melo, como que había encanecido en los campos de batalla de Flandes, era sin duda el maestre de campo general Pablo Bernardo de Fontaine, malamente confundido hasta hace pocos años con nuestro Conde de Fuentes: pero á la hora de Rocroy se hallaba ya tan achacoso, que sólo podía moverse llevado en una silla de brazos.

El que á la experiencia de la guerra unía el vigor de la virilidad, era Isembourg, príncipe alemán, que servía de voluntario en nuestras filas al mando de la caballería alsaciana. Y como arriesgado y valeroso, figuraba al frente de la caballería de Flandes el Duque de Alburquerque, don Francisco de la Cueva, que, joven aún, se escapó de Madrid para asistir de voluntario con su pica al hombro en la de-

fensa de Fuenterrabía; y habiéndose ofrecido, para continuar sirviendo al Rey donde quisiera, pasó luego de soldado á Flandes, sin sueldo ni puesto; «como el último soldado», según Dávila Orejón; hasta que se le dió el mando de un Tercio, que vistió á su costa y con el cual contribuyó poderosamente á la victoria de Honnecourt.

Para evitar que las fuerzas enemigas penetraran en Borgoña y Cataluña, resolvió Melo meter la guerra en Francia. Y en efecto, el 12 de Mayo al amanecer había bloqueado á Rocroy, y el 15 comenzó el sitio en toda regla. Para nada se acordaron nuestros generales de fortificar los campamentos, seguros de que en tres ó cuatro días la plaza caería en su poder, antes que nadie pensara en socorrerla.

Pero adelantóse á estos cálculos la inesperada diligencia de Luis de Borbón, Duque de Anghien, joven de veintidós años, llamado después el Gran Condé, quien saliendo de su cuartel general de Amiens á la primera noticia del asedio, á los tres días, después de haber recorrido 200 kilómetros, estaba á vista de la plaza con veintitrés mil hombres, que en su precipitada marcha había recogido.

Está situada Rocroy en el centro de una llanura de seis kilómetros de radio, rodeada por el tiempo de la batalla de bosques tan espesos y pantanos tan cenagosos, que no se podía penetrar en ella sino por largos é incómodos desfiladeros. Cerca de la ciudad se levantaba algo el terreno, y quedaba en seco, formando una explanada bastante espaciosa para contener los dos ejércitos.

¿Por qué no cerró Melo el paso de los desfiladeros? Nadie lo sabe: quizá por falta de tiempo, quizá por sobra de confianza. Lo cierto es que el de Anghien fué desembocando sin oposición en la llanura, y desplegando al propio

tiempo su línea de combate, apoyada, por la derecha en un bosque, y por la izquierda en un gran pantano.

Á las seis de la tarde el ejército francés estaba en orden de batalla.

Gobernaba el centro formado por la infantería, el gene-



EL GRAN CONDÉ.

ral Espenan: la caballería del ala derecha, el Duque de Anghien en persona, y á su lado, como segundo, el mariscal Gassion, veterano de Gustavo Adolfo: la izquierda, el mariscal de L'Hôpital secundado por el general de la Ferté-Seneterre, y la reserva, el barón de Sirot. Traían las alas francesas interpoladas con los regimientos de caballería compañías de mosqueteros y piqueros, y marchaban for-

madras en tres cuerpos, cada uno con la correspondiente artillería.

La primera diligencia de Melo, apenas tuvo noticia de la proximidad del enemigo, fué llamar al barón de Beck, que por su orden sitiaba con cinco mil hombres la plaza de Chateau-Renaud, sita sobre el Mosa á 32 kilómetros de Rocroy. Después, de una á cinco de la tarde, levantó la artillería apostada contra los muros, y la emplazó delante del ejército en los ángulos ó puntos salientes que ofrecía el terreno; reconcentró sus fuerzas repartidas por el círculo de la plaza, y sin tiempo ya para reunir su consejo de guerra, mandó á Fontaine, que como maestre de campo general, formara el plan de batalla.

La disposición de nuestro ejército parecía igual á la del francés. En los lados, según la táctica de la época, la caballería. En el ala derecha, frente á L'Hôpital, la alsaciana al mando de Isembourg. En la izquierda, la de Flandes, mandada por Alburquerque. ¡Nada de arcabuceros interpolados! Todos estos y la demás infantería formaban en el centro. En qué orden, es cosa muy controvertida. Nos atenemos al que propone el francés Alfredo Weil en un trabajo interesantísimo publicado en los tomos XCVI y XCVII de la *Revista de España*.

*Primera línea;* cinco Tercios españoles, en el siguiente orden de izquierda á derecha: 1.º El del Conde de Villalba. 2.º El de Alburquerque, gobernado por su sargento mayor Juan Pérez de Peralta. 3.º y 4.º el del Conde de Garcías en dos batallones, y 5.º El de Castelví, español también, aunque llevaba el nombre de borgoñés.

*Segunda línea;* por el mismo orden, un Tercio español, el de Antonio de Velandia; los Tercios italianos de Strozzi, Visconti y degli Ponti, y el borgoñón de Saint-Amour.

*Tercera línea;* cinco Tercios de walones, y como reserva

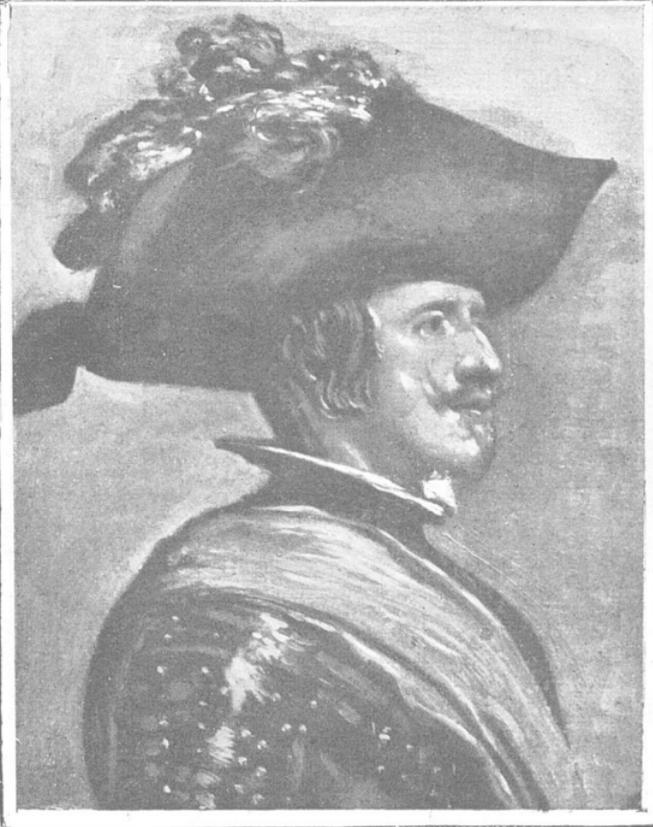
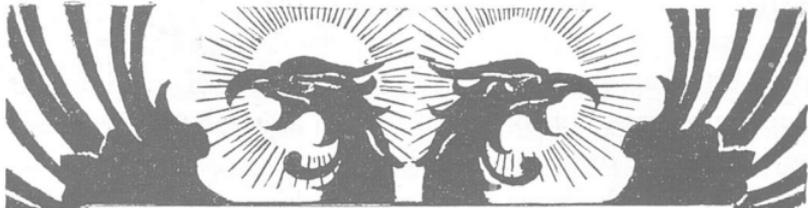
cinco batallones de alemanes. La artillería, compuesta de dieciocho piezas, jugaba delante de la línea de combate á las órdenes de D. Álvaro de Melo, hermano del General.

Al tomar posiciones, no quiso Melo abrigarse de un pantano que todavía quedaba entre la ciudad y los franceses. Porque, según decía él, dando sus descargos en carta al Rey, «el valor de un general de un monarca de España no debía demostrar tener miedo con meterse detrás de éstos ó los otros reparos; sino salir á campaña rasa, aguardar allí á su enemigo y continuar un sitio comenzado».

Formados así los ejércitos estuvo el general Melo dos ó tres veces para dar la señal de acometer aquella misma tarde: cosa que tenía en gran sobresalto al Duque de Anghien, según el mismo asegura; pues entonces la victoria de los españoles hubiera sido indudable.

Cerró en esto la noche; y ambos ejércitos durmieron sobre el campo en formación de batalla: sólo interrumpía el silencio de la oscuridad el estampido de los cañones que á bulto disparaban los franceses, para estorbar el sueño de los nuestros. El joven Condé pasó la noche, según cuentan, en tranquilo sueño. No así nuestro general, que no cesó de andar á caballo de una parte á otra, por temor de alguna súbita acometida. Á favor de las tinieblas, un caballero francés que servía en nuestras filas se pasó al campo de sus compatriotas y llevó á su general la importante noticia de que Melo aguardaba á Beck para las primeras horas de la mañana.

Comenzó al fin á despuntar el día 19 de Mayo de 1643, en que nuestros viejos Tercios iban á sufrir la primera derrota. Melo, que vió á los franceses retirar de la ciudad las tropas con que durante la noche habían intentado socorrerla, mandó á Isembourg recoger al punto los regimientos de caballería y los infantes apostados junto á los muros



®

*Velazquez pinx.*

para estorbar el socorro. Observó Gassion el movimiento de Isembourg y corrió á notificárselo al joven Condé, aconsejándole que diese en seguida la señal de la batalla.

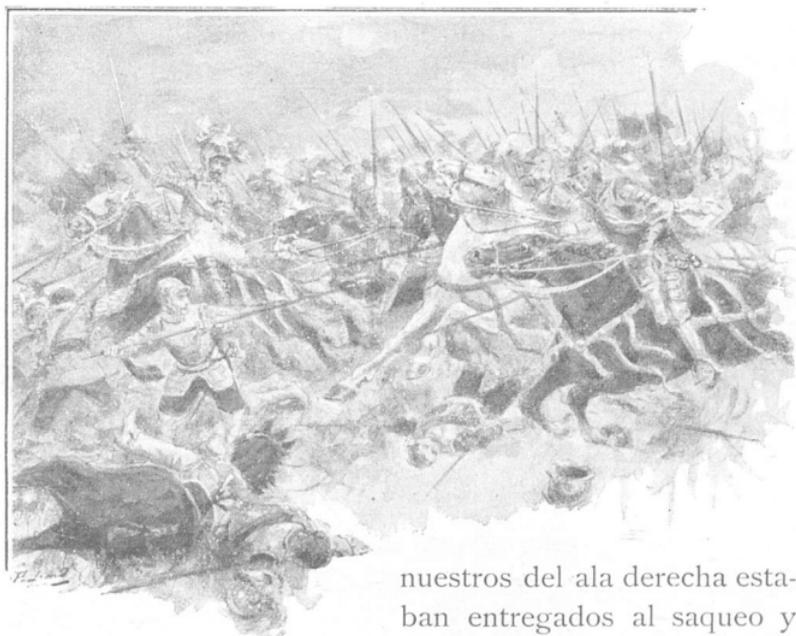
No se hizo de rogar el fogoso Anghien, y á las tres de la mañana, mandó resueltamente que acometieran las dos alas. Lo mismo hizo el general Melo, después de arengar calurosamente á los suyos, animándoles á que «quisieran vivir y morir por su Rey».

Sonaron los clarines en nuestras alas, redoblaron los tambores, y mientras se tiroteaban nuestros arcabuceros y los enemigos, Alburquerque á la cabeza de sus escuadrones y diciéndoles «ahora es tiempo de hacer como quien somos», cerró gallardamente con la primera línea de la derecha francesa dirigida por Gassión, la desbarató por completo, deshizo en un instante los regimientos de infantería que la apoyaban con sus picas y su fuego, y por medio de dispersos escuadrones y de soldados despavoridos que pedían cuartel, llegó triunfante y victorioso hasta la artillería situada á retaguardia de la línea derecha, y se apoderó de los cañones. Nuestros soldados comenzaron á tirar al aire los sombreros en señal de victoria.

L'Hôpital por su parte hizo cargar á los suyos muy de lejos, según los franceses; esperólos á pie firme nuestra ala derecha, que en los primeros momentos de la batalla dirigía el mismo Melo, por ausencia de Isembourg; lanzóse á tiempo sobre los fatigados franceses, desordenó sin dificultad la primera línea y aprisionó mal herido á la Ferté-Seneterre que la mandaba. Avanzó entonces L'Hôpital con la segunda línea; pero los nuestros, arrebatados de su victorioso impulso y secundados vigorosamente por Isembourg, que acababa de llegar con lo restante de la caballería alsaciana, les salieron al encuentro con tal denuedo, que no pudiendo resistir su tremendo choque, se pusieron tam-

bién los de esta segunda línea en precipitada fuga, se retiró mal herido del campo L'Hôpital, se dispersó un regimiento de infantería suiza, que sostenía á la caballería, y cayeron también en nuestro poder los cañones de aquel lado, con muerte de la Barre, que dirigía sus operaciones.

Serían entonces entre las cinco y seis de la mañana. Los



nuestros del ala derecha estaban entregados al saqueo y despojo de los vencidos. El

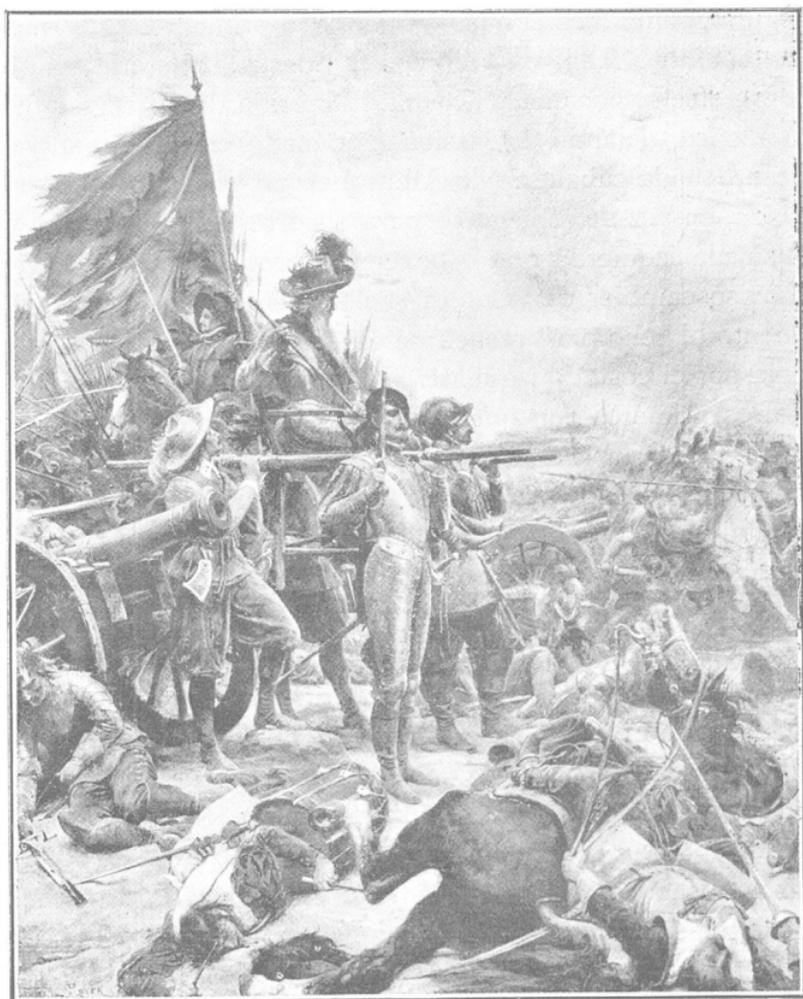
mariscal de la Vallière mandó tocar á retirada por aquella parte «porque no había recurso, decía, estando perdida la batalla». El general Espenan en el centro no pudiendo resistir el fuego superior de nuestra intacta artillería y de nuestros arcabuceros, pedía á voces socorro y comenzaba á retirarse. Habíamos vencido: los franceses son los primeros en confesarlo.

Pero por fortuna de Francia mandaba su numerosa y bien organizada reserva, con carácter de maestro de campo

de caballería, el Barón de Sirot, Claudio de Letouf, que desobedeciendo la orden de retirada dada por la Vallière, se adelantó resueltamente á sostener las tropas de L'Hôpital y, sorprendiendo á nuestra caballería desordenada y entregada al pillaje, nos arrebató la victoria.

Aunque el verdadero peligro de nuestra gente estaba ya entonces en el flanco izquierdo. Repuesta de su primera sorpresa, avanzó contra la victoriosa caballería de Albuquerque la segunda línea enemiga guiada por el Duque de Anghien en persona. Al amparo de esta segunda línea, que se lanzó á la carga mientras el fuego de la infantería refrenaba el movimiento ofensivo de los nuestros, se rehicieron los dispersos escuadrones, y, juntos todos y electrizados por la presencia del joven Anghien, cayeron como un torrente sobre los nuestros: divididos después en dos grupos acometieron, el uno de frente dirigido por Anghien, y el otro de lado á las órdenes de Gassion. Á este nuevo ataque, vivamente acosada la caballería de Albuquerque por los escuadrones enemigos y acribillada por las balas de la infantería, desorganizóse al fin y abrió paso á Anghien, que definitivamente rompió por el flanco izquierdo la línea española.

¿Qué hacían entretanto nuestros temibles infantes? ¡Nada! Cuando mucho molestar con sus tiros á la infantería francesa. Si aquellos terribles veteranos hubieran cargado decididamente al centro francés, como tenían Espenan y la Vallière, hasta juntar las picas; si un despliegue de arcabuceros y mosqueteros, como los de Pavía y Honnecourt, hubiera apoyado á nuestras vacilantes alas, hasta que se rehicieran á su abrigo, todavía, nuestro era el triunfo. ¿Por qué no se dió aquella carga? ¿por qué no se hizo este despliegue? Porque, como dice Melo en su parte al Rey, «el Conde de Fontaine que andaba en una silla no pudo man-



EL CONDE DE FONTAYNE EN ROCROV.

(Cuadro de Royer.)

dar el resto del ejército»; porque sin tiempo quizá para darse cuenta de lo que pasaba, aquel respetable anciano «murió, como dice el mismo Melo, á la primera carga» que el impetuoso Anghien «dió contra nuestra infantería».

En efecto: por una felicísima infracción de las reglas de la táctica, dejando á Gassion empeñado en acosar la ya desordenada caballería de Alburquerque, el Duque de Anghien, en vez de replegarse para socorrer á una con Sirot á su ala izquierda que estaba en derrota, mandó de improviso cambiar de frente á sus tropas, y por este movimiento oblícuo pasó resuelto á atacar á la infantería española por el costado izquierdo.

Los primeros con que se encontró, según el diseño de Weil, fueron los Tercios de Villalba y Velandia. Y en efecto, según Vincart, á la primera carga murieron, además de Fontaine, estos dos maestros con muchos capitanes y gente principal; «pero quedaron los dichos Tercios españoles firmes como una muralla, sin que los pudiesen romper ó descomponer un paso».

Dejando á la izquierda nuestra primera y segunda línea, que por de pronto parecían indestructibles, cerró Anghien con la infantería walona y alemana de la retaguardia y reserva. Mal podían aquellos escuadrones resistir con solas picas (única arma que llevaban según la ordenanza de 1632) las furiosas cargas de la caballería y arcabucería francesa. Pelearon sin embargo con tal valor, que casi todos los coroneles y capitanes cayeron muertos ó mal heridos, señalándose entre todos el capitán Andrés de Altura, español de nación, que por largo rato combatió á solas entre los muertos, hasta que rindió también la vida acribillado por cinco heridas mortales.

Revolvió en seguida Anghien sobre la segunda línea formada, como dijimos, por el Tercio español de Velandia

los italianos de Strozzi, Visconti y degli Ponti y el borgoñón de Saint-Amour.

Momentos antes, Melo, acosado por un escuadrón enemigo hubo de refugiarse en las filas del de Visconti diciendo á voces: «Tiren á estos que son enemigos». «Nosotros, le respondió el buen Visconti, queremos aquí morir todos por el servicio del Rey, nuestro señor, y de V. E.». Y en efecto, mientras Visconti alentó, pelearon como valientes. Por su parte, el Tercio de Velandia sostuvo incommovible el empuje victorioso de Anghien, y mientras italianos y españoles pelearon juntos, todavía pudo esperar Melo reparar con ellos y con las tropas de Beck, que por momentos aguardaba, aquel gran descalabro.

Pero Beck fué el Grouchy de aquel Waterlloo; y, muerto Visconti, los italianos, aprovechándose de la general confusión de la batalla y de la tenaz resistencia de los españoles, que atraía sobre ellos todo el grueso de los enemigos, emprendieron sin disposición de nadie la retirada hacia un bosque vecino, altas las banderas y en buen orden. ¡Miserable venganza del desaire que por la mañana les había hecho Fontaine negándoles la vanguardia y dándosela á los españoles, que eran los que la merecían! Después de todo, ellos fueron los que se perdieron la gloria de aquella memorable jornada.

Quedaba solamente la primera línea; y á ella se fueron replegando cuantos vivían aún del Tercio de Velandia y del de Villalba, que también debió ser deshecho en alguno de los anteriores choques; mientras Anghien recogía durante una especie de tregua todas sus tropas y se aprestaba para el último asalto.

Contar los prodigios de valor que durante esta tregua y durante todas las anteriores acometidas hicieron Melo, Al-

burquerque y casi todos los oficiales de nuestra destrozada caballería, sería no acabar en toda la noche.

Á Melo le faltó sin duda la serenidad de espíritu y la inspiración que sobre el campo de batalla caracteriza á los verdaderos hombres de guerra: pero actividad, intrepidez y osadía, no se puede pedir más.

Con el fin de socorrer á los walones y alemanes acometidos por el de Anghien, lanzóse á brida tendida hacia un escuadrón, para hacerle volver la cara. Ya le llegaba á los alcances, cuando D. Francisco, Duque de Estrada, capitán de una de las compañías de su guardia, le advirtió que el escuadrón era de franceses. Así y todo aún le quedó tiempo para pasar por delante de los alemanes y arengarlos. Ya le hemos visto antes refugiarse en el Tercio de Visconti, huyendo de las picas enemigas, que le amenazaban. Apenas había salido por el otro lado de las filas, para seguir recorriendo el campo, cuando un cuerpo francés de infantería acometió por aquella parte á los italianos, y Melo se vió cogido entre dos fuegos. Allí cayó muerto á sus pies su gentil-hombre D. Pedro Pozas y herido y derribado del caballo su secretario de estado D. Jerónimo de Almeida. Á poco, sólo quedaba un caballerizo de su compañía. Todos los demás de su escolta habían ido desapareciendo: D. Baltasar Mercader, D. Antonio de Quevedo, el Conde Carlos Reux, el Baron de Saventhen... y antes que todos, para gloria del clero, su capellán mayor D. Carlos de Landriano, que yendo á confesar al Conde de Villalba momentos antes que expirase, recibió cinco balazos.

Nada de esto intimidaba al arriesgado general. Siempre metido entre franceses, muchas veces prisionero, y libre siempre, gracias á su espada y á la ligereza de su caballo, estaba ya en los últimos momentos á punto de ser muerto, cuando Juan Pérez de Peralta, sargento mayor del Tercio

de Alburquerque, abrió las filas de sus infantes y logró encerrarle dentro del escuadrón, en que se hallaban formados, «uniendo, como él dice, su persona con las banderas».



No asistió, sin embargo, á los últimos instantes de aquellos héroes; sino que á poco salió de aquella desastrosa llanura, con toda la ropa destrozada y quemadas las guedejas por el fuego enemigo, pero sin herida ninguna.

Alburquerque por su parte, según testimonio de Dávila Orejón «se portó con los créditos correspondientes á su esclarecida sangre»: y él mismo escribe á S. M. con la legítima arrogancia que da la conciencia de haber cumplido con su deber: «No hubo grueso nuestro que yo no llevase á la carga, ni peligro que no buscase para mejorar el estado de la batalla: prisionero estuve dos veces y me libré con la espada. Ningún día me ha debido tanto el servicio de V. M., y ninguno me ha debido menos mi vida; pero ni el perderla ni el perderse la ocasión dependió de mí ni de medios humanos».



Pero como arrojo y valor personal, nada comparable con el de Isembourg. Cuando este valeroso alemán vió escapársele el triunfo de entre las manos, por el desorden con que su gente se entregaba al pillaje, empezó á correr de un lado á otro, rugiendo de

cólera, insultando y aun hiriendo por su mano á muchos de sus capitanes; hasta que se encontró acorralado por los enemigos con poquísima escolta. No por eso perdió aliento: derribáronle del caballo: murieron á sus pies el trompeta de órdenes y otros ayudantes suyos: él mismo recibió dos cuchilladas terribles que le abrieron la cabeza hasta los sesos, y una que le cercenó la nariz hasta la boca: ni aun así quería rendirse aquel valiente. Entonces con el grueso de una carabina le rompieron el brazo derecho y cayó sin poder sustentar más la espada. Cogióle prisionero un soldado francés del regimiento de Gassion, y le llevaba ya al fin de la batalla á su amo; más el valeroso alemán, despedazado y desangrado como estaba, halló todavía alientos para sujetar al francés, le arrastró á un pelotón de los nuestros, que se iba retirando al calor de las vecinas tropas de Beck, y corrió sin pérdida de tiempo siete leguas á caballo hasta Charlemont, donde fué curado, y todavía después mereció ser propuesto por Melo para Maestre de campo general.

Pero llama ya nuestra atención el último y más glorioso momento de la batalla, en el que deshechas nuestras alas, perdida ó abandonada nuestra artillería, todos los oficiales de nuestro ejército se habían recogido á los impertérritos Tercios que formaban la vanguardia, y el Duque de Anguien se abalanzaba sobrè ellos «con todo el ejército francés», como textualmente dice Vincart.

Á falta de bayonetas, cubrían aquellos escuadrones sus frentes con picas de cuatro metros de largo. De rodillas por delante, de pie por detrás de los piqueros disparaba la arcabucería y mosquetería, muchísimo más lentamente, es claro, que ahora, por la imperfección de las armas.

Á una señal de Condé, los victoriosos franceses se lan-

zaron por tres costados á un tiempo contra cada cuadro «con batallón de infantería y escuadrón de caballería» dice Vincart. Los infantes españoles no sólo contuvieron la carga de la caballería con las picas cerradas y firmes, sino que la maltrataron con el incesante fuego de la mosquetería y arcabucería. Rabiosa de coraje la infantería suiza descarga sin cesar contra la nuestra sus formidables arcabuces. Inútiles descargas: «aquellas torres, según felicísima frase de Bossuet, tenían la virtud de reparar sus brechas». Y cargaron sobre ellos los franceses con creciente pujanza una, y dos, y tres veces; y aquella infantería de hierro resistió inmóvil por espacio de dos horas. Pero entretanto la caballería francesa se renovaba á cada paso y cargaba de refresco: el fuego de los tiradores enemigos causaba no pequeñas bajas. Entonces fué cuando, como cuenta Dávila Orejón, uno de los valientes que en aquellos cuadros peleaban, «después de haber defendido sus propios Tercios más de lo que parecía posible, los maestros de campo Conde de Garcés y D. Jorge de Castelví con otros muchos oficiales y soldados llegaron descompuestos á componerse en aquel peñasco de fortaleza» que todavía formaba el Tercio de Alburquerque, gobernado por el sargento mayor Juan Pérez de Peralta.

Cayeron sobre este cuadro buena parte de caballos é infantes franceses seguros de romperle: ¡Vana presunción! Ni una sola pica flaqueó ante el tremendo empuje. «Arri-móse entonces todo el ejército francés, buscándole por todas partes alguna flaqueza». No sabían lo que era flaqueza aquellos héroes; «ni perdieron tiempo en representar que el valor y la destreza estaban muy unidos».

¿Cómo batir aquellos muros vivientes? Como se baten los muros de piedra. En efecto: retírase desesperado el enemigo, arrastra unos cuantos cañones y comienza á batir aquellas filas «como pudiera batir unas rocas». Pues ni aun así

batidos dan «la menor señal de desmayo ni descompostura». «Lo cual visto por los enemigos, añade Dávila, con notable admiración hicieron alto, doliéndose de los que no se dolían de sí mismos».

—¿Quién manda ese escuadrón?—preguntó Condé enviándoles un trompeta, como si se tratara de un castillo.— El Conde de Garcías y D. Jorge de Castelví y su propio sargento mayor Juan Pérez de Peralta—le respondieron. Y como les replicase Condé, según Dávila, «que cómo eran tan bárbaros que llegaban á extremos tales, y que en el mundo ellos solos eran el pri-



mer ejemplar...» y como les ofreciese generosamente cuartel; ellos, sin fuerzas ya para sostener las picas y sin municiones con que cebar los arcabuces, pues, según Gualdo Priorato, las dos últimas descargas las habían hecho sin balas, entraron en capitulaciones con un ejército vencedor, en campaña rasa, ni más ni menos que si fueran una plaza fuerte.

¿No os decía, Señores, que la derrota de nuestros Tercios era la más gloriosa de sus victorias? Murieron; pero murieron como valientes, cada uno en el puesto en que le tocó combatir. Varían los historiadores al contar el número

de los infantes españoles que allí murieron: Gualdo Priorato, con más verdad tal vez que nadie, calcula en tres mil quinientos los que murieron en nuestras filas de sola nuestra infantería. Lo cierto es que ninguno de ellos huyó del campo.

—¿Cuántos eran tus camaradas, preguntaron los franceses á uno de nuestros prisioneros?—Y el generoso español les contestó.—Contad los muertos.

Leones los llamó Bossuet en su panegírico del Gran Condé: y aún nos parece mezquina la calificación para aquellos *Señores soldados*, que, después de asombrar á Flandes con sus portentosas hazañas, se despedían de la historia fieles á los sublimes ideales simbolizados en su bandera. Sí, fieles á su bandera; fieles hasta la muerte á su Rey; fieles hasta la muerte á su Dios: que al fin y al cabo, porque nuestros monarcas amenazaban aniquilar el poder de los protestantes, herido de muerte en Nordlinghen, nos declaró la guerra el maquiavélico Richelieu.

Todavía, «temidos más que temibles», seguimos después luchando por el Rey y por la patria. Todavía los Tercios derrotados de Rocroy siguieron siendo título de gloria á los que de ellos descendían. Y al formarse los regimientos en tiempo de Felipe V gloriábanse de descender, el regimiento de *Galicia* del Tercio de Garcés, el de *Soria* del de Villalba, que por su denuedo se llamó el de la *Sangre*, y el de *Zamora* del de Peñalta. Recuerden estos regimientos, recuerde toda nuestra infantería y todo nuestro ejército sus gloriosos antecedentes, y sentirá renacer entre sus filas los instintos de raza, y se persuadirá que el fusil y la cuchilla, lo mismo que el arcabuz y la pica, ante todo y sobre todo deben defender á su Dios y á su rey identificado con su patria. Luchar por este ideal es vivir. Morir por él es embalsamarse en gloria.

¡Gloriosa mil veces aquella derrota, Señores! ¡Gloriosa mil veces tú, oh patria mía, que tan heroicamente supiste sacrificarte por tu Rey y por tu Dios!

Dejadme, Señores, terminar con aquellas estrofas de un hermano mío que hace ya algunos años aplaudisteis bajo este mismo techo:

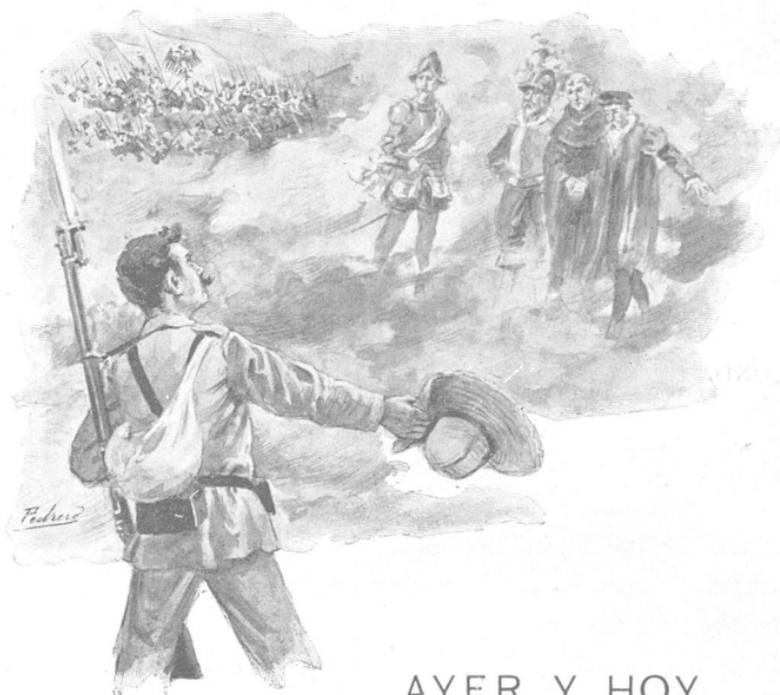
Dicen que inútilmente peleaste  
Para caer al fin exangüe y muerta!  
¡Ah, no caíste entonces, no, mentira!  
Aún vive y respira  
Una nación robusta que despierta  
Como tú contra Francia despertaste.  
¡Hoy, hoy has sucumbido envenenada  
Y por hijos sin Dios asesinada!  
Y, si entonces moriste... bien moriste!  
Y, si del polvo en que arrastrar te he visto  
Mi voz pudiera alzarte... ¡oh Patria mía!  
Levántate, diría,  
¡Otra vez á morir por Jesucristo!  
¡Otra vez á caer como caíste!  
¡Luchar, morir por Dios, esa es tu gloria!  
¡Menguado quien reniegue de tu historia!



AYER Y HOY



El héroe de Cascorro  
(Estátua de Marinas)



## AYER Y HOY

---

### PERSONAS

MONDRAGÓN, ÁLVARO SANDE, ANDRÉS URDANETA, BERNAL DÍAZ DEL  
CASTILLO Y UN SOLDADO DE LA ÚLTIMA GUERRA DE CUBA

MOND. ¿Estoy vivo ó estoy muerto?...  
¿No ha tres siglos que he espirado?...  
Pues ¿quién me ha resucitado?...  
¿He soñado?... ¿estoy despierto?...  
Yo he sentido hablar aquí  
De los Tercios y sus glorias,  
Han contado mis victorias,  
Han dicho que un héroe fuí.  
Pues ¿quién mis batallas canta?  
¿Quién se acuerda de mi nombre?

¿Qué genio invisible ó qué hombre  
Del sepulcro me levanta?

BERN. (Entrando). ¿Quién hablaba aquí de guerra?..

¿Aún nuestra memoria brilla?

¿Aún al nombre de Castilla

Tiembla de pavor la tierra?

MOND. (Mirando á Bernal). ¿Yo estoy mirando á Bernal?

BERN. ¿Yo estoy viendo á Mondragón? (Mirando á Mondragón).

MOND. ¿Será esto alguna ilusión?

BERN. ¿Será esto un hecho real?

(Aparecen Sande y Urdaneta).

URD. ¡Ave María! (Saludando).

BERN. (Admirado). ¡Urdaneta!

SAN. Salud. (Saludando).

MOND. (Admirado). ¡Alvaro de Sande!

¿Qué influjo es este tan grande

Que nuestro reposo inquieta?

BERN. Camaradas ¿á vosotros

Quién os manda aparecer?

SAN. Hemos venido á saber

Quién habla aquí de nosotros.

SOLD. (Entrando). ¡Oh adalides sin igual,

Honra y prez de nuestra historia!

Os conozco ¡eterna gloria

Á vuestro nombre inmortal!

MOND. ¿Qué?

SOLD. Saludo á Mondragón, (Saludándole).

Que al hugonote provoca

Pasando con su legión

El mar, la espada en la boca

Y en los hombros el cañón.

(Á Sande). Saludo al bravo guerrero

Alvar Sande, el gran caudillo

Que manejando su acero,  
Tenaz defendió el castillo  
De Gerbes del turco fiero.  
(Á Bernal). Y á Bernal, que las victorias  
De Hernán Cortés escribió,  
Con la pluma en sus historias,  
Y con la espada en las glorias  
Que en cien batallas ganó.  
(Á Urdaneta). Y á vos, noble guipuzcoano,  
Urdaneta, que cruzasteis  
Con Legazpi el Océano,  
Y en Filipinas clavasteis  
El pabellón castellano;  
Y con cristiano valor,  
De un crucifijo á la vista,  
Despreciasteis el honor  
De una mundana conquista  
Por ganar otra mejor,  
Cuando ante el sagrado altar  
Dejasteis la honra mundana  
Y preferisteis llevar  
La correa augustiniana  
Más que el cinto militar.

SAN. Y ¿quién sois vos, que un saludo  
Tan cortés nos habéis dado?

SOLD. También yo soy un soldado  
Noble y valiente, aunque rudo.

MOND. ¿De dónde sois?

SOLD. Español.

MOND. ¿Nos conocéis?

SOLD. Por la historia.

BERN. ¿Qué dice?

SOLD. Que es vuestra gloria

- Más limpia que la del sol.
- URD. ¿Vos sois sin duda el que hablaba  
De nuestros antiguos hechos?
- SOLD. De otros generosos pechos  
Vuestra alabanza brotaba;  
Son estos jóvenes que aman  
Á su patria como pocos,  
Á quienes tienen por locos  
Algunos, porque proclaman  
Las glorias de Carlos quinto  
Y de Felipe segundo,  
Que hicieron temblar al mundo  
Desde Perú hasta Corinto.
- MOND. Decid ¿aún dura la guerra  
Con la Holanda calvinista?
- BERN. ¿Terminasteis la conquista  
De la americana tierra?
- SOLD. No; hace poco concluimos  
Una sangrienta campaña  
Que por los fueros de España  
Contra Cuba sostuvimos.
- BERN. (Admirado). ¿En Cuba?... pues ¿qué nación  
Contra España alzó sus manos?
- SOLD. Los yanques y los cubanos.
- URD. ¿Y esos yanques quiénes son?
- SOLD. Su nombre sólo al oír  
La sangre se me alborota,  
De furia en mi pecho brota  
Un volcán y empieza á hervir.
- BERN. (Á Urdaneta). Serán algunos salvajes  
Americanos sin duda.
- SOLD. Son una raza membruda  
Ebria de injurias y ultrajes,

Una nación de ladrones  
Muy fornidos y brutales,  
Sin más leyes, ni ideales  
Que anexionarse naciones.

BERN. Y vos, pues sois militar,  
¿Habréis terciado en las luchas?

SOLD. Sí tal: he luchado en muchas:  
Sólo una os voy á contar.  
Guardábamos el Caney  
Seiscientos bravos soldados,  
Por un general mandados,  
El noble Vara de Rey.  
Un día, al amanecer,  
Siete mil yanques vinieron,  
Y al Caney se dirigieron  
En orden de acometer.  
Todos al puesto volamos,  
Y hundidos en las trincheras  
Las avanzadas primeras  
Fusil en mano esperamos.  
Dice el general: — «¡Callando!  
Mientras no dé orden, ¡sosiego!  
Mas cuando yo mande ¡fuego!...  
Ya estáis todos disparando».  
Sube, pues, una avanzada...  
Se adelanta... se acercó...  
Se oyó ¡fuego! y resonó  
Una descarga cerrada.  
Cayó la fila primera,  
Otra su puesto ocupó,  
Y bramando se acercó  
Á combatir la trinchera.  
Apenas cerca los vimos,

Resonó otra vez el mando,  
Y las cabezas sacando  
La descarga repetimos.  
Y otro y otro pelotón  
À los muertos sucedía,  
Pero ni un tiro perdía



Nuestro bravo batallón.  
Ya no se les ve avanzar  
Alardeando de valor,  
Pues rompía su furor  
Nuestro tino en disparar.  
¡Cobardes! ya estaban quietos  
Y ansiaban retroceder,  
Y aun temían no poder

Ganar nuestros parapetos;  
Ellos, que osaron decir  
Que en dos horas vencerían,  
Que en dos horas lograrían  
Nuestros ánimos rendir!...  
¿Dos horas?... Eran las once  
Y aun no habíamos cedido,  
Porque aquel grupo aguerrido  
Era un castillo de bronce.  
En tanto la artillería  
Á los nuestros destrozaba,  
Porque ¡ay! ausente se hallaba  
Nuestra única batería:  
Que si algún bravo artillero  
Con nosotros llega á estar,  
Los logramos despachar  
Desde el ataque primero.  
Cayó herido el General,  
Y Domínguez, su ayudante,  
Cayó Agüero el comandante  
Y el capitán Juan Portal;  
Nuestro teniente murió  
Luchando en la misma valla,  
Y á mí un casco de metralla  
En este pecho me hirió;  
Nuestros maüers no cedieron,  
Aun diez descargas hicimos,  
Y otras diez veces les vimos  
Cómo la tierra mordieron;  
Cuando al fin declinó el día,  
Solos ochenta soldados  
En sangre y sudor bañados  
En las trincheras había;

El coronel ordenó  
 Á retirada tocar,  
 Y sin dejar de luchar  
 Luego la marcha empezó.  
 Ellos ¡cobardes! siguieron  
 Fuego haciendo, y á balazos



VARA DE REY

Entre nuestros mismos brazos  
 Al general muerte dieron...  
 Mas nosotros paso abrimos  
 Sembrando en ellos estrago,  
 Y los ochenta en Santiago  
 Á las ocho entrar pudimos.

BERN. ¡Valiente y noble legión!  
 URD. ¡Gloria al héroe del Caney

General Vara de Rey  
Y á su invicto batallón!

SOLD. Yo estuve allí, aún en mi pecho  
Conservo dos cicatrices.

MOND. Esas son prendas felices  
De vuestro honor satisfecho

URD. ¡Aun nuestra sangre guerrera  
En vuestras venas palpita!

SAN. ¡Aún al viento se agita  
Con gloria nuestra bandera!

BERN. ¿Luego os fué fácil triunfar?

SOLD. Callad por Dios! que mi lengua  
Se resiste tanta mengua

Ante vos á pronunciar;  
Los yanques nos destruyeron,

Nuestra escuadra destrozaron,  
Y á firmar nos obligaron

La paz como ellos quisieron.

BERN. ¡Qué horror! ¿Conque ya no ondea  
Nuestra bandera en la Habana?

¿Conque en la costa cubana

Nuestro rey no señorea?

Pues ¿dónde hacen ahora escala

Los pesados galeones

Cargados con los doblones

Que Nueva España os regala?

SOLD. ¿Nueva España?... se perdió

Ha muchos años, Bernal;

Una rebelión fatal

Á Méjico nos quitó.

BERN. ¿Qué decís?... ¿Que Nueva España

No es nuestra ya? ¡qué baldón!

¿No existe generación

De Hernán Cortés en España?  
¡Oh! dadme, dadme un arnés,  
Una espada y un caballo,  
Voy á ver si otra vez hallo  
La sombra de Hernán Cortés.

SOLD. Aún me queda por decir  
Que la pérdida es mayor.

BERN. Para eso fuera mejor  
No haber vuelto á revivir.

SOLD. Cual desatado ciclón  
De Chiguagua á Chiloé  
Cruzando América fué  
El grito de rebelión;  
Y ya desde Patagonia  
Al helado Septentrión,  
De América en la extensión  
No nos queda una colonia.

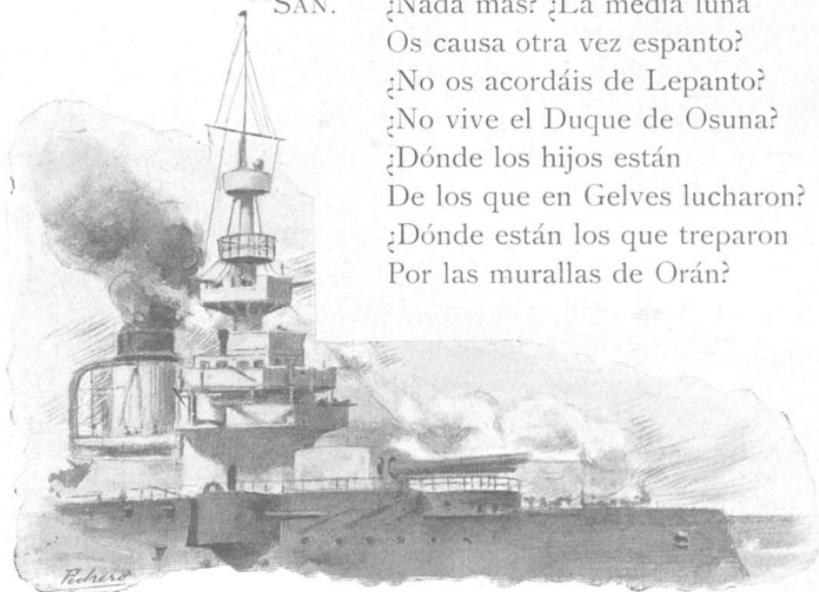
BERN. ¡Oh sombras del Genovés,  
De Pizarro y Carvajal!  
¡Oh falange sin igual  
Del ínclito Hernán Cortés!  
Ellos la América vieron  
En el mar, y la ganaron;  
Y sus hijos... la heredaron  
Conquistada... y la perdieron.

URD. ¿Y los indios filipinos  
Fieles al rey se mantienen?

SOLD. ¡Ay! no, también esos tienen  
Otros dueños, que asesinos  
Destruyen nuestras misiones,  
Matan, destrozan, saquean,  
Y en sus conquistas emplean  
En vez de cruces... cañones.

- URD.    ¿Para eso la conquistaron  
 Legazpi y sus compañeros?  
 ¿Para eso los misioneros  
 Tanto sudor derramaron?
- SAN.    ¿De modo que sólo quedan  
 Las colonias africanas,  
 Do las banderas hispanas  
 Ondear con derecho puedan?
- SOLD.   Ahí... sí, nos quedan... Melilla,  
 Ceuta, el Muni, Tenerife...  
 Y Alborán, un arrecife  
 En que un faro en el mar brilla.

SAN.    ¿Nada más? ¿La media luna  
 Os causa otra vez espanto?  
 ¿No os acordáis de Lepanto?  
 ¿No vive el Duque de Osuna?  
 ¿Dónde los hijos están  
 De los que en Gelves lucharon?  
 ¿Dónde están los que treparon  
 Por las murallas de Orán?



- BERN.   ¡Nuestras conquistas más grandes  
 Del olvido en lo profundo!...
- MOND.   Pues ya ¿qué os queda en el mundo  
 Á no ser Italia y Flandes?

SOLD. Pues ni eso; Italia no es nuestra.

MOND. ¿Sólo Flandes? ¡qué baldón!

SOLD. Y ni Flandes, Mondragón.

URD. ¡Terrible es, Señor, tu diestra!...

MOND. Oíd sombras de Lepanto,  
Héroes de San Quintín,  
Conquistadores sin fin,  
Del orbe terror y espanto.  
Después de tanto luchar,  
Después de tanto correr,  
Después de tanto vencer  
Y de tanto conquistar,  
Con sus miembros gigantes  
Ha venido el león pujante  
De España á caer jadeante  
Detrás de los Pirineos.

SOLD. Y dichosos, sí, aunque sola  
Nos quedase España entera.

SAN. Pues qué ¿no es vuestra siquiera  
La península española?

SOLD. Hace tiempo el portugués  
Consiguió la independencia,  
Y Gibraltar por violencia  
Nos lo arrebató el inglés;  
Y será suerte propicia  
Que por fin no se nos vaya  
Ó Cataluña ó Vizcaya  
Ó la mitad de Galicia.

SAN. Concludid por caridad,  
Decid que España no existe.

SOLD. Es verdad, tú lo dijiste,  
España no existe ya;  
Y pues mandáis que concluya,

Oíd, si os deja la pena;  
España ya es tierra ajena,  
España ya ni aun es suya;  
Inmensas partes de tierra,  
Comercio, industrias fabriles,  
Minas y ferrocarriles  
Son de Francia ó de Inglaterra.  
Un sin fin de aventureros,  
De compañías mercantes,  
De pastores protestantes,  
De maestros extranjeros,  
De tal modo nos estruja  
Y nos destroza y nos mata,  
Que ya no hay oro, ni plata,  
Mueble, botón, hilo, aguja,  
Libro, lápiz, pluma, sierra,  
Moda, ley, ni extravagancia,  
Que no se traigan de Francia,  
Alemania, ó Inglaterra.

URD. Callad por Dios ó aquí en medio  
De pena empiezo á llorar.

SOLD. Y es lo peor, que nadie hallar  
Puede á estos males remedio.

BERN. Ó tenéis almas heladas  
Por la deshonra y el miedo,  
Ó en las forjas de Toledo  
No se fabrican espadas.

SOLD. Por mi honor de militar  
Y por mi fe de español,  
Por vuestra España que el sol  
No cesaba de alumbrar,  
Juro que miente, ó se engaña  
El que con cínico alarde

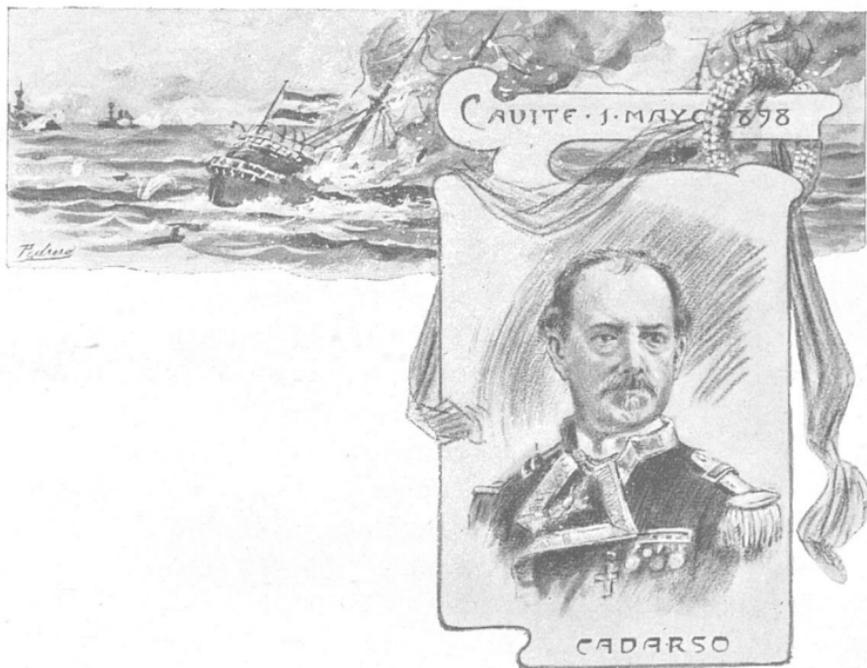
Afirme que es un cobarde  
 El ejército de España.  
 ¿Quién es el que así baldona  
 Á la nación singular  
 De los héroes del Pilar  
 Y del sitio de Gerona?  
 ¿Quién puede llamar caduca  
 Á esta España en que se ven  
 Batallas como Bailén,  
 Marinos como Churruca?  
 ¿Quién á este pueblo mancilla  
 Que con huesos de la tropa  
 Del conquistador de Europa  
 Sembró el suelo de Castilla?  
 ¿Quién no admira los reflejos  
 De luz que lanzando están  
 Las jornadas de Tetuán  
 Y el sol de los Castillejos?

MOND. Eso... ayer; hoy... la derrota  
 Lleváis marcada en las frentes.

¿Cómo, si sois tan valientes,  
 Tenéis la bandera rota?

SOLD. Está rota la bandera,  
 Porque nos mandan luchar  
 Contra castillos de mar  
 Con artesas de madera;  
 Está rota, porque son  
 Desatinos sobrehumanos  
 Cruzar por los Océanos  
 Una escuadra sin carbón;  
 Rota está, porque aunque sepan  
 Descargar bien los fusiles,  
 Á veces dan proyectiles

Que en los cañones no quepan,  
 Rota está, porque aunque había  
 En nuestra tropa artilleros  
 Muy valientes y certeros,  
 No se les dió artillería;  
 Está rota, porque son



Inútiles los combates,  
 Cuando en ocultos debates  
 Se pactó la rendición.  
 Porque en valor ¿quién compite  
 Con los marinos, que viendo  
 Hundirse su barco ardiendo  
 En las aguas de Cavite,  
 No se quisieron salvar,

Y mandaron embestir,  
Prefiriendo antes morir  
Que la bandera arriar?  
¿Quién no siente admiración  
Por los héroes que en Santiago  
Se lanzaron al estrago  
Con sublime abnegación?  
¿Qué ejército quiere un rey  
Mejor que los que vencieron  
En Peralejo, y murieron  
En Cascorro y en Caney?  
Si está rota la bandera,  
No es que seamos cobardes,  
Porque aun sin hacer alardes  
De otra nobleza cualquiera,  
Somos hijos de leones,  
Somos vuestros herederos,  
Y el león... no engendra corderos,  
Ni el águila real... gorriones.

BERN. Bravo militar, me agrada  
Que te sientas resentido;  
Pero di ¿quién ha abatido  
Á tu patria idolatrada?

SOLD. Otra maldita ralea  
Sin conciencia y sin rubor,  
Que nuestra fe pisotea  
Y escarnece nuestro honor,  
Un enjambre de masones,  
Que de las logias pulula,  
Y vergüenzas y baldones  
Con nuestra sangre especula;  
Una gavilla de esclavos,  
Que con masónica saña

Por un puñado de ochavos  
Vende la honra de España;  
Una nefanda legión  
Que manda á cuatro desnudos  
Alquitranar los escudos  
Del Sagrado Corazón;  
Una secta de farsantes,  
Que se empeña en defender  
Que haciéndonos protestantes  
Vamos más grandes á ser,  
Y que quiere persuadir  
Á un pueblo honrado y cristiano  
Que la dicha, el porvenir,  
La gloria del pueblo hispano  
Consiste en hacer odiosos  
Á los clérigos con cuentos,  
En apedrear conventos,  
Y desterrar religiosos.  
Decididos y resueltos  
Á arrancar la fe de España,  
Avanzan en sombra envueltos,  
Y con satánica saña.  
Y es tal su rabia y encono,  
Que han jurado derribar  
De Jesucristo el altar  
Y en pos del altar el trono.  
¡Nada importa que la guerra  
El suelo patrio ensangriente!  
Ni que se empape la tierra  
Con sangre noble y valiente!  
¡Nada que se hunda el tesoro,  
El comercio, la enseñanza,  
La justicia y el decoro

- Y la honradez y crianza!...  
 ¡Lo que importa es... que no sea  
 España de hoy más cristiana!...  
 Que sea si quiere... atea  
 Mora ó judía ó pagana...  
 Y esto se ha de conseguir  
 Aunque sufran mil reveses,  
 Y aun cuando tengan que abrir  
 Las puertas á los ingleses...
- URD. ¿Conque á España por lo visto  
 Ha invadido la herejía,  
 É insulta la apostasía  
 Librementemente á Jesucristo?
- MOND. ¿Y viven entre vosotros  
 Aquellos mismos canallas,  
 Contra los cuales nosotros  
 Luchamos en cien batallas?  
 ¡Ay! entonces no me extraña  
 Ver la patria como está.  
 ¡Muerta la fe, muerta España!  
 España no existe ya.
- URD. No existe porque la esencia  
 De la nación española  
 Fué tener una fe sola,  
 Un altar y una creencia;  
 Sí, la fe nos hizo grandes,  
 La fe nos dió la victoria,  
 La fe extendió nuestra gloria  
 Desde Manila á los Andes;  
 Si tuviérais nuestra fe,  
 Tendríais nuestro entusiasmo,  
 Y fuerais del mundo pasmo  
 Como nuestra España fué;

Mas si de Satán en pos,  
Corre España, no te asombres  
Si, vencida por los hombres,  
Cae maldita por Dios.  
Español, vuelvo á la tumba,  
Que no pueden ver mis ojos  
Los desunidos despojos  
De España que se derrumba.  
¡Adiós! cuando se haga luz  
Y os lancéis á la cruzada,  
Estos vendrán con su espada,  
Y yo vendré con la cruz,  
Á luchar como luchéis,  
Á creer lo que creáis,  
Á aborrecer lo que odiéis,  
Y á morir como muráis.





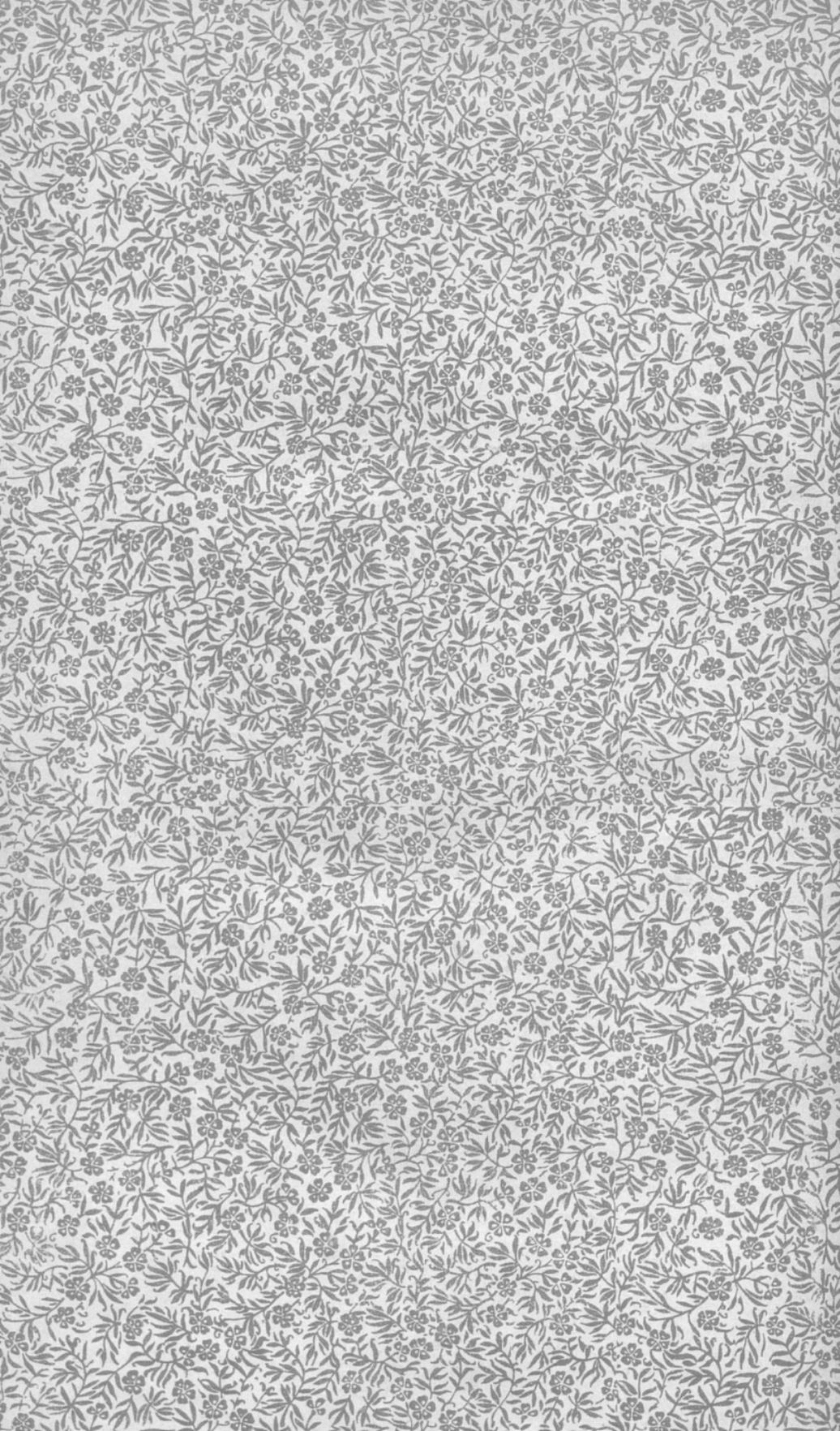
## ÍNDICE

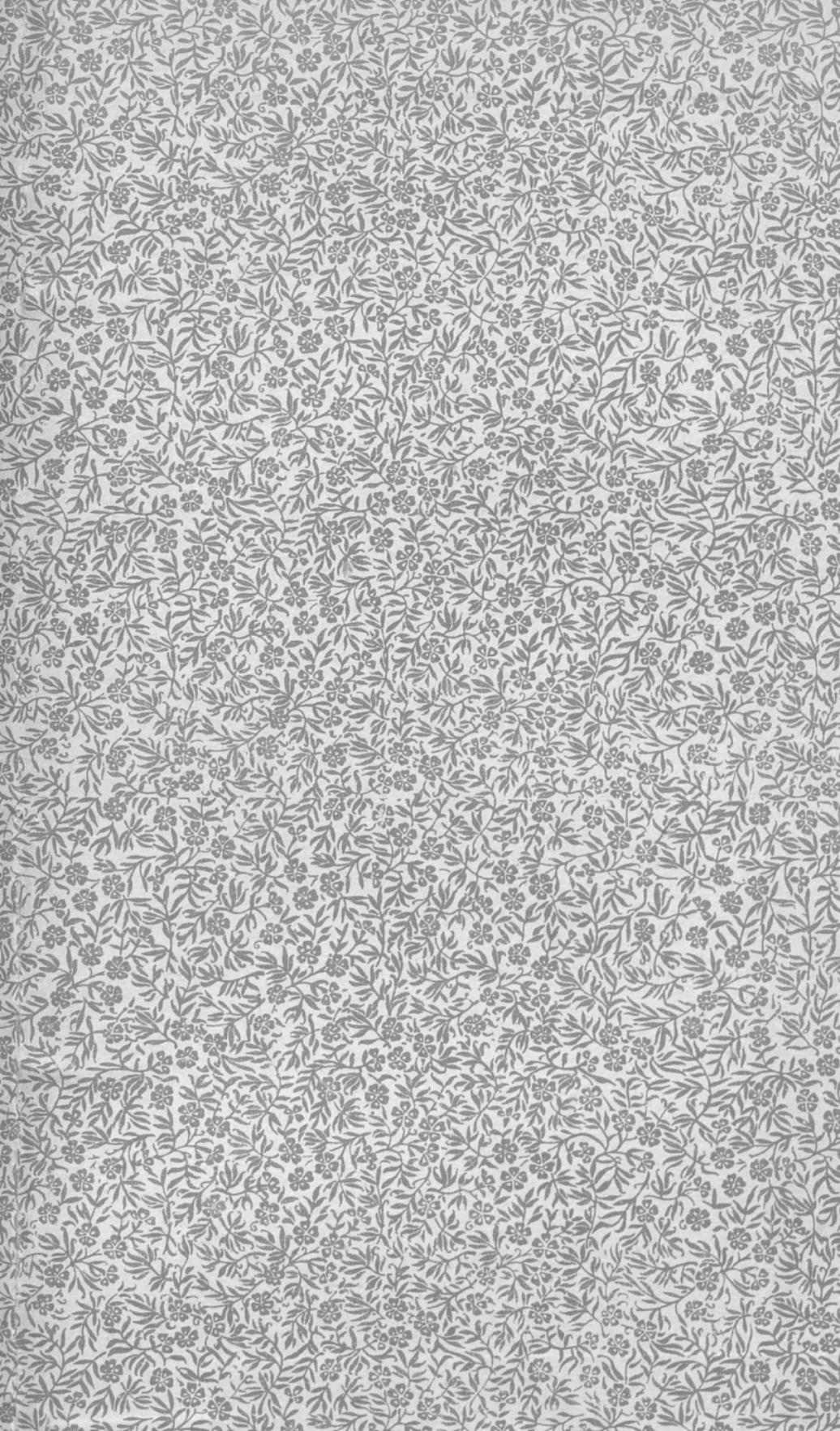
	<i>Páginas.</i>
DISCURSO PRELIMINAR.....	7
Origen de los Tercios.....	11
El Soldado español ( <i>Décimas</i> ).....	31
Bandera de los Tercios....	39
Idealismo español ( <i>Sátira</i> ).....	75
Victorias de los Tercios.....	87
Uno de tantos ( <i>Poema</i> ).....	115
Derrota de los Tercios.....	127
Ayer y hoy ( <i>Escena</i> ).....	149

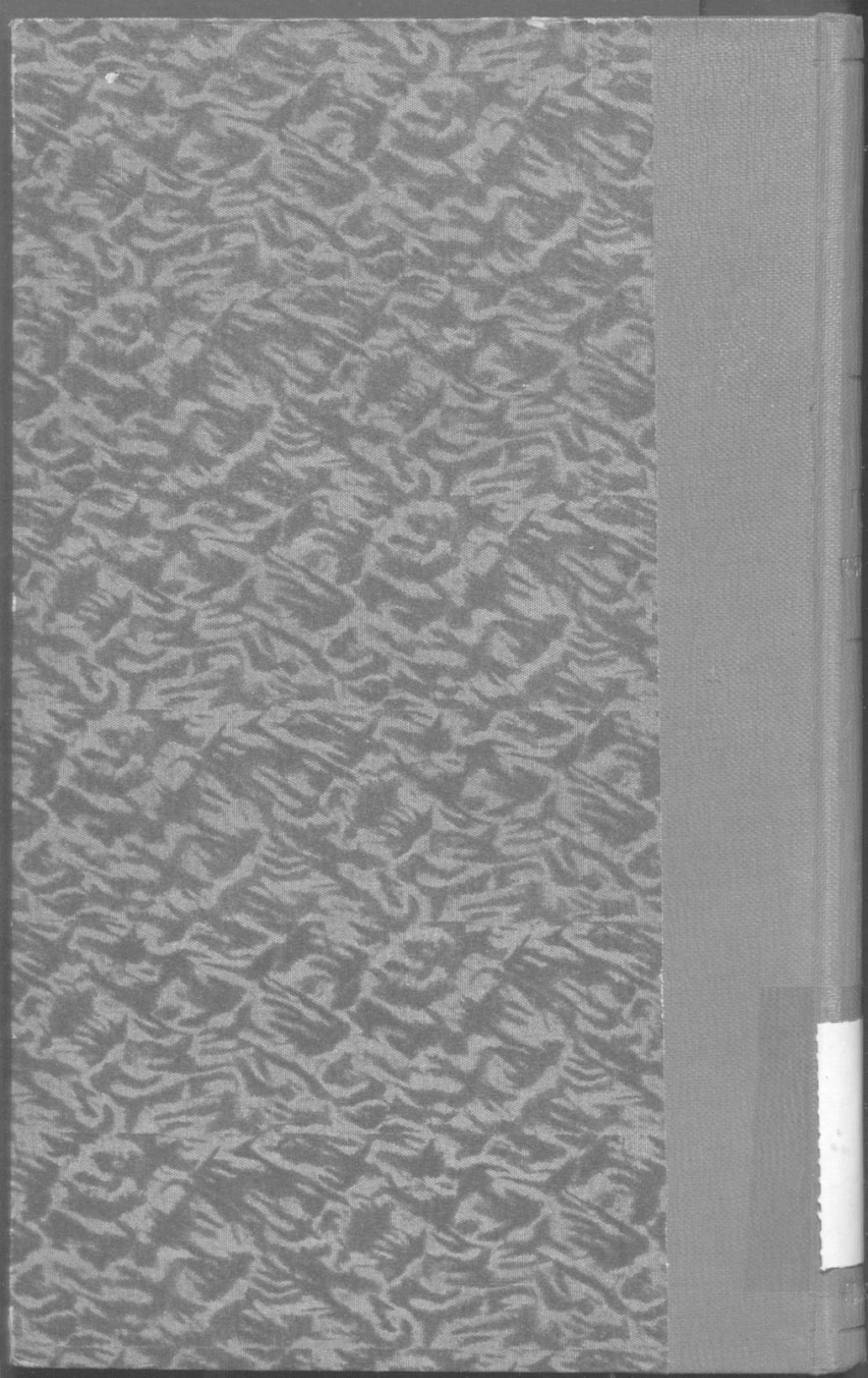


15.000









103

BRAND

MARK

G 21293